

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR FUE

*ser solo
tu vecina*



10

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

MI ERROR
FUE SER SOLO TU VECINA
PARTE I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Dedico este libro inédito a todos los lectores que me han acompañado en esta serie. Que se han enamorado como yo de ella y la quieren tanto como yo. Gracias por soñar a mi lado y hacer que escribirla no haya sido un error.

**MI ERROR
FUE SER SOLO TU VECINA
PARTE I**

CAPÍTULO 1



HOLLY

Termino de subir la última caja que hemos traído mi hermano y yo en mi destartalado coche. De mi madre no sabemos nada desde hace días. Me preocuparía más si esto no fuera algo que hace de manera habitual.

Cuando decidimos... bueno, mejor dicho, cuando el casero nos echó de su casa por falta de pago y dejó todas nuestras cosas en cajas en la puerta para que no pudiéramos pasar, supimos que había llegado el momento de empezar en otro lugar. Mi madre buscó trabajo de lo suyo y en este pueblo había una oferta de bailarina... o, mejor dicho, de estríper. Ya que mi madre, desde hace años, pasa de buscar trabajo lejos del mundo de la noche. Ella nos dijo que debíamos venir aquí y como tiene la custodia de mi hermano no me queda más remedio que seguirla, aunque desde entonces no hemos sabido nada de ella.

Mi hermano y yo nos hospedamos en un hostel hasta buscar un piso a buen precio y trabajo para mí. Mientras, he ido al colegio donde irá Roni a apuntarlo para este nuevo curso. Ya está empezado, llevan una semana, pero por suerte lo han admitido sin muchos problemas. Algo de agradecer. Porque estaba asustada por sus estudios.

Fue en el colegio donde una dulce profesora de arte de nombre Jenna, al escucharme hablar con mi hermano de que debíamos seguir buscando casa, nos dijo que un amigo suyo alquilaba un pequeño apartamento con dos habitaciones. Que no era muy grande, pero que tal vez nos podría servir.

Me dio su teléfono y lo llamé para preguntarle por el piso que alquilaba. No tuve que esperar mucho para que nos lo mostraran y en cuanto lo vimos supimos que este sería nuestro nuevo hogar. Se respira mucha vida aquí y tenía una calidez que nada tenía que ver con las casas donde habíamos estado hasta ahora; faltaba saber el precio y temía que no pudiera permitírmelo o que no me lo arrendara a mí por tener solo veintiún años. Por suerte el precio era razonable y me lo puedo costear y lo de la edad no le supuso un problema. Ahora espero poder pagarlo y que mi madre no me robe mi propio dinero para pagar sus deudas, cosa que desgraciadamente hace a menudo. Por eso nunca pueda ahorrar; lo poco que he ganado siempre ha sido para pagar cosas del colegio de Roni o comida y aunque he tratado de guardar algo en el banco siempre lo he acabado sacando para pagar un sinfín de cosas que hacen que mi cuenta tiemble al filo de los números rojos. De hecho, ahora solo tengo lo justo para que no se quede vacía y me cobren gastos por ello.

Y aquí estamos, con la ilusión y el miedo de empezar de nuevo y temiendo que acabe como siempre, con nuestras cosas en la puerta. Me frustra no ser capaz de llegar a todo,

me agobia no estar cuidando bien de mi hermano. Porque está claro que su bienestar depende de mí.

Y aunque la idea de irme no fue mía, en el fondo sentí alivio por poder huir. Necesitaba alejarme de mi ex, ese desgraciado que me utilizó con sus mentiras, que me hizo creer que me quería y que no solo era su chica para un rato... No quiero ni recordarlo; hacerlo es verme a mí creyéndome enamorada de ese cerdo.

—¿Lo habéis subido todo? —Miro hacia la puerta y entra nuestro casero, que se llama Adair, con su hijo de unos cuatro años de la mano. Adair es sumamente atractivo para ser un hombre ya de treinta y tantos. Tiene el pelo negro y los ojos grises. Su hijo tiene los ojos verdes y el pelo negro y se nota que de mayor será tan guapo como su padre.

—Sí, acabamos de subir la última caja.

—Siento no haberos podido ayudar, pero esta tarde me toca hacer de canguro. —Su hijo se ríe y entra al salón para sentarse al lado de donde está mi hermano sacando unos libros.

—No tenías que ayudarnos y tampoco había mucho que subir —le digo avergonzada de que todas nuestras pertenencias quepan en unas pocas cajas.

—Quiero que estéis cómodos. ¿Qué clase de casero sería si no fuera así?

—¿Uno normal y corriente? —Adair se ríe y me saca una pequeña sonrisa.

—¿Y tu madre? —Me pongo tensa y por su sagaz mirada sé que lo nota. Por algo es uno de los mejores detectives del pueblo, que yo también me he informado para saber dónde estaba metiendo a mi hermano.

—No ha podido venir.

—Vale. —Intuyo que no se queda convencido—. Tienes mi número de teléfono, para cualquier cosas llámame. —Asiento aunque sé que no lo llamaría nunca. Ya me debería ver muy mal para hacerlo—. Nos marchamos. Andrés, despídete de ellos.

Andrés hace lo que le dice educadamente y con una sonrisilla en la cara. Debe de ser un trasto. Adair le revuelve el pelo y lo mira con cariño. Tiene que ser bonito tener un padre que te adore, que esté dispuesto a darlo todo por ti. Aparto la mirada antes de que se vayan y cierren la puerta.

Miro a mi alrededor y sonrío como si estuviera superfeliz; Roni no se merece mi miedo ni mis inseguridades. Mi hermano tiene once años, nos llevamos diez. Cuando nació yo ya había asumido que la única persona madura de nuestro hogar era yo. Ya hacía muchos años que comprendí que nunca podría ser una niña, pues mi querida madre ya se había adjudicado ese papel. Así que cuidé de Roni y he sido siempre su apoyo. Es por eso que, cuando nos toca irnos, le hago creer que es superemocionante empezar de cero y no le dejo ver el miedo que me invade ante lo desconocido. El problema es que Roni ya no es un niño y se va enterando de todo.

—Este pueblo es genial, si hasta nuestro casero parece sacado de un cuento.

—La verdad es que es muy majo y este lugar no parece que se esté cayendo a trozos.

Me siento a su lado y lo abrazo. Me devuelve el abrazo.

—Mañana tienes clase. ¿Estás listo?

—Ya no hay nadie cerca, entre nosotras no quiero fingir.

Lo miro o, mejor dicho, la miro. Pues Roni desde hace años sabe que es una niña en un cuerpo equivocado. Y lo cierto es que es preciosa. Como chico sus rasgos son demasiado femeninos. Su padre tenía cara de niña y Roni ha sacado los rasgos más femeninos tanto de mi madre como de su padre. Desde niño siempre lo han confundido con una niña y ella siempre ha tenido claro que no quería jugar con camiones, que quería muñecas. Y que le gustaba dejarse el pelo largo. El problema es que la sociedad no está preparada para comprender eso y Roni ha aprendido de la peor manera posible que la gente no comprende por qué alguien que según su carnet de identidad es hombre quiere ser mujer, y a la edad en que los niños empiezan a ser conscientes de lo que les rodea y se dejan llevar por los prejuicios de la gente empezaron a llamarla mariquita, o nenaza, de manera despectiva. Roni tuvo que ver como sus amigos pasaban a ser los que más daño le hacían y siempre en lo mismo; por eso no quiere ni pensar en la posibilidad de dar la cara, porque prefiere refugiarse en lo que ya conoce. Ante todos es Roni, un chico, pero no ante mí. Ante mí es «ella». Tan preciosa y maravillosa como siempre la vi.

Espero que un día esté preparada para dejar de ocultarse, para dar el paso que le falta y ser mujer ante todos y que la gente lo acepte. El problema es que ambas sabemos que no será un camino fácil. Que recibirá insultos y que desgraciadamente la gente, si no les cuenta su secreto, se sentirán ofendidos. Aunque un día consiga cambiarse el nombre y el sexo en su carnet de identidad, su secreto nunca podrá quedar oculto para siempre y es una lástima. Ella no ha hecho nada malo. No ha sido su culpa nacer en un cuerpo que no le corresponde. Ella solo quiere ser feliz. ¿Qué más da cómo lo consiga mientras no haga daño a nadie?

Decida lo que decida, yo siempre estaré a su lado.

—Tal vez deberías empezar en este colegio siendo tú misma...

—No estoy lista —me reconoce. Me mira con sus grandes ojos azules un poco más oscuros que los míos; los míos, según la luz, parecen gris oscuro.

Roni tiene el pelo pelirrojo y una cara dulce y preciosa. Yo tengo el pelo castaño tirando a rubio y en un impulso rebelde, antes de venir a este pueblo me hice algunas mechas rosas en las puntas.

—No hace falta que lo digas y todo irá bien.

—Sabes que no. No tendré amigos y la gente no querrá jugar con el maricón de la clase. —Agacha la mirada.

—Sinceramente ellos se lo pierden, eres maravillosa y muy lista. Te sabes historias que muchos ni se imaginan y eres superdivertida. Realmente los que se están perdiendo el conocerte son ellos.

Sonríe y la abrazo.

—Todo irá bien...

—Y si no, da igual, pronto seguro que mamá la caga, nos roba todo el dinero y nos vemos en una situación de penuria total hasta que nos echen de esta casa. Que Adair parece bueno, pero nadie lo es cuando no se le paga.

—Ya se verá. De momento tenemos que ir a comprar algo para cenar y desayunar.

—¿Te queda dinero?

—Lo justo —miento, y me levanto. No me queda casi nada.

Por suerte he encontrado trabajo en una heladería cerca de un precioso lago y me pueden pagar semanalmente.

Todo tiene que salir bien. Roni se merece ya tener una estabilidad.

* * *

Me pego una ducha agradeciendo el agua caliente. Mi hermana y yo nos hemos quedado con el cuarto grande, que tiene una cama de matrimonio enorme. Mi madre suele quedarse siempre en el bar de noche donde trabaja. Más que nada porque siempre va puesta hasta las pestañas y no se acuerda del camino de vuelta a casa.

Ahí es donde se va todo su dinero, en drogas y alcohol. En verdad no sé bien cómo es mi madre sin estar puesta. O bueno, sí, a veces está lúcida y me parece hasta una mujer buena, hasta que se pierde por sus vicios y es cruel y mala madre. Una joya, vamos. Y no será que no haya intentado siempre ayudarla y tratar de que dejara sus adicciones, pero un día me llegó a decir que ella era feliz así. No lo creo y sé que está enferma, pero el problema es que no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado y más cuando no tengo dinero para encerrarla contra su voluntad en un centro de desintoxicación.

Es triste, pero debo dejar que viva su vida. No me deja ayudarla y cuando está puesta, que es siempre, es muy agresiva y destructiva con sus palabras. Por suerte nunca nos ha pegado.

Por eso le hemos dejado el cuarto pequeño con sus cosas metidas en un caja. Si quiere que las saque ella.

Salgo de la ducha y me pongo una toalla en el pelo tras secarme y ponerme una camiseta ancha que uso para dormir, de uno de mis grupos preferidos de música. El de Jack y Eimy, que, por cierto, creo que viven en este pueblo.

Estoy desenredándome el pelo cuando tocan a la puerta.

—¡Es un chico alto y rubio muy guapo!

Pongo los ojos en blanco.

—¿Eres consciente de que te escucha a través de la puerta? —No lo era, porque Roni entra corriendo y tras mirarme me echa del aseo y se encierra ella.

Roni es muy tímida y solo cuando estamos juntas dice lo que piensa sin filtro, a veces olvidando que las paredes tienen oídos.

Me miro en el espejo y pienso ponerme algo más, pero tocan de nuevo y salgo a abrir, porque seguro que quien espera ya sabe que hay gente dentro gracias a mi hermana.

Miro por la mirilla y, aunque no puedo verlo bien, me parece, como ha dicho Roni, un chico rubio muy guapo. Cuando abro lo primero en lo que me fijo es en su bonita sonrisa, marcada por un hoyuelo y unos labios gruesos que piden a gritos un beso... mío no, claro. Una ya ha tenido suficiente con dos ex bastante capullos que me han anulado para los restos.

Alzo la vista, ya que es alto, y mis ojos grises se encuentran con los suyos azules enmarcados por unas oscuras pestañas que hacen más profunda su mirada. El pelo rubio le cae sobre las cejas. Y cuando bajo la vista me encuentro con un cuerpo atlético y fibroso. Se nota que hace ejercicio y que no es de esos a los que les gusta tomar lo que sea para hincharse. Tiene que ser más o menos de mi edad por lo que adivino, tal vez un par de años más.

—Hola. —Alzo la vista al escuchar su voz dura y sexi; no puedo evitar notar lo evidente.

Otra cosa es que este adonis de pelo rubio me guste, pero lo que es, es.

—Hola.

—Tú debes de ser Holly; Adair me habló de ti. —me tiende su mano solo adornada por un anillo plateado con detalles en negro que me parece masculino. Le doy la mía y siento un pequeño hormigueo ante su contacto—. Gonzalo, amigo de Adair y tu vecino de enfrente.

Separa la mano y me señala su casa, por si no he pillado que compartimos rellano. Solo hay dos vecinos por planta.

—Holly, y mi hermano se llama Roni.

—Ah, hermano, pensé que era una niña.

—Tiene voz de niña —le digo con una sonrisa. Roni tiene la voz muy dulce.

—Solo venía a presentarme y a deciros que para cualquier cosa que necesitéis estoy al otro lado; ah, y que seguramente más de una vez me verás haciendo movimientos extraños por la ventana de la cocina. No te asustes, no me pasa nada raro. —Me sonrío mostrándome unos dientes blancos y perfectos.

—Bueno, seguro que en alguna ocasión me ves a mí cantando o gritando a mi hermano por alguna cosa. Mientras tú no te asustes tampoco, todo ok.

Sonríe y sus ojos azules, que ahora que me fijo mejor tienen varios tonos de azul, brillan con calidez.

—Bueno, nos vemos. Y no olvides mi ofrecimiento.

Asiento antes de cerrar la puerta. Cuando me vuelvo, Roni está entre las sombras observándolo todo.

—He quedado como una idiota. —La miro: lleva uno de mis pijamas rosas de ositos de cuando yo tenía su edad.

—No lo creo, y ahora ayúdame a hacer la cena.

—No creo que necesites mucha ayuda para hacer unos bocatas de jamón york y queso.

—Son bocatas especiales, porque los voy a hacer a la plancha. —Sonríó para que no note cómo me fastidia no poder comprar algo más.

—Por suerte me encanta el bocata de jamón york y queso. —Que Roni sea tan madura a su edad ayuda mucho. Todo sería más complicado si tuviera que lidiar con sus exigencias, pero me duele saber que, como yo, dejará de ser niña antes de lo que debería.

* * *

Me levanto muy temprano y con los ojos medio pegados me pongo a preparar el desayuno a Roni. Hoy casi no ha dormido. No ha parado de dar vueltas de un lado a otro de los nervios que tiene ante un colegio nuevo, por tener que soportar insultos solo porque la gente no la entiende o porque piensan que es mariquita y lo critican solo por eso. Como si las personas fueran mejores o peores dependiendo de tu manera de amar. Odio no poder estar a su lado. No poder pasar por ella todo esto y saber que cuando la recoja estará triste y que por culpa de esto no tendrá amigos.

Le cuesta mucho hacer amigos, y más si la insultan porque los que se quieren acercar a ella temen que la tomen con ellos y la dejan sola solo para no recibir el mismo trato.

Abro el grifo, miro hacia la ventana de la casa de Gonzalo, que está al otro lado del patio de luces que tenemos en medio, y lo pillo haciendo estiramientos. Solo lleva puesto un pantalón gris de chándal y nada más. No sé qué me hace mirarlo como una boba y hasta olvidar que el agua sigue corriendo. Algo en su manera de moverse acelera mi corazón, como si supiera lo que va a hacer y mi mente se anticipara al placer de verlo y, como yo esperaba, ahí está. Gonzalo empieza a bailar de manera muy masculina y sensual. Sus movimientos me atrapan. Su manera de moverse me hipnotiza. Veo que mezcla varios estilos y los hace propios. Es magnífico.

Desde niña he estado metida de alguna forma en el mundo del baile..., bueno, me ha gustado el mundo del baile y he investigado. Mi madre, antes de tirar su vida por la borda, era una de las mejores bailarinas del país. Tenía una prometedora carrera en un teatro importante de la capital y era la estrella. La gente pagaba para verla bailar. Yo he visto vídeos suyos y se me han puesto los pelos de punta y los ojos llenos de lágrimas por ver como alguien con ese brillante futuro lo tiraba todo por tierra por las malas compañías.

Su vida, con la fama, empezó a cambiar y no supo decir no a las drogas. Para cuando se dio cuenta ya no controlaba sus decisiones y solo pensaba en beber y drogarse. Esto hizo que se rompiera un pie en una actuación, porque iba muy puesta, y en el hospital le dijeron que no solo su recuperación sería larga, sino que además estaba embarazada y sería una suerte que yo no naciera ya con adicciones.

Mi madre ni recordaba quién era mi padre, o eso me dice siempre ella cuando le he preguntado, así que hace años que dejé de hacerlo; no me interesa saberlo. La despidieron al poco de nacer yo porque no era capaz de centrarse y empezó su declive. Pienso que algo

me quería, porque durante el tiempo que duró su embarazo no tomó nada. Y con Roni también lo hizo; por unos meses supe lo que era tener una madre que no estaba siempre borracha. Pero fue nacer Roni y todo se evaporó y creo que eso me dolió más. Porque en el fondo esperaba que todo cambiara y la caída fue más dura.

Trabaja de estríper desde poco tiempo después de nacer yo y me culpó a mí de todo, aunque las dos sabíamos que no era cierto.

He crecido rodeada de bailarinas de la noche y en un mundo que no es apto para una niña pequeña. Odio esos locales y no fue hasta que nació Roni que decidí que yo, a mis diez años, sería la madre que ella necesitaba, viendo que la nuestra, una vez más, no nos había elegido a nosotras. Ahora lo pienso y me parece increíble que siendo tan pequeña hiciera algo así y más que mi madre me dejara.

Yo cuidaba de Roni junto con la vecina y la mantuve alejada de ese mundo de la noche que yo tanto había llegado a odiar. Digamos que yo salvé a Roni y ella me salvó a mí de seguir allí. Desde entonces nos hemos cuidado la una a la otra y cuando nos ha tocado marcharnos porque o mi madre se gasta el dinero en drogas o la despiden, juntas hemos puesto una sonrisa para empezar de cero.

Mi hermana lo es todo para mí. Es mi vida entera y por eso sufro tanto cuando le hacen daño.

Gonzalo termina y acaba justo mirando hacia mi ventana. Pillada, lo saludo porque es mejor mostrar naturalidad a que note que me da una vergüenza enorme que sepa que lo he estado mirando como una boba.

Me saluda y me guiña un ojo antes de coger una toalla olvidada en el respaldo de una silla y alejarse. Cierro el grifo y decido hacer el desayuno para Roni.

* * *

—No quiero entrar. Me duele la tripa. —Me paro y miro a Roni: tiene el rostro ceniciento y si no vomita es más que de milagro.

—Todo va a ir bien...

—No lo iré. Estoy cansada... —Mira a su alrededor: ahora es un niño y se oculta—. Cansado. Estoy cansado de ser el rarito.

—Eso es porque eres especial y mejor que el resto. Ellos lo saben y quieren aniquilarte antes de que hagas algo brillante que los deje a la altura del betún. —Sonríe como siempre que se lo digo.

—Puedo estudiar desde casa.

—Yo no puedo enseñarte y de tu madre seguimos sin saber nada. Irá bien.

—Irá mal, como siempre.

La abrazo. Y vamos hacia el colegio. Estamos llegando cuando veo a Jenna, la mujer que nos ayudó. Al vernos nos saluda sonriente y junto con una pequeña preciosa de pelo

rubio y con los ojos más increíbles que he visto nunca, de una tonalidad dorada que parecen atrapar todos los colores que los rodean, viene hacia nosotras.

—Holly, Roni, me alegra que estéis aquí. ¿Nervioso por tu primer día?

Roni solo asiente y mira al suelo.

—Está algo preocupado, pero todo irá bien.

—¿Vas a ir a mi clase? —Roni alza los ojos hacia la pequeña, que lo mira con una sonrisa—. Voy a sexto A, ¿y tú?

—También —le dice con una vocecilla muy débil.

—¡Eso es genial! —La niña tira de mi hermana y la lleva hacia el interior. Roni se vuelve y me mira asombrada por la espontaneidad de esta pequeña; le sonrío y le digo adiós con la mano.

—Nora es muy efusiva y ha notado que Roni no quería entrar.

—Yo creo que lo han notado todos.

—Nora le protegerá, no te preocupes.

—¿Es tu hija?

—Sí. —Veo orgullo en su mirada—. Todo irá bien, no te agobies.

—Roni es especial y no lo ha pasado bien en otros colegios.

—Aunque no lo parezca, Nora tampoco lo pasa bien en clase. No es una niña que siga al más popular y es muy buena, ayuda a la gente y dice lo que piensa. Sigue su propio camino y eso a la más popular de la clase no le gusta. Le gusta que todas la veneren y más si es alguien que de querer podría eclipsarla.

—Lo entiendo.

—No sé quién necesitaba más a quién, si Roni a Nora o Nora a Roni; me temo que mi hija lo ha acogido bajo su ala para que nadie le aleje de ella. No suele haber muchos niños nuevos y los que hay ya tienen muy marcado a quién seguir.

—Sinceramente, me alegro de que Nora haya acogido a Roni. Por lo que dices, ambos se merecen un amigo.

—Sí, a ver cómo acaba el día, porque hoy marcará el futuro. Roni puede elegir no seguir a Nora o Nora no seguir a Roni.

—El colegio es más complicado de lo que parece.

—Lo es, dar clases en uno te hace ver muchas cosas que desearías no saber. —No puedo evitar preocuparme por Roni y Jenna lo nota en mi cara, pues se pone ante mí y posa sus manos en mis brazos. Sus ojos verdes me miran con una cálida sonrisa—. Todo irá bien, yo les echaré un ojo.

—Me quedo más tranquila. —Busco mi móvil, le pido su número y le doy el mío para que me llame si pasa cualquier cosa.

—Lo haré.

Me despido de ella y me voy hacia el trabajo temiendo que una vez más los crueles niños que no entienden que por ser diferente no eres peor insulten o denigren a mi hermana. ¿No tiene ya suficiente Roni con haber nacido en un cuerpo que no le corresponde? ¿Por qué la sociedad encima le tiene que poner tantas trabas cuando ella lo único que quiere es ser feliz? Roni no ha hecho daño a nadie y a su corta edad mucha gente la ha lastimado. Estoy cansada de esta crueldad.

CAPÍTULO 2



GONZALO

Tocan al timbre de mi casa y me pongo la camiseta para abrir, pues acabo de darme una ducha tras un día agotador de universidad. Por suerte, si todo sale bien, este será mi último año y podré dedicarme en exclusiva a lo que me gusta, que es el baile. El problema es que la vida de un bailarín no es tan fácil como parece; solo unos pocos consiguen triunfar y, aunque he trabajado con Jack y Eimy en sus conciertos, eso solo me ha dado cierta estabilidad económica, pero no reconocimiento, y no puedo dejar de trabajar de vez en cuando como bailarín ocasional en lo que salga para poder cubrir todos los gastos que tengo.

Sé que lo hago bien; no soy vanidoso, pero tampoco estúpido. El problema de que no encuentre más que trabajos de un par de días o de relleno cuando hay alguna baja no es ese. El problema es que como yo hay cientos de jóvenes que se dejan la piel para conseguir bailar en una gran compañía y eso te hace darte cuenta de que a veces todo es cuestión de momentos. De estar en el lugar adecuado cuando pasa una oportunidad. Hasta entonces pienso acabar mi carrera, porque, siendo realista, no sé si podré vivir del baile y prefiero saber que de no hacerlo no me quedará en la calle sin tener un trabajo fijo. Hace años compaginé los estudios con clases de baile, tengo varios títulos y un currículum bastante amplio, pero ni esto es suficiente.

El problema es que no soy un gran estudiante si tras los libros no hay baile y este fin de carrera se me va a hacer un poco cuesta arriba.

Voy hacia la puerta y miro por la mirilla: Jack alza las cervezas, me ha escuchado acercarme a la mirilla.

—Te dejas entrar solo por las cervezas —le digo nada más abrir la puerta. Su hermano Aiden va a su lado.

—No esperaba menos. —Jack me guiña un ojo y entra en mi casa.

Desde que me cambié de piso suelen pasarse más a menudo. Es más grande y, como dijo Jack, aquí está lejos de los padres de Eimy y sus normas para que no se acueste con su hija, o al menos ellos no sepan que lo hace, y de su madre, que, aunque poco a poco está aprendiendo a quererla, aún se les hace raro a los hermanos tenerla por allí.

Decidimos pedir unas pizzas para ver el partido y saco unas bolsas de patatas para acompañarlo.

—¿Preparado para un año sabático? —le pregunto a Jack antes de dar un trago a mi cerveza.

Hace poco han traído las pizzas y voy por mi cuarto trozo.

—No, pero es eso o ser un universitario toda la vida.

—Seguro que cuando acabes la universidad echarás de menos el uniforme —lo pico.

—Nunca. Odio ese jodido uniforme. —Me doy cuenta de que Jack está más irascible de lo normal. Miro a Aiden y alza los hombros como si supiera qué le estoy preguntando.

—¿Qué te pasa? —le suelto a Jack sin más.

Me mira como si no me comprendiera y luego vuelve la cara.

—La tía de Eimy, que no quiere escándalos en su familia y está decidida a poner mi pajarito a buen recaudo. —No lo podemos evitar y Aiden y yo rompemos a reír—. Lo dijo así. Y juro que la veo hasta en la sopa. Como la casa de Eimy tiene acceso al palacio, se pasa muy a menudo. No querriais tenerla cerca de vuestras parejas.

—Dudo que eso te detenga —le dice su hermano.

—No, claro que no, pero no me gusta tener que sortear tantos obstáculos para llegar a Eimy y ahora que no tenemos que actuar, ella se ha centrado más en ayudar a los demás en la asociación de Dulce. Cosa que me encanta, pero limita aún más nuestros encuentros.

—Cásate con ella —le dice sin más Aiden.

—Eimy solo tiene veinte años, eso no es una opción.

—Me niego a creer que eso sea un problema teniendo en cuenta el grupo de amigos que tenemos y quién es vuestro hermano. Se casó con Bianca cuando esta solo tenía diecinueve años —le recuerdo a Jack.

—Es diferente, era casarse con ella o dejar que ese viejo la violara amparado por el matrimonio. No es lo mismo y no quiero forzar las cosas. Pero juro que como vuelvan a mencionar mi pajarito en la misma frase que jaula no respondo.

Aiden se aguanta la risa; yo no. Jack me tira un cojín a la cabeza. Le devuelvo el golpe con tan mala suerte que acabamos dando a las pizzas y se caen al suelo.

—¡Joder! Ahora tengo que limpiar este desastre.

—Me declaro culpable. —Jack me guiña un ojo y, tras recoger un poco, se sienta en el sofá—. Luego recogemos el resto.

Vemos el partido y se quedan hasta las doce. Recojo todo y decido irme a la cama. Estoy a punto de hacerlo cuando un golpe en el rellano me sobresalta. Voy hacia la puerta cuando este se repite y la abro. Lo hago al tiempo que Holly abre la de su casa, solo que ella no se da cuenta de mi presencia. Solo tiene ojos para la mujer que está desplomada en el suelo y no puede tenerse en pie.

—Mamá. Vamos dentro. —La mujer se suelta y le tira del pelo a Holly cuando esta trata de levantarla.

Holly se traga el dolor y una vez más hace amago de levantarla del suelo. Me acerco y cojo a la mujer en brazos y entonces Holly sí se percata de mi presencia. Sus

enigmáticos ojos grises se abren como platos y me mira sin saber cómo explicar esta lamentable escena.

Entro en su casa con su madre en brazos, que apesta a alcohol y colonia barata, lo que despierta demasiados recuerdos en mí que trato de alejar de mi mente.

No para de halagarme y de decirme que por muy poco dinero me hace un completo. Miro a Holly, que contempla horrorizada a su madre mientras me indica dónde dejarla.

La tiendo en una cama pequeña.

—No te alejes, soy muy buena con la lengua...

—¡Ya basta, mamá! —Holly tira de mí fuera del cuarto y cierra la puerta—. Lo siento, yo...

Parece tan agobiada que no puedo más que alzar su cabeza y hacer que me sostenga la mirada. Sus ojos se entrelazan con los míos y noto como mi caricia la calma.

—No pasa nada. No es tu culpa y no es la primera persona borracha que he visto. Yo, sin ir más lejos.

Asiente más calmada y se separa. Va hacia el salón y la sigo. Solo lleva una camisa enorme de tirantes negra que deja entrever un sujetador de color rosa que hace juego con sus mechas rosas. Va descalza y su pelo castaño cae suelto a su espalda. Es mucho más menuda que yo y así vestida parece aún más pequeña. Debe de tener unos veintipocos años, pero está demasiado delgada para mi gusto. Parece toda huesos, pero aun así se nota que es una joven muy guapa.

Su mirada parece la de alguien más maduro y ya no queda nada de esa simpatía que vi ayer cuando me presenté. Ahora se la ve cansada y triste. Muy triste.

—Ella no es puta..., lo digo por lo que te ha dicho. Es estríper, le gusta bailar y trabaja en un club.

Asiento, pues se nota que quiere defender a su madre y que, pese a lo que he visto, no quiere que tenga una mala imagen de ella.

—Seguro que mañana estará mejor y no recuerda nada de lo vivido esta noche.

—Eso seguro, porque mi madre no recuerda nada cuando llega en este estado. Siento la que te ha caído encima por tenernos como vecinos.

—Yo no —le digo y me mira sorprendida—. Así podré ayudaros si me necesitáis.

Holly me mira recelosa y se echa hacia atrás.

—La gente no te ayuda por nada, nadie lo hace —dice tapándose lo mejor que puede.

—Me molesta que estés insinuado que quiero favores sexuales contigo.

Me mira asombrada y me doy cuenta de que no era consciente de lo que hacía. También de que seguramente alguien le pidió esos favores en el pasado. Siento la rabia correr en mí. Me acerco a ella.

—Soy uno de esos locos que hacen las cosas por nada. Lo digo de verdad.

Holly me mira tensa, desafiante, mientras me estudia.

—Lo creeré cuando lo vea.

—No esperaba menos de ti. —Escuchamos un golpe y unas arcadas.

Hago amago de ir hacia el cuarto de su madre, pero Holly me detiene.

—Ya has hecho suficiente, gracias. De esto ya me encargo yo.

—De nada, y estaré encantado de ayudarte si lo necesitas.

—Eres un chico muy raro —me dice recelosa mientras me marchó.

Cierro la puerta y me quedo inquieto por lo que he visto.

HOLLY

Me levanto temprano para despertar a Roni, que por suerte no se enteró de nada. Al menos sabemos que nuestra madre sigue viva. Me pego una ducha y me paso a ver si sigue respirando y sí lo hace, aunque trabajosamente. La miro con rabia y dolor. Hace años que dejé de luchar contra corriente, que dejé de sentirme impotente por no poder hacer nada.

Mi madre no siempre fue así; hubo un tiempo en que era una buena madre. Eso me dijo su mejor amiga. Me dijo que durante los primeros meses después de nacer yo me adoraba, hasta se alejó de la mala gente que la rodeaba y dejó las adicciones por un tiempo... hasta que le dijeron que nunca más volvería a los escenarios y para aliviar el dolor de lo que había perdido empezó a juntarse de nuevo con malas compañías.

Su amiga me lo dijo para ver si podía traerla de vuelta, para ver si podía encontrar en ella a esa mujer que antes de tirar su vida por la borda amó a su hija, pero nada. Mi madre ya tiene suficiente con drogarse y beber hasta perder el sentido.

Y lo peor es que cuando está cuerda, cuando pasa días sin beber, por un momento veo a esa mujer que un día me dijeron que existía dentro de ella; la vi cuando estaba en estado de Roni y era genial. Pero luego la caga, y recae y la pierdo de nuevo. Estoy cansada de tener esperanzas con ella. De anhelar algo distinto cuando sé que nada va a cambiar. Tras quedarse en estado de Roni conocí a un madre que nunca había visto, era feliz con ella y tras nacer Roni pensaba que esto duraría, pero solo fueron unos meses antes de que recayera.

Mi madre es así y hace tiempo que lo acepté.

Roni se arregla mientras yo le preparo el desayuno.

—¿Tú no comes nada? —dice tras advertir que solo hay cereales para ella.

—No tengo hambre, cogeré algo en el trabajo. Algo bueno tiene que tener trabajar en una cafetería.

Sonríe y asiente. Evito decirle que si me como mi ración de cereales ella no tendrá para mañana o para esta noche. Espero que mi madre haya traído algo de dinero, pero lo dudo mucho.

Tocan a la puerta y voy a abrir. Cuando veo que se trata de Gonzalo me pienso si abrirle o no.

—Sé que estás tras la puerta.

—Eres un puñetero incordio —le digo mientras abro.

Alzo la mirada, pues es muy alto, y me encuentro con sus cálidos ojos azules. Me avergüenzo por la escena que presencié anoche y Gonzalo lo nota, pues me alza la cara cuando esquivo su mirada.

—Nada de sentirse avergonzada.

—Lo que tú digas. —Me separo de él y de su contacto.

Como anoche, siento donde me ha tocado un escalofrío que no viene a cuento. Es solo mi vecino. Y aunque es un chico guapo, matizo, muy guapo y sexi, en mi vida no hay tiempo para novios, ni rollos ni nada por el estilo.

—Hola, tú debes de ser su hermano. —Roni lo mira asombrada y asiente cortada.

—Hola —le saluda educada.

—Lo tengo que llevar al colegio y luego entro a trabajar.

—Yo voy camino de la universidad. —Se mira su pantalón gris y su camisa blanca y me doy cuenta de que es un uniforme de pijos.

—Universidad de pijos.

—Algo así, pero son buena gente... algunos, pero de eso hay en todos lados.

—Eso es cierto. Nunca hay que juzgar a nadie por su aspecto —dice Roni mostrando esa madurez tan impropia de una niña de once años.

—Nunca. Os acerco. Me pillas de camino.

—No sabes donde vamos...

—Sí lo sé, Jenna es mi amiga y sé que Roni va a la clase de su hija Nora.

—¿Acaso sois algo así como espías y me estáis investigando? —Sonríe y se le marca un atractivo hoyuelo.

—No sois tan interesantes. —Me guiña un ojo y coge la cartera de Roni—. Vamos.

—Tengo coche. —Sin gasolina, pero eso él no lo sabe—. No tenemos por qué hacerlo —le digo reticente cogiendo mis cosas.

—No, es cierto, pero si quiero que descubras que no soy un capullo que hace esto a cambio de algo tengo que demostrarlo.

De repente se da cuenta de que Roni está delante y que ha dicho una palabrota.

—Tranquilo, Roni sabe lo que es un capullo, hemos conocido varios. —Roni asiente.

—Lo siento entonces por eso. —No digo nada y cierro mi casa sabiendo que Gonzalo se saldrá con la suya; ya llegamos tarde y no quiero que a Roni le pongan falta por tener que llevarla andando.

Además algo me dice que Gonzalo es cabezón. Salimos del edificio y vamos hacia un sencillo coche. Sabiendo que va a una universidad de pijos me esperaba que tuviera un cochazo último modelo.

—Soy becado —dice Gonzalo adivinando mis pensamientos.

—Es bonito.

—Para mí sí lo es. Al menos sé que me lo he comprado con mi esfuerzo y no pidiéndoselo a mi padre rico.

Lo dice con una pícara sonrisa y eso me gusta, me gusta que no sea un niño de papá que no sabe lo dura que es la vida. Que no sabe que mientras él se gasta el dinero a espuestas hay personas que con la mitad podrían vivir una semana completa.

Entramos en su coche y vamos hacia el colegio de Roni; no está muy lejos, pero vamos algo mal de tiempo. Anoche me quedé dormida tarde y hoy casi se me han pegado las sábanas.

Gonzalo aparca en doble fila y Roni duda antes de salir; no lo hace hasta que Nora, al verla, se acerca a nosotros y entonces sale del coche a saludar a su amiga.

Gonzalo sale del coche y Nora salta a sus brazos para darle un cálido beso. La deja en el suelo.

—Cada día estás más preciosa. Dime cómo lo haces. —Nora se ríe, pero no se la nota una niña creída.

Nora toma a Roni de la mano y tira de ella hacia la clase. Inquieta, veo como pasan junto a unos niños que parecen de su edad y estos los miran mal hasta que otro niño se pone ante ellos, los mira desafiante y bajan los humos. Esto lo hace hasta que Nora pasa por su lado y le dice algo que hace que él la empuje y le saque la lengua.

—Esos dos siempre están como el perro y el gato —me informa Gonzalo cuando regresa al coche y advierte hacia dónde estoy mirando—. Todos creíamos que con los años se les pasaría. Se conocen desde que tenían cuatro años y no se soportan, aunque en el fondo creo que no pueden vivir el uno sin el otro. —No digo nada, pues no los conozco.

Me pregunta dónde trabajo y se lo digo. Llegamos y aparca. Lo miro extrañada.

—Me apetece un café y aquí hacen los mejores. —Asiento y salgo del coche con Gonzalo pisándome los talones.

Llego y mi jefa me saluda con una cálida sonrisa. He tenido suerte de encontrar este trabajo, donde la gente es muy trabajadora pero no huraña. Ayer me sentí muy cómoda, y eso que era mi primer día. Entro en la zona de trabajadores y me cambio. Llevamos una camisa azul claro con un rodillo dorado en el bolsillo. Me sé la historia de este rodillo porque ayer me la contaron y me pareció muy romántica, y más porque este tipo de cosas no se suelen ver con frecuencia. Las personas que encuentran a alguien que apenas verlas las quieren sin condiciones no saben la suerte que tienen. La mayoría de la gente

acabamos enamorados de personas que no nos convienen y yo me incluyo. Mis ex me demostraron lo que significa amar a la persona equivocada. No quiero volver a pasar por eso. Y menos cuando tras un gran engaño le di una oportunidad de nuevo al amor y me destruyó más si cabe que el primero. Ambos querían de mí lo mismo. Acostarse conmigo, y yo no era más que eso para ellos. Duele que, mientras yo veía amor en sus gestos, ellos solos me veían como un objeto con el que obtener placer sin importarles mis sentimientos. Me hizo darme cuenta de con qué poco me conformaba si aceptaba sus migajas y unas pocas palabras cariñosas para creer que de verdad pudieran sentir algo por mí.

Aparto esos pensamientos de mi mente y me dirijo al trabajo tras lavarme las manos.

Me he recogido el pelo en una coleta. Salgo y me dan indicaciones de lo que tengo que hacer hoy: me toca servir cafés y Gonzalo está esperando el suyo mientras escribe algo en su móvil.

Voy hacia él tras ponerme el delantal.

—¿Cómo quieres el café? —Alza la vista de su teléfono y me mira.

—Muy caliente y con poca leche.

—Marchando.

Asiente y sigue con su móvil. Se lo sirvo al tiempo que preparo algunos más para los clientes que hay a esta hora tan temprana. El olor a café recién hecho hace que mis tripas crujan de hambre y me recuerden la falta de alimento. Trato de ignorarlo y me vuelvo para servir el café a Gonzalo. Alza la vista y me sonríe, algo que he notado hace a menudo.

—Espero que te guste —le digo algo nerviosa, pues no sé si me he pasado de inventiva al añadirle la canela por encima de la espuma de leche que le he echado de más.

Gonzalo lo prueba y sé por su mirada que le gusta. Es muy expresivo y sus ojos azules brillan con intensidad mostrándome sus emociones.

—Está delicioso, me atrevo a decir que nunca he probado un café tan bueno.

—Pues si está tan bueno tendré que probarlo. —Una rubia preciosa de más o menos la edad de Gonzalo aparece a su lado y prueba el café, sí, pero de sus labios—. Buenos días, amor.

—Buenos días. —Gonzalo se separa y me mira. Me siento tonta, pues no debería haberme quedado contemplando este momento íntimo—. Liz, te presento a Holly, es mi nueva vecina.

—Qué mona es —me dice dejando claro que se considera mucho mayor que yo. Alzo las cejas por su tonito—. Soy la novia de este pedazo de hombre.

¿Mona? Vale que yo a mis veintiún años no los aparento, y más por lo delgada que estoy por tener siempre que pasar de algunas comidas, pero ella no debe de ser mucho mayor que yo. Enseguida me parece una estúpida y le sonrío de medio lado sin hacer amago de darle dos besos o tenderle mi mano. Que le den.

—Encantada. —Y sin más sigo con mi trabajo sabiendo que acabo de descubrir lo que no me gusta de Gonzalo: su novia.

CAPÍTULO 3



HOLLY

Estamos a viernes y la semana hay ido muy bien. Sorprendentemente bien. Tanto, que estoy inquieta. Mi madre, tras dormir su borrachera, se marchó a trabajar, regresó por la noche y esta vez no tuve que ayudarla a llegar a su cama. Ha dormido todas las noches aquí y sin liarla. Lo cual es un logro y es tan perfecto que me inquieta, como si sintiera que algo no va bien. Como si esta calma solo me anunciara una intensa tormenta.

Mi madre está dándose una ducha; parece que va a salir. Es cerca de la hora de ir a por Roni al colegio y quiero pasar a comprar algo para la cena. Me gusta hacerle los viernes una cena especial. Ponemos una peli en la tele, eso sí, y cenamos viéndola sin ponerle hora de irse a la cama. Ayer cobré lo de estos días en la cafetería.

El trabajo es duro, sobre todo por las tardes. Muchos estudiantes van a merendar o a estar allí con sus amigos. Pero estoy feliz, me gusta el trabajo y Roni también está feliz. Sigue yendo con miedo al colegio, como si temiera que la paz que siente ahora se fuera a terminar pronto, pero tener a Nora hace que no se sienta tan sola. Esa niña está haciendo mucho por mi hermana sin saberlo. O tal vez Roni por ella, pues estos días me he dado cuenta de que Nora no tiene amigas. Las niñas la miran con esas caras de rancias que ponen los niños cuando algo no les gusta. Algo que no entiendo, pues Nora es una niña dulce y buena. O tal vez sea por eso: hay personas que tienen necesidad de destruir todo lo bello solo por existir. A veces creemos que los niños solo van a por los otros niños que tienen el insulto más fácil, y no nos damos cuenta de que la crueldad no entiende de patrones. El colegio es una jungla donde unos marcan las normas y el resto trata de sobrevivir.

Me alegra que las dos se hayan encontrado la una a la otra porque siento que ambas se necesitaban.

Termino de recoger la cocina y abro la ventana para que se airee la casa. Veo a Gonzalo hacer sus ejercicios y cuando se percata de mi mirada me sonrío.

Esta semana nos hemos visto un par de veces y si ha tenido oportunidad ha llevado a Roni al colegio y a mí al trabajo. Es amable y simpático... y no puedo evitar pensar que en cualquier momento descubriré su verdadera cara. La última vez que bajé la guardia con un chico salió estrepitosamente mal. Así que no sé en dónde nos deja eso a Gonzalo y a mí. No puedo sin más aceptar que de verdad es un buen vecino que siente la necesidad de ayudarnos. Es muy raro.

Salgo de la cocina y voy hacia donde guardo el dinero. En uno de mis libros. Lo abro y nada. Me empiezo a inquietar y decido convencerme de que lo metí en otro lugar. Sigo buscando y no está en ninguno de ellos. No tengo muchos y no porque no quiera. Esto hace que tarde muy poco en buscar. Registro mi bolso y lo hago varias veces, como si esperara que el dinero aparezca de repente.

Siento que me falta el aire, ya que en el fondo sé dónde está mi dinero. Por eso, cuando mi madre sale lista para irse estallo contra ella.

—¿Se puede saber dónde has metido mi dinero?

—¿Tu dinero? Es de todos.

—¡No lo es! Es mío y de Roni, tú tienes el tuyo y nunca aportas nada.

—Eso no es cierto.

—¿Dónde está? —Me mira con unos ojos azules que tras años de borracheras y de meterse quién sabe qué han perdido su brillo de antaño, igual que su pelo, castaño como el mío, ahora solo es un espejismo de lo que fue. Sé por fotos que somos iguales; aunque mis ojos son más grises que azules el parecido es inquietante, pues me da miedo acabar como ella.

—Lo necesitaba.

—¿Ya te lo has gastado? —Cojo su bolso y lo registro, pero no hay nada. Me lo quita.

—Claro, debía unas cosas.

—No me lo puedo creer. ¿Te das cuenta de que no tenemos dinero para comer? ¿Acaso no te importa que nos muramos de hambre? ¡¡No tengo nada para hacerle la cena a Roni!! ¿De dónde lo saco?

—Si tanto te importa tu hermano, trabaja conmigo esta noche. —No es la primera vez que me lo dice y, como siempre, siento rechazo ante esa idea.

—Nunca, no pienso dejar que un atajo de babosos me toquen.

—Solo es trabajo y te ganas mucho dinero. No te importará tanto tu hermana cuando prefieres dejar que se muera de hambre. Y además, no me vengas de inocente que ya sabes lo que es acostarse con un hombre.

La miro con rabia y, como siempre, me siento egoísta, pero no quiero caer en su juego. Hace tiempo que quiere que yo siga sus pasos para destruirme. Es duro, pero es así. Quiere que entre en su mundo y que al mirarme sea un espejo de ella y deje de repetirle todo lo que hace mal.

—No lo haré.

—Pues ya me dirás qué le vas a dar de comer. Me marchó, tengo trabajo.

—No sabes cómo te odio. —Por un segundo me parece ver pasar dolor por la mirada de mi madre, pero es tan rápido que pienso que lo he imaginado.

—Mejor para ti. Nos vemos. No me esperéis este fin de semana.

Y sin más se va sin importarle haberse gastado el dinero que tenía para dar de comer a su Roni.

Me bloqueo y no sé qué hacer. No sé de dónde sacar el dinero. Siento que me falta el aire y que la casa se hace más pequeña. Me invade la angustia y me siento en el sofá para evitar caerme presa de un ataque de pánico. Me siento perdida y sola con esto. Y no sé cómo salir de esta mierda en la que me veo metida por culpa de una madre irresponsable.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

GONZALO

Salgo de mi casa al tiempo que veo a la madre de Holly entrar al ascensor. Lo he escuchado todo porque estaba cerca de la ventana y Holly tenía la suya abierta. La rabia casi no me deja respirar ante el egoísmo de esta mujer. Hablaba con una frialdad que me ha dejado helado, dejando claro que no le importan sus hijos. Que le da igual que no tengan nada para comer.

Toco al timbre y nada. Holly no me abre. Toco más veces y viendo que no responde hago algo que sé que no está bien. Cojo las llaves que tengo de este piso, que Adair me dio por si los hermanos necesitaban algo, y abro la puerta.

Encuentro a Holly sentada en el sofá, pálida como la leche y respirando trabajosamente. Reconozco los síntomas, voy a por una bolsa y se la tiendo.

—Respira en ella. —Holly no replica, solo la coge y trata de calmar su ataque de pánico.

Abro las ventanas para que le dé el aire. Para que deje de sentir que se asfixia. Poco a poco el color regresa su rostro y las lágrimas que ha retenido caen en torrente por sus mejillas. Verla así hace que la rabia que siento por su madre crezca. Voy a su lado y me arrodillo para estar a su altura.

—Tranquila, Holly. Todo va a salir bien.

Me mira con unos ojos tristes, dos pozos grises que han perdido su brillo.

—No lo hará...

—Si es por la comida no te preocupes, yo tengo de sobra...

—No quiero tu lástima. —Trata de apartarse, pero no la dejo.

—No es lástima, es ser un buen vecino.

—Es ser idiota. ¿Qué quieres de mí? —Veo temor en sus ojos porque pueda de verdad hacer todo esto para conseguir un fin de ella.

Tenso la mandíbula porque piense así de mí y me recuerdo que seguramente ha vivido algo que le ha hecho pensar así. El problema es que eso no me deja más tranquilo. Es como si desde que conozco a Holly y a su hermano se hubieran convertido en mi

problema y no pudiera desentenderme de ellos. La miro abatida y, pese a eso, mirándome desconfiada y decido ser sincero. Sé que si no no lograré nada de ella.

—Sé lo que es no tener nada. Sé lo que es tener ataques de pánico cuando no tienes nada que llevarte a la boca y sientes que tu mundo se derrumba.

—¿Lo has vivido? —Asiento.

—Sí —le digo inquieto. No me gusta recordar esa parte de mi vida.

Ese momento en que tuve que dejar el centro donde había vivido desde niño y me dejaron solo a mi suerte. Sin nada. No me gusta recordar lo que se siente al no tener nada y el dolor de un estómago vacío.

—Es horrible —me dice.

—Tú por lo menos no estás sola. Tienes a Roni —Le reconozco, y es cierto, aunque si soy sincero es mejor no tener a nadie a tu cargo cuando no tienes nada. Es mejor no saber que hay a tu lado una persona que quieres y que está padeciendo lo mismo que tú.

—¿Y qué hago?

—Acepta mi ayuda.

—No quiero tu limosna. Debes comprenderme.

Lo hago y por eso pienso algo rápido mientras observo la cocina y me fijo en que los armarios abiertos no tienen nada. Le digo lo primero que se me viene a la cabeza.

—¿Sabes cocinar?

—Sí.

—¿Y sabes administrar el dinero para la compra y hacer que dure más? —Asiente—. Lo imaginaba y yo soy un desastre haciendo la compra y nunca tengo tiempo para cocinarme nada decente. Siempre acabo comiendo lo primero que pillo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Sé que no aceptarás mi limosna, pero si compras para mí, con mi dinero, claro, y haces la comida para los tres, yo sacaré comida decente y ahorraré al dejar de comprar un montón de comida precocinada y tú sacas el tener siempre un plato caliente para Roni.

—A cambio de que tú lo pagues todo.

—A cambio de que cocines para mí y te pague en especie. Ahora mismo estás trabajando y te pagan por hacer cafés. Te ofrecería dinero por hacer la comida, pero dudo que lo aceptaras y no me fío de que tu madre no lo robe de nuevo. Así tú te aseguras la comida, yo tengo mi plato caliente y tu madre no puede robarte.

Me mira dudosa y noto su batalla interior. Aguanto su mirada para que vea que no voy de mala fe.

—¿Cuántos años tenías? —Aparto la mirada.

—Dieciséis.

—¿Y ahora?

—¿Acaso necesitas mi carnet y mi currículum para saber si soy de fiar? —La miro divertido para que no note que no quiero hablar de mi pasado y deje el tema.

—Estaría bien. —Alzo una ceja—. No puedo confiar en ti, pero sería tonta si rechazara tu oferta. Ahora solo tengo esa salida o trabajar esta noche en el bar de estriptis de mi madre. —Me tenso.

—Entonces soy la opción menos mala.

—Sí. Eso sí.

—Con el tiempo te darás cuenta de que no quiero nada. —Asiente—. Y ahora te acompaño a comprar y vamos a por Roni. Tengo un poco de tiempo libre antes de irme a ensayar.

—¿Baile? —Asiento—. Lo haces muy bien.

Se sonroja y se levanta para ir a por sus cosas. Le digo que voy a cambiarme y quedamos en cinco minutos en el rellano. Asiente y la dejo alejarse de mí. Sé que necesita sus escudos. Cada uno los luce de una manera, ella retrayéndose y yo tras una sonrisa a veces falsa.

HOLLY

Sigo a Gonzalo por el supermercado sin creermelo de verdad que esto sea cierto y que no me pida en cualquier momento algo a cambio. Algo más que un plato de comida caliente.

He aceptado porque no tengo otra opción y porque he visto que no mentía al decirme que sabe lo que es pasar por esto. Ahora me intriga saber por qué pasó por eso. Y sobre todo cómo consiguió salir. Es evidente que ahora mismo, aunque no nada en la abundancia, las cosas no le van mal. Estudia en una buena universidad y puede bailar, que es lo que le gusta. Saber que consiguió salir de esa mierda me da esperanzas. No me imagino que toda mi vida sea así. Me ahoga pensar que nada cambiará con el paso de los años. Que un día despertaré y me daré cuenta de que todo sigue como siempre y que ya no puedo salir de aquí. Me aterra pensar que un día acabaré como mi madre, bailando para ganarme el pan. No quiero esa vida. No quiero ser como ella.

Gonzalo me dice que esta noche no cena en su casa. Hemos acordado que yo haga la cena en mi casa y que él se pasará a buscar su plato. Que si no va a comer o cenar me lo dirá para que, o bien congele la comida, o no cuente con su plato. He discutido sobre este punto, pues si solo cocino para mi hermana y para mí no le sale rentable pagarme con comida. Al final me ha dicho que si hago comida de más no estaré administrando bien el dinero y no he podido discutirlo. Me cabrea que se salga con la suya y por eso, mientras compramos, lo miro con el morro torcido. Cosa que a cierto rubito parece hacerle gracia, pues no para de sonreír cuando lo ve.

—Yo no le veo la gracia —le digo entre dientes.

—¿No? Vaya —me pica y le saco la lengua.

Recuerdo cuando me ayudó a salir de mi ataque de ansiedad y pánico. Me ha contado que tiene un juego de llaves por si lo necesitaba y por eso entró. Pero que no piensa usarlo a menos que sea una emergencia, como hoy. Que Adair se lo diera por si lo necesitábamos me inquieta; tal vez se lo haya dado para controlarnos. O para ver si cuidamos su casa. No lo sé. Tal vez el agua de este pueblo los vuelve a todos locos. La gente no es buena porque sí.

Terminamos de hacer la compra y vamos hacia su coche; el mío no tiene gasolina y no puedo echarle de momento. Llegamos al colegio de Roni. Esta me espera cerca de Nora y de su madre, Jenna. Al verme bajar del coche de Gonzalo nos mira extrañada.

—Hola, Holly. —Roni me saluda risueña y sé que quiere algo.

—¿Qué tramás, bribón? —Su sonrisa se hace más amplia.

—¿Se puede venir a mi casa? —dice Nora por Roni y esta asiente.

—De todos modos me quedaría solo mientras trabajas y así no lo estaría. —Jenna no pierde detalle de lo que dice Roni y me siento fatal por tener que dejarla sola por las tardes.

—A veces te vienes conmigo; hoy pensaba llevarte a donde trabajo —digo a modo de disculpa.

—No te preocupes, Holly, estarán bien en casa. Puedes pasarte cuando quieras o mejor, venirme luego a cenar barbacoa. Hoy mi marido ha decidido poner en marcha sus habilidades.

Noto como los ojos de Jenna brillan cuando menciona a su marido; se nota que lo quiere mucho.

—No creo, pero me parece bien que Roni vaya.

—¿Y me puedo quedar a cenar? —Me pone ojitos de cordero degollado y Nora hace lo mismo. Al final asiento, incapaz de decirle que no y pensando también que así puedo hacer turno doble.

—¡Genial! Eres la mejor hermana del mundo. —Me abraza y le revuelvo el pelo.

—Y tú eres un gran pelota. —Se ríe y se separa para irse con Nora al coche que creo es el de Jenna.

—Estarán bien y si cambias de idea nos encantará que te unas a la barbacoa. —Asiento y Jenna mira hacia Gonzalo—. Tú has quedado con tu novia, ¿no?

—Sí, quiere que vayamos a un concierto.

—Pasadlo bien —le guiña un ojo a Gonzalo y se despide de nosotros para ir hacia su coche.

Me instalo en el coche de Gonzalo y espero que entre. Al poco lo hace y sin decir nada pone el coche en marcha para ir hacia nuestras casas. Aparca cerca y cogemos las bolsas para llevarlas a mi casa y algunas a la suya. Dejamos abiertas las puertas de las dos casas mientras ordeno las cosas. A mi parecer, Gonzalo ha comprado de más, porque

galletas y cereales no creo que necesite, pero él insiste en que lo mismo alguna vez también me pide el desayuno. Que mis cafés le encantan. Ordenamos todo y cierro para irme al trabajo.

—Esta noche no vengo a cenar. Pero no te olvides de hacerte cena para ti.

—Lo que yo haga es cosa mía —le digo mientras espero el ascensor.

—Si no lo haces te lo descuento del sueldo. Una tableta menos de chocolate.

Sonrío sin poder evitarlo.

—No sabes si ceno o no. —El ascensor llega. Gonzalo me impide entrar y su cercanía hace que mi piel vibre.

Lo miro a los ojos.

—Déjame tu móvil. —Me tiende su morena mano y se lo tiendo tras sacarlo de mi bolsillo. Sus dedos rozan los míos y aunque no quiera soy muy consciente de su caricia.

Aunque es algo normal, no todos los días un chico tan guapo y sexi se inventa esta tonta excusa de que cocine para él solo porque no quiere que mi hermana y yo nos muramos de hambre. No confío del todo en Gonzalo, pero su detalle me ha calado hondo. Hacía mucho que alguien no se preocupaba por mí. Por eso, cuando me tiende el móvil y habla no sé qué responder.

—Por eso espero que me hagas una foto tuya de tu cena y de cómo te la comes.

—¿Y si ceno en el trabajo? Voy a hacer turno doble.

—Tu jefa es mi amiga y sé que tienes turno para cenar y que tiene unos bocatas deliciosos. Espero que te comas uno de ellos.

—No me pagan en especie.

Rebusca en su cartera y pone dinero en mi mano. Se lo devuelvo, pero no lo coge.

—Ya me lo devolverás cuando cobres. —Y sin más me empuja con delicadeza dentro del ascensor y pulsa el botón cero.

—Sigo pensando que lo haces por algo —le digo solo para que no vea mi debilidad. Para recordarme a mí misma que la gente no hace nada por nada.

Veo dolor en su mirada y aparto la mía.

—Solo el tiempo lo dirá.

* * *

Salgo de trabajar y voy andando a por mi hermana. Está lejos de aquí, a una media hora andando, ya que Jenna vive en las afueras y este pueblo no es precisamente pequeño; por pocos habitantes no es ya una ciudad. Yo creo que llegará un día en que será más una ciudad pequeña que un pueblo.

Me parece escuchar mi móvil y lo saco; son cerca de las once de la noche y estoy agotada, pero feliz por mi trabajo. Me ha felicitado la encargada y me ha dicho que es

posible que pronto me gane un ascenso. Me gusta saber que hago bien mi trabajo y que no tengo que preocuparme de buscar otro deprisa y corriendo para no perder los ingresos que tenemos. Me relaja y por eso estoy feliz.

No tengo nada en el móvil. Antes de guardarlo doy a la conversación que tuve por el chat con Gonzalo, quien no paró de preguntarme por mi cena hasta que, cansada de que me vibrara el móvil en el bolsillo, usé su dinero y cogí un bocata para comérmelo en la sala de descanso. Solo cuando me vio con el bocata en una foto horrible me dijo que me aprovechara y que tuviera una buena noche.

Me vi sonriendo hasta que me di cuenta de lo que hacía. Gonzalo solo es mi vecino y ese rubito entrometido ni me cae bien. Es mejor no olvidar que por muy amable que parezca un día puede traicionarme y yo quedarme expuesta otra vez. Aún no he superado lo de mi ex. Si es que es fácil superar que tu ex solo está contigo porque su novia de toda la vida, esa que le espera en el pueblo y tú ni lo sabes, no quiere tener sexo con él hasta que se casen y te usa a ti para satisfacer sus necesidades haciéndote creer que te quiere más que a su vida.

Me arrepiento de haberme dejado engañar. De haber creído que alguien podría amarme de esa forma. De creer cada una de sus mentiras que solo tenían como fin llevarme a la cama y hacer que bajara mis defensas ante él para poder hacer conmigo lo que quisiera.

Nunca me gustó el sexo con él. Era rudo y egoísta, pero era feliz porque él era feliz y pensaba que con el tiempo aprendería que en la cama el juego es de dos. Mi inexperiencia no ayudaba a entender mejor de qué va el tema, ya que con mi antiguo novio la cosa no había ido mejor: solo dos encuentros en la parte trasera de su coche que me dejaron triste y anhelante de algo que no era lo que se espera cuando te dicen que acostarse con alguien es placentero. Lo que sabía era por novelas románticas que a veces me compro, aunque son pocas las ocasiones en que puedo tener un libro.

Por eso ahora prefiero no olvidar que la gente, por más buena que te parezca, al final te acaban dando una estocada. Si no, solo tengo que pensar en mi madre, en cómo nos trata, o en nuestros padres. Ninguno se quedó a nuestro lado.

Sigo andando por el pueblo y paso por el puente que divide las dos partes. Apenas está iluminado, porque una de las farolas se ha fundido y hay un tramo que queda a oscuras. Siempre voy de valiente, pero en realidad soy una cagica. Por eso tomo aire y ando hacia allí. Cuando paso respiro aliviada o lo hago hasta que alguien intercepta mi camino haciendo que me detenga de forma abrupta.

Me pongo alerta: el hombre que tengo delante va bien vestido, pero algo en su forma de mirarme me hace sentir miedo.

—Tranquila..., no voy a hacerte daño. De hecho, venía a ver si te veía y te llevaba de vuelta a casa.

Me voy hacia atrás y se acerca.

—Déjeme en paz, no le conozco y tampoco quiero hacerlo.

—Ya, bueno, pues yo a ti sí. Conozco a tu madre. Me enseñó tu foto y la de tu hermano. —Me repugna que mi madre enseñe nuestras fotos a alguien que está claro que no es de fiar—. Estoy con ella, es mi pareja.

Siento como si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada. Otra vez no, otra vez no. Mi madre no para de saltar de un novio malo a otro peor y a veces los mete en casa, haciendo que yo tenga que recurrir a poner pestillos en mi puerta, porque sé mejor que nadie lo que pasa cuando beben, cuando me ven tan asequible...

—Vamos, Holly, solo pasaba por aquí y como tu madre me dijo que trabajabas hasta tarde me dije, voy a ir a por ella. Como un buen novio de tu madre.

—No necesito que me recojas. Estoy mejor sin ti. —Lo tuteo aposta, porque odio hablar de usted con la gente; algunos lo odian, pero otros lo esperan para sentirse superiores y yo prefiero dejar claro que no me siento inferior a nadie por muy joven que sea.

Trata de tocarme y lo hace a duras penas antes de que me aleje de él.

—Volveremos a vernos. —Su promesa parece más bien una amenaza y mientras corro siento el peso de las lágrimas en mis ojos.

Mañana mismo pienso cambiar la cerradura; si mi madre quiere entrar va a tener que llamar, porque no pienso dejarla pasar con este hombre. ¿Con qué dinero?, me recuerda mi conciencia y maldigo que mi vida sea así y todo por culpa de mi madre.

¿Acaso una madre no debería cuidar de sus hijos? Debería, pero no todas pueden llevar con orgullo el nombre de madre.

* * *

—No tienes buena cara —me dice Jenna nada más abrirme la puerta. Me hace pasar y cierra la puerta tras de mí. Me observa con esa mirada inquisidora que parece saberlo todo.

—Estoy cansada, solo eso.

Asiente, pero no parece muy convencida.

—Tu hermano se ha quedado dormido en el cuarto de Nora. Se pusieron una película y acabaron rendidos los dos. Espero que no te importe que le haya preparado una cama.

—Ah, claro, no, pero me lo tengo que llevar.

—Te he llamado al móvil para avisar, pero no respondías.

Lo cierto es que lo sentí vibrar, pero estaba tan afectada por el encuentro con el nuevo novio de mi madre que pensaba que eran mis piernas las que temblaban.

—Es mejor que se quede a pasar la noche y mañana, como trabajas, si quieres lo recoges antes de la comida.

—No quiero que os moleste. —Sonríe con calidez y tira de mí hacia la cocina con sutileza.

—No molesta, al contrario, me encanta verlo con Nora y ver el bien que se hacen mutuamente.

Asiento y antes de que me quiera dar cuenta estoy en la cocina. Me llegan las voces de sus amigos y una risa que atrapa a varios de ellos.

—Estamos tomando el postre, ánimo a unirte y luego le diré a Robert que te lleve a casa. O a alguno de los chicos.

—No hace falta, prefiero irme ya, es tarde y...

—Hola. —Me vuelvo hacia la puerta de la cocina y veo a Adair acercarse hacia nosotros. Su mirada parece severa, pero solo un instante antes de advertir calidez en sus ojos grises.

—Hola, pasaba a recoger a Roni, pero se ha dormido. Y me iba a casa..., bueno, a tu casa..., pero que ahora es mía...

—¿Has traído el coche? —Por suerte me para antes de que siga diciendo tonterías.

—No, por eso es mejor que me vaya ya.

—No nos iremos muy tarde, quédate y te acercamos. —Empiezo a negar con la cabeza—. En ese caso nos iremos ya; como casero tuyo me niego a dejarte ir sola.

—No puedes haber dicho eso en serio. —Asiento y va hacia fuera. Lo sigo—. ¿Acaso en este pueblo estáis todos locos? ¡¡No necesito vuestra ayuda!! ¡¡Nadie me ayudará cuando lo necesite!! —grito al salir y es entonces cuando reparo en que no solo está él. Hay otra pareja que me miran atentos y para mi horror reconozco a uno de ellos, pues es Ángel, el presentador de los informativos de la tele. A su lado está una preciosa niña rubia, de ojos verdes.

Los miro mortificada y empiezo a irme, pero Jenna me cierra el paso.

—Somos un poco raros, eso es cierto, y haces bien en desconfiar —me dice con sonrisa feliz—. Pero el tiempo te hará darte cuenta de que no somos todos iguales. Y ahora dime si me ha salido bien la tarta.

Jenna va hacia una mesa. Siento la mirada de Adair como si me preguntara si nos quedamos o nos vamos. Algo me dice que no va a desistir de llevarme a casa.

—Vale, pero el tiempo me dará la razón. —La mirada de Adair se endurece y temo que pueda leer todos mis secretos ocultos. Aparto la mirada y me encuentro con unos chispeantes ojos violetas.

Es una mujer rubia de unos treinta años y por lo que parece está en estado.

—Hola, soy Dulce —me dice con una sonrisa y se toca la tripa, pues me ha pillado mirándola—. Y este pequeñín que no para de moverse es Jhoni. Y al lado de mi marido, mi hija mayor, Summer.

—Yo soy Holly. —Me da dos besos evitando coger la mano que le tendía para estrechársela.

—Hola, me alegra que te quedés; las tartas de Jenna son las mejores —me dice Laia, mi casera y mujer de Adair. Me da dos besos y un apretón cariñoso en el brazo.

Se me presentan también Ángel y Robert, el marido de Jenna, y aunque me jode admitirlo me caen bien, lo que hace que me ponga más alerta. Me tomo la tarta escuchándolos hablar de lo que le pasó ayer a Ángel en antena: al parecer el vídeo no entraba y él se quedó con cara de tonto hasta que lo cambiaron y admitió que estuvo a punto de decir si podían meter el puto vídeo ya.

—Por suerte te controlaste —dice su hermana entre risas—. Aunque eso te hubiera hecho ser lo más visto en Internet.

—No sabes cómo me jode saber eso. Cada falta luego es sacada en los programas de gazapos y la repiten una y otra vez. Y o te ríes o estás perdido. Y si no, los memes que mandan al móvil, ya he perdido la cuenta de los que hay míos.

En eso tiene razón; la perfección no existe y sentir la tensión de que si lo haces mal cientos de personas lo pasarán y serás el hazmerreír de todo el mundo durante unos días no debe de ser fácil.

Me sorprende la forma de hablar que tienen; Ángel no parece un famoso, habla como si su trabajo fuera como el de cualquiera y en parte tal vez sea así. Porque tiene los mismos sueños y las mismas metas que cualquier persona y ser reconocido no te hace sufrir menos ni ser inmune a las cosas cotidianas.

Se me pasa el tiempo sin darme cuenta y cuando Adair se levanta para irnos advierto que estaba tan ensimismada escuchándolos que me olvidé hasta de la hora que era. Me despido de ellos y quedo con Jenna en venir mañana a primera hora para traerle ropa a Roni para que se cambie. A lo que ella me dice que perfecto, que así se puede quedar a comer con Nora.

Es increíble lo que se puede conseguir con una sonrisa; sin darme cuenta ha conseguido que pruebe su postre y que acepte que se quede Roni casi todo el fin de semana con ellos.

Monto en el coche de Adair y no me pasa desapercibido cómo busca la mano de su mujer cuando no tiene que estar pendiente del coche y cómo ella lo mira como si acabaran de empezar a salir y no fueran ya padres de dos niños preciosos. Siento un poco de envidia por esos niños; tiene que ser bonito crecer en un núcleo familiar así.

Llegamos a mi casa y para en doble fila.

—Yo me bajo aquí —digo como si no lo supieran.

Abro la puerta de coche y la voz de Adair me detiene.

—Holly, sé que no nos conoces, pero, de verdad, si necesitas cualquier cosa, llámame. —Me observa con intensidad y solo puedo asentir, aunque sé que no lo haré.

Me despido de ellos y subo a mi casa. Antes de abrir la puerta temo que tras ella esté el novio de mi madre. ¿Y si esta le ha dado las llaves? Siento el miedo en la boca del estómago y entro en la casa temblando. Aún puedo ver la mirada de ese hombre despreciable y cómo mi instinto me dijo que sus intenciones no eran tan honorables como parecía.

Registro la casa antes de cambiarme y cuando ya me he convencido de que no hay nadie escondido, llevo el sofá a la entrada y lo pongo contra la puerta de la calle. Si mi madre decide volver esta noche aquí le va a tocar dormir en el rellano. O llamarme. No pienso correr riesgos.

Lo malo es que al cerrar los ojos las pesadillas no me dan tregua y me traen recuerdos desagradables que hace tiempo decidí borrar de mi mente.

CAPÍTULO 4



GONZALO

Toco la puerta de la casa de Holly temprano. Sé que está porque la he visto correr por la cocina mientras se preparaba el desayuno; por lo que parece, llega tarde. Abre la puerta e intento no reírme de ella, pero lleva el pelo a medio peinar y en la cara parece que le hubieran puesto el maquillaje a trozos.

—¿Por qué me miras así? —me dice sin comprender mi expresión.

—¿Te has mirado al espejo?

—No mucho, llego tarde. Me he dormido y...

—Te acerco.

—No.

—Sí.

—Cabezón.

—Habló. —Entro en su casa y me sorprende ver el sofá cerca de la puerta.

—Estoy redecorando la casa —dice tras ver la duda en mis ojos ante este cambio. No la creo, pero lo dejo pasar porque sale corriendo hacia su cuarto.

—Relájate, llegas con tiempo.

—¡No me da tiempo a ir a casa de Jenna a llevar ropa para Roni! —me grita—. ¡Te pienso pagar por esto! ¡No eres mi chófer!

No le respondo y preparo algo de café y unas tostadas. Cuando llega a la cocina acabo de dejarlas en la isleta.

—No me da tiempo.

—Pues te las llevas para el camino. Y no te preocupes por la ropa de Roni, yo la acerco a casa de Jenna. ¿La has preparado? —Asiente y me señala una mochila.

—¿Por qué no me dejas en paz? —me dice con el entrecejo fruncido. Es adorable. Me dan ganas de abrazarla y picarla hasta que se ría—. No tiene sentido esto.

Es cierto, no lo tiene. Adair solo me dijo que se los veía muy solos, que les echara una mano si necesitaban algo, pero no que me metiera en sus vidas. El problema es que no puedo desentenderme sin más. Odio ver ese dolor en los ojos de Holly y esa soledad que me ahoga y me recuerda la mía de hace unos años. Odio que eso le pase a otra persona. Y no, no tiene sentido, pero es lo que hay. No me puedo desentender sin más.

Acompaño a Holly al trabajo y le digo que no voy a ir a comer, pero que espero que me haga una foto con una buena comida. Tras refunfuñar y decirme que soy un jefe horrible por obligarla a comer, se despide. No puedo evitar sonreír y aún tengo esa tonta sonrisa cuando recibo la llamada de Liz.

—Hola, cariño —me dice cuando le descuelgo.

—Hola. ¿Dónde estás?

—Acabo de regresar de hablar con mi madre y estoy cerca de la universidad.

—Yo tengo que ir allí a hablar con el rector. Me ha llamado.

—Por Dios, qué hombre más pesado, no te deja en paz.

Me callo y no digo nada. Es pesado y un poco raro, sí, pero no puedo olvidar que gracias a la beca que me dio puedo tener unos estudios. Y si de vez en cuando le apetece que hablemos de cómo me va todo mientras nos tomamos un té es lo menos que puedo hacer por ese hombre que un día confió en mi talento tras verme bailar en la calle y me pagó las clases de baile y los estudios.

—Ya sabes lo que pienso de él —refunfuña—. Yo también tengo que hablar con él. Como estoy cerca iré primero y luego te veo al salir y te dejo con él para vuestro absurdo té. Nos vemos ahora, mi amor.

—Adiós.

Nunca le digo cariño, o mi amor, ni ninguna palabra cariñosa. No porque no la aprecie o porque no me guste estar con ella. Es solo que me parecen ridículas. Ya le dije que no me gustaba que me llamara así, pero le entró por un oído y le salió por el otro. Como muchas de las cosas que hablo con Liz. A veces me pregunto qué hago con ella y entonces hace algo o dice alguna cosa que me recuerda por qué decidí que nuestro rollo dejara de serlo y se convirtiera en algo más serio.

Es posible que no la quiera, pero eso no significa que no me guste estar a su lado. Sobre todo cuando bailamos. En el baile somos la pareja perfecta y nos entendemos bien.

Llego al despacho de Claudio, el rector de la universidad, tras dejar en casa de Jenna las cosas de Roni, y espero a que salga Liz, pues su secretaria me ha dicho que está dentro. No tarda mucho en salir. Su gesto es serio hasta que me ve y sonríe. Se acerca a mí y me levanto para ir hacia ella, que se alza para besarme y me abraza levemente. Es por estos pequeños detalles que dejo de cuestionarme por qué sigo con ella si no la amo.

—¿Tienes algo que hacer esta noche tras nuestros ensayos?

—Nada.

—Podemos ensayar en tu casa y luego pedir algo para cenar. —Levanta mi camisa blanca y toca mi estómago al tiempo que me mira con un aleteo de pestañas—. O lo que surja.

—Me parece bien. —Se alza y me besa dejándome con ganas de más.

—Nos vemos luego, tengo muchas cosas que hacer.

Se marcha sin darme tiempo a decirle nada más. Me vuelvo hacia la puerta del despacho de Claudio y lo descubro mirándome; algo en sus ojos oscuros no me gusta. Es como si hubiera visto algo que le perturba. Al darse cuenta de que lo miro cambia el gesto y sonríe.

Cuando piensas en el rector de tu universidad enseguida te viene a la cabeza alguien de avanzada edad, barrigón y con el pelo cano, pero eso nada tiene que ver con Claudio. Heredó esta universidad de su padre, que a su vez lo hizo de su abuelo, que decidió invertir su dinero para crear una de las mejores universidades del país. Su hijo siguió sus pasos y estudió para llegar tan lejos como su padre y Claudio hizo lo mismo desde niño y, aunque solo tiene unos cuarenta y pocos años, tiene la suficiente mano dura para liderar esto y no dejar que nadie se le suba a la chepa. A nadie le engaña su sonrisa ladeada o sus chispeantes ojos marrones. El pelo es rubio, ahora surcado por algunas canas, pero esto no mitiga su atractivo.

Se considera a sí mismo un cazatalentos y desde que está a cargo de la universidad porque su padre aceptó jubilarse a sus ya setenta años, ha buscado jóvenes a quienes donarles parte de su dinero para que sean hombres y mujeres de provecho. Así es como me encontró a mí y como acabé estudiando bachillerato, dando clases de baile y luego teniendo una plaza en esta universidad, eso sí, con la amenaza de que si no apruebo con buena nota me da una patada en el culo y me quedo sin estudios. Así me lo dijo literalmente.

—El té se va a enfriar.

—Lo dudo; siempre lo tienes puesto en esa mariconadilla de vela como si eso lo calentara. —Se ríe. Lo sigo al despacho y veo el orden que reina en él.

Claudio, por lo que sé, es un hombre solitario, entregado al trabajo y casado con este. No tiene más familia que sus padres, que viven en una residencia, y nada más. Un día me confesó que le hubiera gustado tener un hijo, pero que cuando se quiso dar cuenta la vida se le había pasado y las mujeres que le interesaban ya estaban casadas o divorciadas y la gran mayoría de estas no querían otro hombre en su vida.

Sirve un té para cada uno y nos sentamos en los sofás que tiene en el despacho.

—¿Te va bien con Liz?

—¿Por qué me preguntas eso? —le digo sin comprender que se ande por las ramas, cuando habitualmente es bastante directo.

—No me gusta para ti, ya lo sabes. Pero tú mismo. No soy nadie para darte consejos.

Como siempre que me lo dice, me molesta.

—Es mi vida y tú eres un metomentodo. Un día dejaré de venir a tomar estos té de agua con un poco de sabor.

Sonríe; sabe que no lo haré. Por una extraña razón, desde que lo conocí me gusta estar a su lado. Como si fuera posible tener un amigo con el que me llevo más de veinte años. Pero así es.

—No te quejes tanto; el té es mucho mejor que el café.

—Lo sé, pero no pienso dejar de tomar mis cafés. —Sonríe y tras tomarse el té de un trago se levanta y me tiende unos papeles. Los miro y veo que son bocetos del teatro que hay en esta universidad y que está cerrado a cal y canto—. ¿Qué es esto?

—Quiero que vuelva a reabrirse, quiero que vuelva a tener vida e incluir carreras de teatro, de danza...

—¿Y por qué?

—Mi antepasado creó ese teatro por amor y yo lo hago por amor al arte. Es una lástima que esté cerrado.

—Lo es, pero tus antepasados se negaban a que cobrara vida de nuevo.

—Porque no sabían que el amor no entiende de clases y que las clases son solo un invento de los ricos para sentirse superiores al resto de la gente.

—Que no te oiga más de uno de tus estudiantes, que parece que llevan el título metido por el culo de lo estirados que van. —Se ríe. Esto es algo que me gusta de él; nadie lo sabe, pero cuando hablamos deja de ser el rector y es un amigo.

¿Por qué? No lo sé, pero no me importa.

—Vamos a verlo. Tomate el té, que eres un lento.

—El té es para disfrutarlo.

—Ya, claro, pero hoy no.

Me termino el té de un trago y lo sigo. En cuanto salimos por la puerta retoma su papel de rector.

Lo sigo hasta el teatro. Siempre está cerrado; yo lo conozco porque en cierta ocasión me colé. Es precioso y una vez más admiro esta obra de arte. Claudio cierra la puerta y enciende las luces. Iluminado es aún más impresionante. El oro de las molduras contrasta con el rojo del terciopelo de los asientos. Una gran lámpara de araña cuelga de un techo decorado con un lienzo donde se ven personas danzando e interpretando.

—Este teatro es una obra de arte; algo así solo podría estar hecho por amor. —Lo miro: nunca me ha contado la historia de este teatro, que nada tiene que ver con este edificio.

¿A quién se le ocurrió la idea de hacer un teatro en su propia casa? Es una locura.

—Quiero hacer pruebas, pero preferiría que no se note. Quiero a los mejores. Pero no los que lo parecen a simple vista.

—¿Qué estás tramando? —Me mira sonriente.

—Ya lo verás. De momento no cuentes nada, sobre todo a Liz.

—No lo haré.

—No va bien una relación donde existen tantos secretos.

—Me acabas de decir que no se lo diga.

—Y tú has aceptado sin más. Pero mejor, no quiero que ella lo sepa. Ya se enterará.

—Ella ya tiene su plaza.

—Lo sé. Para encontrar a los mejores estoy poniendo algo en marcha.

—Y no me vas a decir nada.

—No, nada de nada, ya es demasiado haberte confesado que el año próximo quiero que este teatro cobre vida. Y que las actuaciones de mis alumnos sean conocidas por todo el país.

—Tal vez ambicionas demasiado.

—Para aceptar la derrota siempre se está a tiempo, pero hasta entonces pienso alcanzar las estrellas.

Me mira sonriente y decidimos volver a su despacho. No tardo mucho en irme y me hace prometerle que volveré el sábado próximo.

—A veces no sé como te soporto. —Sonríe.

—Ahora márchate, tengo mucho trabajo. —Lo hago sonriendo. Siempre dice lo mismo.

* * *

A la hora de la comida toco la puerta de Holly; le dije que comería con ella y me preguntó si me gustaban los espaguetis con carne picada. Le respondí que como de todo excepto carne cruda, porque aún no me he convertido en vampiro.

Me abre y sale corriendo hacia la cocina. La sigo tras cerrar la puerta y veo que retira del fuego la carne picada.

—Huele de maravilla.

—Pues mejor sabe. —Me mira con una sonrisa que baila en sus preciosos labios rojos.

La ayudo con la ensalada y pongo la mesa. Nos sentamos a comer en la mesa del salón, uno al lado del otro. La miro atento cuando empieza a comer. Deja de hacerlo y me observa con sus ojos grises.

—¿Qué pasa? ¿Bendices la mesa? —Sonrío.

—No, es solo que parece que tienes hambre.

Bufa y se mete la comida en la boca y sin terminar de comer me dice:

—Que te den, Gonzalito. —Me río y empiezo a comer.

No sabía que se picaría tan fácilmente y me gusta saberlo. Me encanta ver como sus ojos chisporrotean por el enfado y como frunce el entrecejo.

Seguimos comiendo en silencio hasta que Holly alza la mirada y me mira con fijeza.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto.

—¿Cómo sabes que quiero saber algo?

—Me miras como si no supieras cómo formular la pregunta.

—Es que no sé cómo hacerla; creo que es algo indiscreta.

—Házmela y si no quiero no te la respondo.

—Eso es cierto. —Asiente y, tras sopesarlo, me dice—: Eres guapo —se sonroja—, lo que me hace pensar que de niño debías de ser adorable...

—¿Solo de niño?

—Es una pregunta seria, podrías dejar las bromas. —Hace como que se enfada y me aguanto la risa. Asiento, aunque sé por dónde va y no sé si quiero responder—. Lo que quiero decir es que seguro que en el orfanato no te faltaron familias. ¿Por qué nadie te adoptó?

Sigo comiendo y pensando en qué decirle. Sé que Holly solo quiere la verdad o mi silencio. Si le miento y lo descubre se cerrará más en banda de lo que ya lo está conmigo. Considera mi silencio una respuesta y sigue comiendo. No suelo hablar de mi pasado con nadie. Pero, sin saber por qué, las palabras salen libres por mi boca sin que pueda retenerlas.

—Mi madre me abandonó en un orfanato cuando tenía cuatro años. Ya no era un adorable bebé, era un niño con un pasado.

—Ah, entiendo. ¿La recuerdas?

—Sí.

No digo nada más y Holly asiente como si aceptara que no quiero hablar de ella.

—La gente solo quiere niños recién nacidos para que no tengan recuerdos del pasado y les sea más fácil lidiar con ellos —dice y yo asiento—. Es triste. Todos los niños merecen una segunda oportunidad.

—No me gusta hablar de este tema —le digo a las claras.

—Lo siento. Es solo que... —Se levanta y empieza a recoger.

—Puedes preguntarme lo que quieras, no me molesta que lo hayas hecho.

Su mirada busca la mía y asiente cuando ve que le digo la verdad. Se relaja un tanto y se vuelve a sentar a acabar con su plato, pues pensaba recogerlo sin terminar.

Seguimos comiendo en silencio.

—Estaba delicioso —le digo cuando termino y me levanto para recoger—. Creo que he hecho un buen trato.

—El mejor, soy genial. —Sonrío y Holly me mira divertida—. Y ahora te toca fregar. En el trato no decía nada de eso.

—Me parece justo y pensaba hacerlo.

—Sí, sí. —Es cierto, pero no le discuto más.

Recogemos y mientras friego Holly me ayuda a secar y prepara café para los dos. Me gusta cómo lo hace. Es un simple café, algo sencillo, pero sin embargo me fijo en como le

echa la medida justa de azúcar, de canela y de cacao en polvo. Cuida los pequeños detalles y hace que el café pase de común a delicioso.

Nos lo tomamos en el salón. Mira el móvil cuando le llega un mensaje y pone mala cara.

—¿Pasa algo?

—Nada malo, solo que Jenna dice que se van a la piscina de una tal Bianca y que ya le dejan un bañador a Roni. Lo están malcriando.

—Son así.

—¿Qué pasa con Nora? Es una niña buena y preciosa. ¿Por qué no tiene amigos?

—Tú lo has dicho, es buena y preciosa. Las niñas más populares de su clase no quieren que les haga sombra y Nora no quiere usar su belleza para creerse la mejor. Ni le gusta hacer lo que le dicen. Desde pequeña se ha abierto a los nuevos compañeros, pero siempre la han dejado de lado al verse seducidos por los más populares de su clase.

—Es triste. Pero pasa más de lo que nos creemos. A Roni le ha pasado mucho. Siempre se meten con él porque... —La miro. Sé lo que va a decir y la dejo seguir y si no lo hace no la forzaré—. Creen que es gay y le llaman mariquita o maricón.

—Sé lo que es eso —le confieso—. Bailo desde que era pequeño y por regla general a los bailarines se les considera mariquitas, ya que muchos pasos parecen afeminados. Desde niño he recibido toda clase de insultos hacia mis preferencias sexuales. Yo siempre he tenido claro lo que me gustaba. Y si me hubieran gustado los hombres hubiera sido cosa mía y de nadie más.

—Pero duele. Odio que usen esa palabra para hacer daño. Como si alguien eligiera lo que le va a gustar en la vida. Nadie escoge de quién enamorarse y no se le puede juzgar por ello. O por sus gustos. Cada persona es libre de saber lo que le gusta. Y ser homosexual no debería ser un insulto.

—Cierto. Pero la gente es cruel ante lo que no comprende.

—Roni lo pasa muy mal. Siempre es la misma historia. O al menos desde que los niños empiezan a rechazar lo que no entienden. Cuando era pequeño tenía muchos amigos. Hasta que cumplió los siete años y todo cambió.

—Dicen que la personalidad de un niño se desarrolla antes de los seis años y que a partir de esa edad cuesta mucho enderezar su actitud, de ahí que yo cada año les pareciera más complicado de adoptar. La gente pensaba que no podrían hacerme a ellos. Que yo ya tenía mi personalidad marcada y les sería más difícil enderezarme y tendrían que lidiar con un niño con pasado oscuro. No les ocultaban que había llegado con cuatro años y eso lo complicaba más.

—Yo creo que siempre estamos en constante cambio, pero también he descubierto que desgraciadamente algunas personas nunca cambian.

—Yo no soy como esa gente que te ha hecho daño. —Por sus ojos pasa un halo de dolor.

—No lo sé y no confío en ti por mucho que ahora estamos hablando de algo que no suelo hacer con nadie. No me fío de la gente.

—Lo sé, lo veo en tus ojos. —Aparta la mirada—. Solo el tiempo lo dirá.

Choca su taza con la mía.

—El tiempo lo dirá. —Y mientras lo dice noto en sus ojos su vulnerabilidad y su miedo a estar en lo cierto y que la traicione.

No sé qué me empuja a querer estar a su lado, a demostrarle que no miento. Pero sí tengo por seguro que el tiempo hará que se dé cuenta de que no soy como esas personas que le han hecho desconfiar de todo.

* * *

Liz llega tarde; son casi las ocho de la tarde cuando toca al timbre. Me vine a mi casa tras el café, pues Holly me dijo que se iba a echar un rato. Tenía cara de no haber dormido. He estado estudiando un poco y adelantando trabajos de la uni mientras esperaba a Liz.

—Hola, amor, siento el retraso. —Se alza y me besa. Le sigo el beso y la hago pasar. Se separa y va hacia mi salón—. ¿Bailamos? Me muero por bailar contigo.

Por su forma de decirlo sé lo que quiere y aunque me atrae y me excita no es como otras veces, antes de dejarme entrar en su juego. Es como si algo hubiera cambiado al mirarla.

Aparto esos pensamientos de mi cabeza y la sigo hacia el salón, donde ya he apartado los muebles. Pongo la música. Aunque ahora no tenemos mucho trabajo seguimos ensayando por si nos llaman para algún evento. No es fácil hacerse un hueco en este mundillo. Y eso es algo que tanto Liz como yo sabemos. Por eso estamos siempre activos, ya que las oportunidades pasan y se van.

La música comienza y como siempre me sucede me olvido de todo. Ese fue uno de los motivos por los que empecé a bailar a solas en mi cuarto. Me hacía olvidarme de lo solo que me encontraba. Bailando di voz a lo que no me salía con palabras. En mis movimientos saqué la rabia y todo lo que anidaba en mi pecho y encontré la libertad de decir lo que sentía sabiendo que nadie lo entendería salvo yo.

Liz yo empezamos a bailar sintiendo la música. Como nos pasó hace años, cuando descubrimos que éramos perfectos el uno para el otro, nos anticipamos a los movimientos del otro y nuestra danza parece la de uno solo. Liz es una gran bailarina y se mueve de una forma mágica. Es fácil acoplarnos el uno al otro... hasta que se tropieza y casi me hace caer.

Se ríe y se alza para besarme, dejando claro por su urgente beso que ahora no tiene en mente bailar este tipo de danza. Mi lengua se encuentra con la suya y noto como poco a poco a su manera de tocarme hace que me excite. La ropa nos sobra y nos dejamos caer en el suelo mientras terminamos de quitarnos nuestras prendas.

Me hundo en ella y siento como su cuerpo me recibe haciendo que me olvide de todo. Se mueve al son que marco y, como nos pasa cuando bailamos, nos complementamos

bien. La pasión me nubla y me dejo ir. Cuando regreso a la normalidad siento una punzada en el pecho y, como me ha pasado alguna otra vez, me siento vacío. Como si nada quedara tras la pasión.

Liz no hace amago de besarme. Ni de acurrucarse a mi lado. No le gustan mucho los cariños y yo tampoco los busco. Se levanta sin importarle su desnudez y se va al aseo dejándome solo en el salón con mi mente atormentada.

Y lo más triste es que esto no es la primera vez que me pasa. ¿Y por qué sigo con ella? Porque me gusta ser parte de algo. Ser parte de alguien. Es así de triste.

* * *

—Gon... Hay algo que tengo que decirte. —Liz ha regresado con una de mis camisas puestas. Yo me he vestido y estoy en la cocina bebiendo agua. Su tono es serio y eso hace que me vuelva a mirarla sabiendo que no me gustará lo que va a decir—. Me voy a ir... Mi madre me ha ofrecido estar en su casa tres meses y pagarme clases en una de las academias de baile más prestigiosas del país, y he dicho que sí. No voy a regresar hasta que empiecen los exámenes del primer semestre...

—Eso era lo que has ido a hablar con el rector. Si te podía mantener la plaza. —Asiente y me duele que me lo diga a mí el último—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—Un poco más y me lo cuentas por teléfono una vez que ya te has ido. —Viene hacia mí y me abraza.

—No te enfades, cuchi. —No le devuelvo el abrazo y me chirrían los dientes por su manera de llamarme—. Antes de que nos demos cuenta estoy de vuelta. Y espero que no dejes de bailar, porque yo vendré hecha una profesional y te necesito a mi nivel.

Se alza y me besa antes de recoger sus cosas para cambiarse.

—Me tengo que ir a acabar la maleta. ¿Lo entiendes, verdad? —Asiento y la dejo irse tras un beso que no parece el de dos enamorados que se despiden para no verse en varios meses.

Me quedo solo en mi casa pensando en lo que me ha dicho y en lo que he sentido y, aunque me cabrea que no me lo haya dicho antes, una parte de mí se siente liberada y lo peor es que no sé si no quiero que se vaya porque la echaré de menos o porque sé que cuando regrese me tocará tomar decisiones si no la he extrañado. No tengo ni idea.

* * *

Son cerca de las diez cuando toco la puerta de Holly; sé que está terminando la cena porque la he visto por la ventana cocinando. Me acabo de duchar y la idea de cenar solo no me apetecía.

Me abre Roni, que al verme sonríe con calidez.

Recuerdo lo que me ha dicho Holly y siento lástima porque la gente no vea más allá

de sus prejuicios; este niño es maravilloso y se nota que es una gran persona. ¿Qué más da el resto? Eso es lo único que debería importar.

—Hola, chaval. —Le revuelvo el pelo y entro en su casa.

—Pensé que no vendrías a cenar; se te veía muy entretenido esta tarde —dice Holly sin mirarme.

—¿Acaso eres una *voyeur*?

—¿Qué es eso?

—Nada, Roni, tonterías de Gonzalo. —Holly me mira de manera reprobatoria y Roni alza los hombros—. ¿Quieres queso con las pechugas?

—Por supuesto —le respondo—. Y se ha ido, y no solo esta noche, Liz se ha ido a estudiar fuera.

—Lo siento. —Asiento—. Y dejé de mirar cuando pasasteis del baile, pero antes no puede evitar veros bailar...

—A Holly es que le encanta bailar. Es muy buena —dice Roni.

—No lo soy —alega Holly con firmeza—. Y ahora, a cenar. Que se enfría.

Miro el plato humeante y que se enfríe no le vendría mal, pues parece que está ardiendo. Decido dejar pasar el tema y ceno con ellos. Holly ha vuelto a cerrarse en banda. Lo noto y sé que solo el tiempo hará que seamos amigos. Que confíe en mí. Y eso ahora me preocupa más que el hecho de lo que sucederá o no con Liz.

Solo el tiempo lo dirá.

CAPÍTULO 5



HOLLY

Tres meses más tarde

Me miro al espejo y no me convence mucho la camiseta. Es algo ajustada y se me marca el pecho. Pecho que desde que estoy aquí ha crecido... o más bien ahora tiene su tamaño normal. He cogido peso estos meses. Aunque no estoy gorda, pero sí tengo carne donde antes solo eran huesos. Llevaba tanto tiempo sin comer bien y tantas comidas al día que mi cuerpo parecía más el de una niña que el de una mujer. Ahora estoy más a gusto con él. Tal vez no sea lo normal, pues la gente quiere estar delgada, pero yo no; la delgadez me recordaba las carencias que tenía en mi vida. Y ahora, al mirarme al espejo, me veo como siempre me imaginé que era. Me encantan mis curvas.

Y todo por Gonzalo.

Gonzalo... Sigo sin confiar del todo en él. O, más bien, cada vez que me descubro añorando su presencia o deseando que venga a casa recuerdo que quizá un día me traicione. Aun así se ha colado en mi vida. Hasta he de confesar que cuando ha salido de viaje y no lo he visto en todo el día he recurrido a mandarle un mensaje con alguna chorrada para saber de él. Siempre responde que puedo reconocer que lo echo de menos y yo le digo que es un creído y que no voy a reconocer lo que no es cierto.

Y cuando lo hago casi puedo ver como sonrío al ver mi mensaje y como se iluminan sus ojos azules ante mis palabras.

Sin quererlo se ha convertido en mi amigo. Algo que hace tiempo que no tenía, aunque no es el único. Un día se presentó en mi casa y me dijo que sabía que Roni estaba en casa de Jenna y que tenía un plan para mí esa noche. Lo seguí intrigada y al entrar en su piso vi a Jack y Eimy y a Kevin con Allie; a los otros dos no nos conocía, pero más tarde supe que eran Katt y Aiden. Se me presentaron y al principio de conocerlos estaba cohibida, no sabía que decirles; los conocía de la tele y de la prensa y los veía tan lejanos..., pero no tardé en ver en sus gestos cotidianos nuestras semejanzas. Al final, tras quedar varias veces, los vi como los amigos de Gonzalo y ya está y sin quererlo Eimy, Katt y Allie se convirtieron en mis amigas.

Ahora mismo Eimy, que es con quien tengo más trato, está en mi cuarto retocándose el maquillaje. Desde que la conocí me sentí más unida a ella, tal vez porque hasta hace unos meses escuchaba su manera de cantar y me ponía los pelos de punta o me identificaba con sus letras. Parece tímida, pero no lo es; es solo que a veces teme que la

gente no la comprenda y se retrae en sí misma, aunque esto, según me han dicho, ha cambiado mucho desde que descubrió quién era su padre y su vida dio un vuelco.

Vamos a cenar en casa de Gonzalo y luego vamos a salir a tomar algo. Es la primera vez que voy a salir con ellos de fiesta. Las otras veces no lograron convencerme. No me gusta gastarme dinero en cosas innecesarias. Algo por lo que he discutido con Gonzalo más de una vez, porque él considera que algunas cosas que evito comprar son necesarias. Un día me obligó a ir de compras y hasta que no repuse mi armario y el de Roni no paró. Luego hice horas extras y se sintió culpable y acabó por entrar en mi casa y hacer él la comida y la cena para todos. Y ¡sorpresa! El muy mentiroso sabe cocinar perfectamente, y cuando le dije que todo había sido un truco para convencerme sonrió de una forma que sin decir nada me lo confirmó todo.

No sé de dónde ha salido, o de dónde ha salido esta gente. Son raros y buenos, y parece que lo hacen todo porque sí. Porque también he conocido a los amigos de Adair, a todos menos a Liam, que lleva de viaje varios meses.

Un domingo, sin avisar, Adair y Laia vinieron a casa y casi nos sacaron a rastras a Roni y a mí para que fuéramos a una barbacoa. Creo que nos hemos convertido en su obra de caridad. Y más desde que sé que trabajan en un centro donde ayudan a gente con problemas. Y me afectó, hasta que acepté que eran así.

Pese a eso no pienso bajar la guardia. Solo he aceptado que son así y que lo quiera o no van a seguir haciendo lo que consideren que tienen que hacer.

Por otro lado, Roni está más relajada y de buena parte de esto tiene la culpa Nora. Se han protegido la una a la otra, pero sé que Roni está mal por ocultarle a su amiga la verdad de cómo se siente. Me dijo un día que Nora piensa que es gay y que le gustan los chicos. Y ella no le quiso contar que lo que pasa es que nació en el cuerpo equivocado. Teme que Nora no la entienda y la rechace. Lo dudo, pero es Roni la que debe dar el paso de dejar de ocultarse y ese día no ha llegado.

Hoy está en su casa, pues los viernes es tradición ahora que en vez de nuestra noche sea la suya. Y eso me ha dado un respiro. Como el que Jenna se lleve a Roni cada tarde para que no se quede sola en casa o en mi trabajo. Cuando le dije que le pagaba me dijo que no porque gracias a Roni Nora se centraba más en hacer sus tareas y la ayudaba. Y es cierto. Nora ha mejorado en sus estudios. Roni es muy buena estudiante y le encanta explicar las cosas.

Todo es tan perfecto que siento miedo, miedo de que este castillo de naipes se derrumbe y no esté preparada para la caída.

—¿Ya estás lista? —Eimy se pone a mi lado frente al espejo y tiro del escote de la camiseta. Se ríe y sus ojos marrones se iluminan—. Estás preciosa.

—Ya, claro, tú si lo estás.

La miro: lleva un vestido verde de media manga que le queda perfecto.

—Estoy normal. —Coge mi mano y tira de mí hacia la puerta—. Que llegamos tarde. Jack ya me ha escrito para decirme que está aquí. —Sus ojos se iluminan al hablar de Jack; nadie puede discutir lo mucho que se quieren.

Cierro mi casa y vamos hacia la de Gonzalo. Como si nos hubiera visto por la ventana de la cocina, abre la puerta y aparece tras ella. Mi corazón da un vuelco al verlo. Y noto como mi respiración se entrecorta.

Yo no lo pedí, yo no lo quería. De hecho, odio todo esto y me cabrea sobremanera, pero en algún momento, mientras me preocupaba por si era de fiar o no, me fui enamorando de este joven de ojos azules y sonrisa fácil. Sonrisa que ahora sé que muchas veces usa para ocultar lo que le preocupa.

Me pasé tanto tiempo buscando sus defectos que sin darme cuenta acabé amándolos.

Y esto está mal, mal porque tiene novia, porque sé que le importa y porque nunca pasará nada entre los dos. Para él solo soy la vecina molesta a la que cuidar. Se le nota por la forma de mirarme. Como ahora, que tira de mí y me da un pequeño abrazo de compañeros. Un abrazo que hace que mi respiración se acelere y mi corazón lata como un loco.

Qué bien huele.

Se separa, me deja pasar y le da dos besos a Eimy. Entramos en su casa y veo que ya han traído las pizzas. Me quito la chaqueta que me puse para que no se me olvidara y me siento en el sofá tras saludarlos a todos.

Solo están Jack, Katt y Aiden; Allie y Kevin no podían venir porque él tenía partido y Allie no se pierde un partido de su chico. Me siento al lado de Katt y espero que abran las pizzas. En cuanto lo hacen empezamos a comer.

—Entonces, qué, ¿vas a dejar que te emborrachemos? —me dice Katt risueña.

—No, solo un poco, cuando bebo se me sube muy rápido y digo muchas tonterías.

—Tú no te preocupes por las tonterías, estamos entre amigos —me alienta Katt.

—Si no quiere no la obligues —dice Aiden, más maduro.

—No seas carca —le dice antes de darle un beso en los labios cuando este va a protestar.

Alzo la vista y observo a Gonzalo, que está sentado enfrente, en un sofá. Está escribiendo en el móvil y parece molesto. Teclea rápido. Ya me he dado cuenta de que desde que se fue Liz esta no deja de escribirle, como si necesitara recordarle a cada rato que están juntos. Y al pensar en ellos recuerdo el beso que les vi darse tras su baile. Había pasión y nunca nadie me ha besado de esa forma. Aparté la mirada cuando me di cuenta de a dónde conducía el beso y sabiendo que extrañaba algo que nunca había tenido. ¿Cómo es posible? No lo sé; el problema es que ahora en mis sueños no es a ella a quien besa, sino a mí. Y tengo que detener esto. No me gusta querer de esa forma a Gonzalo. No es para mí.

Gonzalo alza la mirada y esta se entrelaza con la mía. Me sonrío antes de dejar su móvil tras él en el mueble de la tele.

—Entonces, ¿quieres emborracharte y decir tonterías? —me dice antes de dar un trago a su cerveza. Luego me la tiende—. Empieza por esto, es flojo.

Acepto la botella de Gonzalo y le doy un trago sin poder olvidar que sus gruesos labios han estado hace un instante posados aquí. Soy patética. Me trago este mejunje y siento asco, algo que siempre me pasa con la cerveza. Es lo más que he probado, lo más barato, y está tan asquerosa como recordaba.

—¡Qué asco! ¡No la soporto! Pensé que con el tiempo habría mejorado o que las que odiaba eran las baratas, pero ahora mismo puedo decir que odio toda clase de cerveza. — Gonzalo se ríe y me la quita haciendo que su mano toque la mía.

—A mí la cerveza no me gusta nada —dice Eimy.

—Yo puedo asegurar que a mí tampoco. —Doy un trago a mi refresco para quitarme el amargor de la cerveza.

Seguimos cenando, Jack habla de una nueva composición que han hecho y Eimy la tararea. Esto es algo que hacen constantemente. Y a mí me encanta. Me gustó mucho escucharlos cantar. Me siento privilegiada. Para mí me he guardado que eran mi grupo preferido. Me hace sentir como una grupi y no es eso lo que veo de ellos. No quiero ser como sus locas fans; me gusta más pensar que podemos ser algo así como amigos.

Terminamos de cenar y recogemos. Jack saca varias botellas de Gonzalo para prepararse algo de bebida antes de ir al pub.

—¿Quieres probar algo más? —me pregunta Gonzalo sentándose a mi lado cuando Katt se levanta para ir al servicio.

Siento como su cuerpo acaricia el mío. Es tan alto que me siento pequeña a su lado. Lo miro rogando, como siempre, que no note que he cometido la tontería de enamorarme de él y luego observo las botellas.

—Algo flojo.

—Vale, confía en mí —dice con toda la intención, porque sabe que aún no lo hago.

—Ya veremos —le digo retadora y aunque Gonzalo sonríe no se me pasa desapercibido ese halo de tristeza porque pese al tiempo transcurrido nada haya cambiado.

Aparto la mirada. No entiendo como puede gustarme tanto si no confío en él. Tal vez sea rara. O masoca. Solo eso explica por qué me he vuelto a enamorar cuando la última vez que lo hice me destrozaron el corazón de la peor manera posible. Va a ser cierto eso que dicen de que el ser humanos es único animal capaz de tropezar dos veces en la misma piedra.

En mi caso no aprendo. Y me duele mirarlo y sentir como mi corazón aletea o como su presencia me relaja y al mismo tiempo activa todos mis sentidos para centrarlos en su persona. Odio ser feliz cuando lo veo y temer el día en que lo tenga que ver marchar.

Gonzalo me prepara un *gin-tonic* bastante flojito. Me lo tiende.

—Si no te gusta, yo me lo tomo.

Asiento. Y lo cojo. Los demás se preparan las bebidas mientras Jack pone música. Katt saca a bailar a Aiden y este, tras protestar, se deja llevar por su novia. Son la noche y el día y sin embargo se complementan a la perfección.

Aparto la mirada y observo el vaso: lo huelo y me decido a probarlo. Advierto que Gonzalo me mira a la espera de mi veredicto.

—No está mal —digo tras darle un pequeño trago.

—Te dije que confiaras en mí. —Se prepara un ron con cola para él y se queda a mi lado mientras nuestros amigos bailan.

—¿Por qué no bailas? Te gusta bailar.

Lo he visto hacerlo muchas veces por la cocina y siempre me saluda cuando me ve. Es increíble verlo moverse. Ver como la música se vive a través de sus movimientos, pero nunca me he atrevido a pedirle que baile para mí. Me da vergüenza; temo no poder ocultar lo que siento.

—Solo si lo haces tú también.

—Paso.

Gonzalo no para de insistir en que quiere verme bailar y Roni no para de decirle que soy la mejor. No voy a bailar para él ni para nadie. El baile no es mi camino. Por mucho que me guste. Por mucho que ahora, mientras escucho la música, tenga que reprimir las ganas de levantarme y seguirla. Por mucho que desee bailar al lado de Gonzalo. No lo haré. Sé a dónde te lleva ese camino y no quiero acabar como mi madre, que en vez de aceptar que ha perdido su sueño prefiere bailar en un bar de mala muerte a buscar otras opciones. No quiero ser como ella. Y cuando bailo lo soy. Cuando bailo soy como esa mujer que he visto en vídeos y a la que cada día me parezco más en apariencia. Me da miedo dejarme llevar y acabar como ella. No ser capaz de reponer mis pedazos rotos si todo se tuerce. No saber vivir sin esa emoción de bailar ante los focos y saber que mientras bailas cientos de personas siguen tus movimientos pensando que lo que bailas es tan fácil como parece, ignorando que nuestro arte consiste en hacer que lo imposible parezca posible. Y yo sé lo que es sentir eso y por eso no me quiero dejar tentar más.

—Entonces me quedaré aquí tomando mi bebida.

—Tú te lo pierdes.

Doy un trago a la mía demasiado largo, hasta que Gonzalo me lo quita.

—Con cuidado, o pronto empezarás a decir tonterías.

—Seguro que no.

Me mira alzando las cejas y no protesto. Lo cierto es que ya me siento el punto. Algo que no tiene sentido. Casi no he bebido, pero el problema es que casi nunca lo hago y no tengo costumbre.

Gonzalo se levanta para mirar su móvil, que no para de vibrar, y le doy otro trago a mi bebida. Gonzalo se marcha a su cuarto y me quedo observando bailar a sus amigos. Eimy trata de tirar de mí, pero me niego. Antes de darme cuenta he terminado mi copa y como me ha gustado me preparo otra. Gonzalo regresa justo cuando sus amigos dicen que nos vayamos al pub. Me levanto diciendo que sí y lo hago tan eufórica que todos me miran de repente. Siento que todo me da vueltas.

—Oh.

Gonzalo me sujeta.

—¿Cuánto has bebido?

—Solo otra copa más, musculitos.

—Te dije que tuvieras cuidado. —Me sienta y me dejo caer sobre el hueco de su cuello.

Mi mano se posa en su firme pecho, ese que tiene cincelado y marcado. Es todo un seductor, sexi y atractivo. Me encanta, me fascina... ¿Por qué todo me da vueltas?

—¡Dios! ¿Cómo puedes estar tan apretado? —Le toco las tetillas y Gonzalo se tensa. Me río—. Tranquilo, que tu hombría está a salvo conmigo. Seguro que Liz te ha puesto un cinturón de castidad.

Rompo a reír.

—¡Nos vamos de fiesta! Esta noche la quemo... O algo así. Nunca he estado mejor... Es flipante esto.

—Id vosotros; yo me quedo con ella.

Nuestros amigos asienten y se marchan tras decirle a Gonzalo que cuide de mí. Me río y miro a Gonzalo, que me observa preocupado. Alzo la mano y acaricio sus arrugas.

—No debí alejarme.

—Tenías que demostrarle a tu novia que piensas en ella. No sé como la soportas. Yo no la soporto. Ni un poco. Tengo su edad, por cierto, veintiuno, y a principios de año hago veintidós. No soy tan pequeña como hizo parecer esa estirada que tiene un palo por el culo...

—Ya déjalo, Holly. No la conoces y mejor no digas nada de lo que te puedas arrepentir mañana.

—¡Si ahora viene lo mejor! Estarías mejor sin ella. No me gusta para ti. Nada de nada.

—Estas diciendo tonterías.

—No, digo verdades como puños. —Hago el gesto del puño y me dejo caer en el sofá.

Gonzalo va a por agua. Regresa, me tiende el vaso y me lo bebo antes de levantarme y poner música.

—¿Si te pido que bailes conmigo me arrepentiré también mañana? No sabes como me muero por bailar contigo. Cada vez que te veo noto como mis pies se mueven solos y mi deseo de seguirte es enorme.

—No creo yo que esta noche estés para muchos bailes.

—Lo estoy. —Hago pucheros.

Gonzalo me estudia hasta que se levanta.

—Siento que me arrepentiré de esto o me harás arrepentirme por no evitarlo, pero me muero por verte bailar.

—Pero solo si bailas conmigo.

—Está bien.

Se levanta y me siento muy pequeña. Me saca dos cabezas y, aunque he ganado algo de peso, su musculatura hace que a su lado sea una enana. Alzo la mano y la entrelazo con la suya, que me tiende. Siento una descarga y sé que, de no estar un poco achispada, saldría corriendo tan rápido como me dejasen mis piernas. Esto es un horror. Lo sé. Lo siento. Como si supiera que tras este baile nada será igual. Como si estuviera a punto de presenciar algo importante.

Gonzalo empieza a moverse tras poner su mano en mi cintura. Su contacto me quema. Pongo la mía en su pecho y la subo hasta su cuello. Nos movemos lento. Sin dejar de mirarnos a los ojos. Queriendo leer el siguiente movimiento en los ojos del otro.

Gonzalo se mueve y lo sigo. Da otro paso y mi cuerpo lo sigue con suma facilidad. Como si lleváramos toda la vida bailando juntos. Tras varios pasos está claro que nos compenetramos a la perfección y seguimos danzando juntos por el salón. Es maravilloso. Nunca me he sentido tan bien.

Gonzalo me da una vuelta y me deja que baile sola. Lo hago ante su atenta mirada. Sus ojos no pierden ninguno de mis movimientos y noto que le gusta. Por primera vez me veo hermosa mientras me mira y bailo para él como nunca he bailado para nadie. Tira de mí tras dar una vuelta sobre mí misma y caigo en sus brazos.

Río feliz y me muevo para danzar de nuevo, pero un aturdido Gonzalo detiene el baile y se va hacia el equipo de música.

Apaga la música y siento que ha pasado algo de lo que no me he enterado. Analizo todo, pero mi mente embotada no me deja procesarlo bien.

—Es mejor que te acuestes.

Enseguida siento que lo he hecho fatal, que en mi mente parecía una ninfa bailando y en verdad solo era una borracha y entonces veo a mi madre bailando con varias copas de más. Y me veo reflejada en ella.

Salgo de su casa tras coger mis cosas y corro hacia la mía. Abro antes de que llegue Gonzalo y cierro de un portazo. Aporrea la puerta y no le dejo pasar. No le dejo porque estoy mortificada porque he dejado de verme hermosa para ver un reflejo de lo que puede ser mi vida.

La puerta se abre y Gonzalo me empuja lentamente, pasa y me coge entre sus brazos para sentarse conmigo en mi sofá. No dejo de llorar. Solo me acuna. Me dejo abrazar.

—No quiero ser como ella. No quiero ser ella..., no quiero..., no quiero ser ella.

—Nunca lo serás. Nunca dejaré que lo seas.

—A la hora de la verdad, cuando más te necesite no estarás. No estarás...

—Sí estaré. Siempre estaré a tu lado.

Me río.

—Nadie puede prometer algo así y menos tú, que te irás de aquí en cuanto acabes la universidad a perseguir tu sueño.

—Aun así.

—Eres un creído y un tonto por creer que podrás...

—Pues déjame que lo sea y que crea que nunca te daré motivos para que dejes de creer en mí. Me duele que sigas sin confiar del todo en mí tras este tiempo.

—Me da miedo confiar en ti, porque estoy tan a punto de hacerlo que temo no tener retorno.

Gonzalo se queda callado y solo me abraza mientras se me pasa esta melancolía. Ahora no me siento bien. Me siento una mierda. Me abrazo fuerte a Gonzalo y por un instante sueño que está aquí porque le gusto tanto como me gusta él a mí y no porque se sienta responsable de su borracha vecina.

Por un instante me permito soñar que todo es posible.

CAPÍTULO 6



GONZALO

Me adentro en el teatro donde me ha citado Claudio hoy lunes nada más llegar a la universidad. Ayer me mandó un mensaje para decirme que me esperaba aquí. Lo veo en el escenario y mientras voy hacia él mi mente va, como lleva haciendo desde el sábado, a mi baile con Holly.

Es fabulosa bailando; ni el alcohol que llevaba encima podía estropear su estilo. Cuando baila, transmite tanto que me descubrí mirándola como un bobo sin poder apartar los ojos de ella... y cuando bailé con ella... Nunca me he sentido así de completo bailando con nadie. Había tal conexión entre los dos que era como mi droga. No podía pensar en parar, en detener esa danza. Quería más. Nos compenetrábamos a la perfección y no por llevar años ensayando juntos, era algo más. Tuve que parar porque sentí que estaba siendo infiel a Liz. Lo cual es ridículo, pero ella fue mi pareja de baile antes que mi novia y sin embargo en esos instantes ella no existía y no recordaba las razones por las que mi pareja es Liz y no Holly.

Holly se quedó dormida enseguida. La metí en la cama tras quitarle los zapatos y me marché. Necesitaba estar lejos de ella; mirarla era recordar mi traición de alguna forma a Liz. Por eso ayer no le escribí a Holly como suelo hacer cuando no nos vemos en todo el día y ella tampoco, como si sintiera que necesitaba distancia o tal vez pensando que había hecho mal.

Vi la vergüenza en sus ojos cuando se fue. Soy un cabrón por no llamarla. Hoy iré a verla, como si nada. Solo necesitaba tiempo para ser el mismo con ella tras el baile. Como si nada hubiera cambiado entre los dos.

Me acerco hacia Claudio y al verme me pide que suba al escenario.

—Va a ser brillante —me dice tras saludarnos.

—¿Qué has tramado?

—¿Te acuerdas que hace unos meses te dije que quería hacer algo para captar talentos sin que supieran que ese era mi fin?

—Sí, pero sigo sin saber por qué no te es más fácil decir que haces una preselección para tu universidad.

—Porque no quiero a los evidentes, Gonzalo, quiero a los que no saben que lo son, como tú.

—¿Y qué has pensando?

—He tirado de contactos y he conseguido que se ruede aquí un programa de caza de talentos. —Lo miro atónito—. El premio será aparecer en su cadena. Sería una gran oportunidad para ti, ya que si ganas tendrás un puesto fijo para bailar el año próximo en un programa de su cadena. Lo van a lanzar en una de las de menos audiencia, porque así no tienen que llegar a cotas muy altas de público para seguir con él en antena y lo bueno es que así no se acercarán los que van de famosillos, sino las personas que quieren una oportunidad en la vida. Y sobre todo buscarán talentos de canto, baile, música y teatro. ¿Qué te parece?

—Una locura y creo que ya hay algún programa así.

—Claro que lo hay, pero este es a nivel más pequeño. Y van a hacer pocos *castings*. Unos cuantos programas y a la final. A lo mejor en total unos seis o más, dependiendo de la gente que se apunte.

—¿Estás seguro de esto? Muchos padres no lo verán bien.

—Lo estoy y voy a seguir adelante y ya te he inscrito.

—Gracias por pedirme opinión. —Sonríe—. No sé si quiero...

—¿Trabajar en lo que te gusta? Claro que quieres, es tu gran sueño, estás deseando largarte de aquí. —Mientras lo dice siento que me mira fijamente, como si esperara alguna reacción en mí. Asiento confirmando sus palabras—. En unos meses acabas la carrera y puedes, o bien trabajar de ella, o en lo que amas. Sé el mejor y elige esto último. Aunque siempre podrías quedarte aquí, ser profesor de los alumnos que estén por venir y a la vez trabajar en el teatro que tendremos. Te he pagado los suficientes cursos como para que puedas serlo...

—¿Yo, profesor? ¿Qué te has tomado esta mañana?

Sonríe. Ni se me ha pasado nunca la idea de enseñar; yo quiero bailar, no dar clases.

—Olvidalo. Solo era una idea tonta de este pobre idiota que por un momento te quería su lado en este proyecto. —Sonríe, pero algo ensombrece su mirada.

—¿Estás bien? —Sonríe y asiente y me pregunto si lo he imaginado todo.

—Genial. Esto va a ser un éxito.

No digo nada, pues tiene razón, pero no sé si este es el camino que quiero seguir o no. Lo que sí sé es que no voy a dejar pasar esta oferta y quien tampoco espero que lo haga es Holly. Demasiado tarde me doy cuenta de que he pensado primero en Holly que en Liz.

Mierda, la culpa me golpea de nuevo y cuando salgo hacia mi siguiente clase llamo a Liz para contárselo, pues Claudio me ha dicho que puedo difundirlo, ya que pronto lo sabrá todo el mundo.

* * *

Toco la puerta de Holly con los nudillos y al ver que no me abren toco al timbre. Escucho que alguien se acerca y al poco me abre Holly. No me mira a los ojos y sus

mejillas se han sonrojado. Seguramente recordando lo de la otra noche.

La miro: es increíble cómo ha cambiado en estos meses. Ha dejado de estar extremadamente delgada y ahora su cuerpo es más redondeando, más perfecto. Sus mejillas se sonrojan con más facilidad. Hace tiempo que me fijé en los cambios que estaba obrando su cuerpo y en que, si antes era una joven bonita, ahora es cada vez más hermosa. Es preciosa y su cuerpo es una tentación para cualquier hombre. No para mí, claro, pero no estoy ciego para no fijarme en cómo mueve las caderas o en esa elegancia y sensualidad que tiene al andar. Es como si bailara; aunque ella no quiera lo lleva en la sangre. Y tras verla lo veo más claro. Holly ha nacido para bailar.

Le alzo la mejilla y no puedo evitar estremecerme con su contacto. Me mira a los ojos y veo la vergüenza que trata de ocultar bailando en ellos.

—¿Qué he hecho para que me mires así?

—Dejarme hacer el idiota. —Se separa y va hacia la cocina—. Debiste pararme.

—No hiciste el idiota, bailas muy bien. Mejor que bien.

—Ya, claro, tu cara lo dijo todo...

—Me detuve porque —pienso rápido; no he planeado una excusa antes de venir—, porque no quería aprovecharme de ti y mi idea era bailar toda la noche.

—Ja, prueba con otra cosa —me dice dolida y sé que solo aceptará la verdad.

—Me gustó bailar contigo, mucho, y me olvidé de Liz... y no quiero olvidarla. Es mi pareja de baile.

Me mira estudiándome. Hace tiempo descubrí que para llegar a Holly debía ir con la verdad. Asiente y se va hacia donde tiene la sartén a fuego lento.

—¿Te gustó bailar conmigo? —me pregunta para confirmarlo y noto como una sonrisilla baila en sus rojos labios.

—Mucho, bailas muy bien. —La ayudo con la comida dando vueltas a las lentejas que ha puesto.

Me mira de lado y sonrío con timidez. No puedo evitar pasar mi mano por su cintura y darle un pequeño abrazo. Se deja caer en mi pecho y noto como si mi corazón latiera de manera diferente. No puedo negar que me importa esta chica, pero es solo una amiga más. Alza la vista y mis ojos no se posan en los suyos sino que vagan hacia sus labios hasta que me doy cuenta y me aparto un poco.

—No bailo tan bien, y menos borracha.

—No estabas borracha, solo contenta.

—Te aseguro que lo estaba; mi dolor de cabeza del día siguiente me lo confirmó. No me sienta bien el alcohol.

—Pues ya sabes, no lo pruebes más.

—Al menos, si lo hago, no debo ir tan rápido.

—Tampoco es necesario para vivir...

—Pues deja de beber tú.

—Vale, lo pillo. —Me saca la lengua. Saca la comida y me vuelvo a buscar a Roni; me extraña que no esté cerca—. ¿Y Roni?

—Tenía trabajo en el colegio y ha quedado en hacerlo durante la hora de estudio de comedor, era lo más fácil para poder quedar todos los niños que tienen que hacerlo.

Asiento y la ayudo a poner la mesa. Nos sentamos a comer y, como siempre, la comida está deliciosa. Se lo digo y me gana una mirada alegre de Holly y un sonrojo de mejillas. Me encanta que se sonroje y hace tiempo que me di cuenta de que en su vida no había tenido muchos elogios por parte de los demás, excepto de Roni. Este niño es genial y no teme decir lo que piensa, para bien o para mal.

Estamos en el postre cuando decido decirle lo de la beca.

—Me dijiste un día que si no estudias en la universidad es porque tu madre se gastó tu dinero ahorrado. —Asiente—. Te sacaste el bachillerato compaginando los estudios, el trabajo y el cuidado de Roni.

—¿A dónde quieres ir a parar? Que ya nos vamos conociendo. —Es cierto, para bien o para mal cada día que paso a su lado la conozco más y por consiguiente ella a mí. Sonrío.

—El rector de mi universidad ha puesto en marcha un concurso televisivo para buscar talentos...

—No me van esas chorradas. —Noto que es falso, que en el fondo le gustaría dejar de tener miedo y bailar no solo ante ella y ahora lo tengo claro tras la otra noche.

—Bueno, aunque no te vayan esas chorradas, te digo esto en confidencia, el rector lo va a usar para buscar becados como yo. Personas a las que quiere tener en su universidad bajo un nuevo curso de arte. Podrías estudiar una carrera y formarte como bailarina...

—No, no voy a formarme como nada. —Se levanta y recoge sus cosas.

—Dijiste que no querías ser como tu madre —me pongo a su lado en el fregadero y se lo digo de manera despreocupada—, pero así eres como ella, huyendo de lo que quieres hacer.

—¡Tú no sabes nada!

—¿Volvemos a esas? —Nos miramos desafiantes hasta que ella aparta la mirada.

—Necesito el dinero...

—Ahora te estás ahorrando en la comida...

—Ya, claro, y tú vas a quedarte aquí cuando acabes la universidad, ja, los dos sabemos que te irás, que perseguirás tu sueño lejos de aquí. Déjame a mí que haga lo que creo que debo hacer. Esta es mi vida.

No digo nada, pues es verdad, necesito irme y llegar lejos. Y aquí, en este pueblo, me siento atado y no he encontrado mi camino.

—Hasta ahora lo has logrado...

—No es lo mismo estudiar un bachillerato que una carrera becada. Sé lo suficiente de las becas como para saber que si no sacas una media del curso te la quitan. ¿De qué me serviría perder un curso entero si luego no puedo mantenerla?

—Al menos inténtalo. Aún no has ganado. Aún no has demostrado lo buena que eres. Si no lo logras todo seguirá como siempre. Pero si lo consigues, podrás ir a una de las mejores universidades, estudiar y tener un trabajo mejor el día de mañana y eso os ayudará a los dos. Me dijiste que si tu madre no se hubiera gastado tus ahorros para la universidad hubieras ido hace años. ¿Cuál es el problema ahora?

—No lo lograría. No he entrenado nunca —admite y veo su vulnerabilidad—. Me da miedo ilusionarme, prefiero ver todo lo negativo a soñar.

—Bueno, si ese es el problema, yo puedo enseñarte lo que sé y si no lo logras al menos habrás hecho todo lo que has podido. ¿Qué te parece? ¿Y qué hay de malo en soñar si esto te impulsa para vivir, para lograr tus sueños? Lo malo de soñar no son los sueños, es rendirse cuando no los logras a la primera.

—¿Acaso eres el hijo secreto de Santa Claus? Tienes suficiente con lo que haces. No tienes tiempo para darme clase.

—Así que el hijo de Claus... Tal vez, quién sabe, nunca supe quién era mi padre. —Holly me mira triste—. Tampoco quiero saberlo. Me abandonó al igual que mi madre. Por mi parte no tengo padres.

—Yo tampoco sé quién es mi padre. Creo que su abandono contribuyó aún más a que mi madre se dejara caer. Tal vez lo quería y cuando se fue ella no pudo soportarlo. El amor es un asco.

—¿Alguna vez has estado enamorada? —Holly alza los ojos y espero que responda.

—Creí estarlo, por dos veces además. No fui más que una tonta que se creyó todas las sandeces de esos idiotas que solo se querían meter en mi cama.

Me remuevo incómodo; la imagen de Holly con ellos no me es tan indiferente como debería y lo atribuyo a que se nota que le hicieron daño. No soporto que lo pase mal.

—No te merecían.

Me sonrío y sus ojos grises relucen. Es preciosa. Acerco mi mano a su mejilla y le aparto un mechón de su pelo castaño. Me doy cuenta de la intensidad del gesto y le doy un pequeño pellizco en broma, como si fuera mi hermana pequeña.

—Y deja de tener miedos y dime cuándo quedamos para que te enseñe lo que sé.

Aparto la mano de su cálida mejilla y se la toca.

—Eres tonto —me dice como si le hubiera hecho daño, cuando sé que no es así—. No voy a hacer tal cosa. No quiero.

Se encierra en sí misma y sé que por hoy es mejor que lo deje estar. Con Holly es preferible ir poco a poco o se cierra en banda. Es por eso que, tras recoger, me marchó y pienso en cómo lograr que se apunte.

HOLLY

Gonzalo se va y me quedo sola con mis pensamientos. Una parte de mí se ha sentido impulsada a intentarlo, a dejar que me diera clases..., a bailar y sacar todo lo que llevo dentro. Pero no puedo. No puedo porque bailar es mi vida, me hace sentir bien. Bailo sola para poder ser feliz y temo darlo todo, fracasar y no saber reponerme, acabar como mi madre.

Recojo las cosas y pienso en leer algo mientras espero la hora de ir a por Roni, que hoy se viene a la cafetería conmigo. Estoy dudando en elegir el libro que quiero releer cuando me suena el móvil. Me tenso cuando veo que se trata del centro de Roni.

—No, no, no —digo con angustia por si le ha pasado algo antes de descolgar—. ¿Sí?

Que no se me caiga el móvil es un milagro. La historia se ha vuelto a repetir. Han agredido a Roni.

* * *

Llego al despacho del director y veo a Nora llorando y a Matty con cara de pocos amigos diciéndole que es una llorona, pero mientras lo hace le tiene cogida la mano y se la acaricia. Estos dos no paran de regañar y siempre andan a la gresca, pero a la hora de la verdad siempre están el uno para el otro y me temo que esta vez ha sido así.

Nora, al verme, se levanta y se separa de Matty para abrazarme.

—¡Le han pegado!

—Os han pegado —matiza Matty—. Y gracias a mí no les han hecho nada grave.

—Gracias. Y ¿dónde está mi hermano?

—Hablando con el director —me dice Nora—. Mi madre está con él.

Asiento y me siento al lado de ellos.

—¿Qué ha pasado? —Nora mira a Matty y este asiente.

—Le han llamado mariquita, como siempre —apunta Nora—. Y luego han empezado a imitarlo y a insultarlo y no he podido más y les he empujado.

—La muy tonta les empujó y esto hizo que se fueran contra ellos y les dieran un puñetazo a cada uno, pues Roni, que nunca se mete en peleas, salió a defenderla, pero es un blandito, tengo que enseñarle a pelear si se va a meter en líos, pero como no sabe la cosa fue peor.

—Matty pasaba por allí y nos ayudó.

—Yo solo contra tres. Esos idiotas han tenido suerte de que me sintiera benévolo. —Nora pone los ojos en blanco.

—Te recuerdo que te has llevado un par de puñetazos antes de que llegara mi madre.

—Te recuerdo que ha llegado cuando ya lo tenía todo controlado.

—Eres insoportable.

—No más que tú. Y gracias a mí no os ha pasado nada más, deberías darme las gracias.

—No pienso hacerlo.

—Eres una desagradecida malcriada.

—¡Ya basta los dos! —les digo cansada de sus réplicas. Si no les he hecho callar antes es porque aprendí hace tiempo que por más que les digas que paren no van a hacerlo.

—Y tú eres un niño de papá. Papi, quiero esta consola —pone voz de cursi—, cómpramela.

—Te recuerdo, bonita, que tú no sabes hacer nada por ti misma, solo sabes llorar.

—¡Y tú solo sabes berrear!

—Se acabó.

Cojo a Nora y la saco de allí porque ahora mismo no estoy para sus discusiones.

—No lo soporto —me dice mirándome con sus ojos dorados encendidos.

—Os ha ayudado.

—Lo sé y menos mal. No se lo digas, pero tuve mucho miedo. Sin saber cómo nos empezaron a pegar y sé que era lo que buscaban. Matty no dudó en meterse y dar la cara por nosotros.

Mira por encima de mi hombro y pone cara de enfado; me vuelvo y veo a Matty que lo observa todo desde lejos. Se sacan la lengua y él se mete para dentro.

—¿Está bien Roni?

—Físicamente, sí, pero él temía que esto pasara —me dice sabiamente Nora.

Trato de no romperme. De ser fuerte, pero tengo miedo. Tengo miedo de que Roni un día no pueda más y diga basta. De que un día decida acabar con todo. Se escuchan tantas noticias sobre pequeños que no pueden soportar el bullin y acaban con su vida, que cuando pasa esto temo no estar ahí. No saber qué hacer.

Jenna sale y tras ella Roni. Me fijo en que tiene el labio partido. Al verlo voy hacia ella, pero niega con la cabeza y se aleja.

—Se pondrá bien —me dice Jenna—. Lo malo es que los han expulsado.

Agrando los ojos sin dar crédito a lo que escucho.

—¿Y cómo es eso posible? ¡Les han pegado!

—Según ellos ha sido para defenderse de Nora. —Jenna pone mala cara.

—¡No me lo puedo creer! ¡Le han insultado!

—Dicen que ellos no consideran que ser homosexual sea un insulto. —Jenna mira tras ella con cara de enfado—. Vamos fuera o acabaré por despedirme de este centro.

—Es un centro de mierda si nos expulsan por eso.

—¡Matty! —le recrimina Jenna. Este alza los hombros.

Vamos hacia fuera y vemos que Matt, el padre de Matty, viene corriendo hacia nosotros. Jenna le cuenta lo que ha pasado y él, enrabiado, entra a hablar con el director.

—No solucionará nada —me dice Jenna.

—Pues no lo entiendo...

—Es el hijo del director el que les ha pegado —me responde con rabia y todo cobra sentido—. Y dice que, puestos a creer, cree a su hijo, que nunca se ha metido en problemas mientras que Roni tiene un enorme historial de peleas a sus espaldas y no digamos Matty y Nora. Ahora resulta que es culpa de los que agreden meterse en esas peleas.

Jenna escupe fuego por la boca y cuando Matt sale es lo mismo. Miro a Roni y veo que, aunque Nora trata de decirle cosas para que sonría, permanece seria. No sé qué hacer.

—Vamos a mi casa...

—Me gustaría ir con Roni a casa. Hoy pediré libre en el trabajo.

—No, estoy bien, necesitamos el dinero. Me voy contigo. —Roni coge mi mano mostrando una entereza escalofriante.

—Roni, no pasa nada por...

—No ha pasado nada que no haya vivido antes. Ya estoy acostumbrado y quiero seguir con mi vida.

Me lo dice con frialdad. No está bien. Lo noto y no sé qué paso dar. Asiento porque no quiero contradecirla.

Llegamos a mi casa, pues aún me queda un rato para entrar a trabajar y quiero estar con ella a solas.

—Roni...

—Estoy bien.

—No tienes que hacerte la fuerte.

—No lo estoy haciendo —me dice con indiferencia—, no ha pasado nada.

—Sí pasa, te han...

—Me han pegado, sí, pero esta vez no estaba sola. Esta vez tenía dos amigos que han dado la cara por mí. Y estoy mal, estoy harta. Estoy a punto de llorar, sí, pero no estaba sola. Esta vez no estaba sola.

Me mira con sus ojos llenos de lágrimas.

—Nunca has estado sola...

—Tú no sabes lo que es eso. Siempre se han llevado bien contigo en las clases. No sabes lo que es ser rara. El que es diferente. —Noto como se va rompiendo y la dejo hablar—. No sabes lo que es tener que justificar ser rara. ¡Y a mí me gusta ser como soy!

Solo odio que la naturaleza me hiciera tener el cuerpo equivocado. ¿Me tengo que pasar toda la vida pagando por un error que no fue mío?!

Su voz se va quebrando. Lloro y si no me sumo a su llanto es porque sé que debo ser fuerte por ella. Pero por dentro me estoy rompiendo poco a poco.

—Estoy cansada. Cansada de ser diferente. Estoy cansada de que me humillen... y lo más triste es que esperaba que esto pasara. Ya tardaba y era raro. Y cada vez que iba al colegio esperaba esto. Y ha llegado y ahora..., ¿qué hago ahora?

—Tú lo has dicho, no estabas sola...

—No lo estaba, pero ellos estarían mejor lejos de mí.

—Nora no quiere estar lejos de ti, Roni, ella te quiere...

—Ella no sabe ni quién soy.

—Pues díselo. Lo comprenderá...

—¿Cómo va a entender algo que a mí me costó años aceptar? No lo entenderá. Lo mejor es que dejemos de ser amigas...

—Nora solo te tiene a ti. ¿La vas a dejar sola? Jenna siempre me ha dicho que es feliz por tenerte con ella. ¿Tan poco te importa que prefieres apartarla de ti?

—¡La han expulsado por mi culpa! Le han pegado por mi culpa...

Rompe a llorar y la abrazo, pues ahora sí ha llegado el momento. Me abraza con fuerza y se deshace en lágrimas que me parten el alma. No llorar es muy difícil.

—Estoy cansada..., no puedo más.

Me recorre un escalofrío y la aparto de mí.

—No digas eso. Cuando estés mal, habla conmigo. Si quieres nos mudamos. Lo que quieras, pero no digas eso...

—Me gusta vivir aquí. ¿Por qué tengo que huir yo cuando no he hecho daño a nadie?

—Pues entonces nos quedamos y les damos en los morros a los que no nos quieren aquí. Lo hacemos juntas. —Cojo su pulgar y lo entrelazo con el mío—. Siempre juntas. Pase lo que pase.

—Pase lo que pase.

Roni me abraza y yo hago lo mismo. Al final se acaba quedando dormida y la dejo en la cama. Me quedo un rato mirándola hasta que unos golpes en la puerta de entrada me hacen ir hacia ella. La abro y no me sorprende ver tras ella a Gonzalo y por su cara sé que nos ha visto tras la ventana y ha esperado el momento de llamar.

No dice nada, solo me abraza con fuerza y esta vez soy yo la que se rompe entre sus brazos y por un momento me da igual mostrarle mi debilidad, pues estoy aterrada y no sé qué hacer para que Roni sea feliz.

CAPÍTULO 7



GONZALO

Pongo el café en la mesa de centro de Holly y me siento a esperar a que salga del servicio. Cuando lo hace lleva la cara limpia, aunque sus ojos siguen hinchados y su mirada perdida. Me ha contado lo sucedido entre llantos; es horrible lo que ha pasado y más porque sé que para Roni no es la primera vez y tampoco para Nora.

Se me rompe algo dentro por ver a Holly tan perdida y mis ganas de abrazarla de nuevo son tan intensas que cuando pasa por mi lado no puedo evitar tirar de ella para que caiga sobre mis piernas. Es tan pequeña entre mis brazos...

Holly me mira sonrojada y noto la duda brillando en su mirada, como si se debatiera entre quedarse entre mis brazos o alejarse. No dejo que se aleje, pongo mi mano en su cintura de manera casual y le tiendo con la otra el café.

No sé por qué siento esta necesidad de estar así con ella, de sentirla cerca. Pienso que es porque es mi amiga, pero nunca me ha pasado con Eimy o Katt.

—Sigue dormido —dice jugando con su café. Le ha dado solo un trago y ahora da vueltas al líquido en la taza—. Tengo que irme a trabajar...

—Yo estaba estudiando, me puedo traer aquí los libros y cuidar de él.

—No es tu responsabilidad...

—Eres mi amiga, ¿no?

—No quiero necesitarte. —Se levanta y la dejo ir—. No quiero contar contigo —me dice y me da rabia que me quiera apartar de su vida.

—Somos amigos...

—He tenido muchos amigos y alguien que juraba amarme y no están. Sé mejor que nadie que la gente va y viene. No quiero que seas mi refugio. No quiero sentir que puedo contar contigo. Solo puedo contar conmigo misma y Roni solo me tiene a mí.

—Eso que dices es un poco injusto para mí y estoy bastante harto de que me lo repitas. Creo que hasta ahora no te he dado motivos para que me trates así. Entiendo que has estado rodeada de personas que no merecen la pena, pero que me metas en el mismo saco que ellos me duele.

Holly me mira con el entrecejo fruncido hasta que claudica.

—Estoy perdida y no quiero estarlo. No quiero tener miedo, Gon..., no quiero que le pase nada y ya no sé cómo aliviarle. Solo se me ocurre meterme en su piel y que todo eso

que le dicen me lo digan a mí... No sé qué hacer para que los niños dejen de ser tan crueles. ¡Son niños! ¿Cómo pueden ser así?

—Creo que la culpa la tienen los padres en su gran mayoría, o las personas adultas. Si no, fíjate en que el agredido y los que lo han defendido han sido expulsados y los niños que han iniciado esto y llevan meses haciendo daño a Roni, no.

—Es triste, pero no es la primera vez que lo veo. He llegado a ver a padres que van al colegio a enfrentar a un profesor por castigar a su hijo. —Asiento y nos quedamos en silencio. Holly mira la hora en su reloj de pulsera—. ¿Te quedas con él? —Asiento—. Vale y yo... lo siento. No puedo evitarlo. Tú te irás al acabar el curso y entonces yo me quedaré aquí. Solo trato de ser fuerte.

No le digo nada, pues tiene razón; me iré al acabar el curso a llegar más lejos en el baile. A hacer *castings* para trabajar como bailarín. No estaré aquí para ellos. Por eso no añado más y la veo irse tras coger sus cosas sintiendo que la idea de marcharme y dejarlas aquí me inquieta más de lo que debería.

No son mi responsabilidad, lo sé, pero en este tiempo se han metido bajo mi piel y son parte de mi vida.

Dejo de pensar en esto; queda mucho para que decida mi futuro.

* * *

—Hola. —Levanto la vista de mis libros y me encuentro con los ojos verdes de Roni. Tiene el labio partido y no se le ve buena cara.

Se me parte el alma por lo que este pequeño lleva sobre sus hombros y más porque su único pecado es ser diferente. No ha hecho nada malo para merecer este trato.

—Hola. He preparado algo de merienda. —Asiente, va hacia la mesa de la cocina a coger un bocadillo y saca la leche de la nevera.

Se sienta a mi lado en la mesa y come en silencio. Lo dejo hacer; no quiero presionarlo. Por eso hago como que estudio, aunque soy plenamente consciente de él.

—¿Te has enterado?

—Sí. ¿Cómo estás?

—Mal, harto..., cansado. —Lo miro a los ojos y veo que los tiene llenos de lágrimas que trata de reprimir—. Y odio que mi hermana sufra por mí, ya tiene suficiente con lidiar con nuestra madre y cuidarme.

—Se preocupa por ti igual que tú te preocupas por ella.

—Sí, pero ella no me da problemas. —Sonrío sin poder evitarlo.

—Seguro que alguna vez ella te necesitó a ti. Para eso están los hermanos. Hoy por ti, mañana por mí.

—Bueno, eso es cierto. Cuando la dejó su ex lo pasó muy mal. —Me tenso—. Por lo que sé, estaba con ella mientras seguía con su novia de toda la vida y utilizaba a mi

hermana, pero nunca descubrí para qué.

Siento la rabia crecer en mí y me puedo imaginar de qué manera la utilizaba.

—Y seguro que tú estabas ahí para ella.

—Cuando se dejaba. Hizo como que no pasaba nada, pero yo la escuchaba llorar por las noches e iba a su cama. Aunque Holly me decía que había tenido una pesadilla y que lloraba en sueños. Se cree que soy tonto.

Sonrío.

—Tiene suerte de tenerte y tú a ella. Deja que se preocupe. Te quiere.

—Holly tiene miedo de que me quite la vida.

Lo miro impactado por su sinceridad. Aunque es algo que ya he descubierto en él en este tiempo. No se anda por las ramas.

—¿Por qué tiene ese miedo?

Se remueve inquieto y noto que lo que me va a decir es triste.

—En mi antiguo colegio un niño al que criticaban trató de quitarse la vida. Por suerte lo encontró su madre a tiempo, pero cuando nos enteramos, le dije a Holly que así hubiera dejado de sufrir y desde entonces me persigue más con este tema. Yo nunca lo haría. —Alza sus ojos y los entrelaza con los míos—. Holly me necesita, pero a veces cuesta recordar por qué seguir. Estoy cansado.

—Te entiendo. Y que estés hablando de esto muestra una madurez que no es común.

—Holly me contó que tú habías pasado por lo mismo. Me dijo que podía hablar contigo para que me dijeras cómo llegar a ser lo que eres ahora.

Me sorprende que Holly se lo dijera, que le instara a que me pidiera consejo. A que se abriera a mí. No me siento traicionado porque se lo contara, al contrario, me halaga que, pese a afirmar que no confía en mí, sí lo haga lo suficiente para hablar con la persona que más quiere sobre un tema tan delicado.

—De niño me encantaba bailar; era mi mundo y la gente tiende a pensar que si te gusta bailar eres mariquita. Y si lo hubiera sido no sería un problema. El problema es que usen esas palabras para hacer daño.

—Yo no soy mariquita —me dice agachando la mirada. La alza rojo como la grana y me mira mordiéndose el labio. Una lágrima cae por su mejilla y se me parte el alma—. Yo nací con un cuerpo equivocado. Yo... yo me siento mujer.

Me doy cuenta en seguida de la intensidad de esta confesión. De lo mucho que confía en mí para decirme algo así.

—Que la gente piense de mí que soy mariquita es más fácil que explicar algo que ni yo entiendo. ¿Por qué he tenido que nacer con un cuerpo equivocado? No puedo esperar que la gente entienda algo que yo no me explico.

—Sigues siendo Roni. Elijas lo que elijas sigues siendo tú. Seas quien seas o luzcas como luzcas. Tu personalidad, tus sueños, tus sonrisas..., todo lo que te forma como

persona no cambia. Y eso es lo único que te define como lo que eres en verdad.

Nuevas lágrimas caen por sus mejillas y al final tiro de él... de ella para abrazarla.

Se deshace en lágrimas y me siento impotente por el dolor que lleva esta niña.

* * *

Roni me ayuda a preparar la cena. Ya está mejor. Le he dicho que conmigo no tiene que esconderse, que sea ella misma. Y por eso ahora lleva un pijama rosa y no los que usaba para que yo no viera nada raro.

—¿Me puedes dejar tu móvil para llamar a Nora? Estoy preocupada por ella.

—Claro.

Saco el móvil y le marco el número de Jenna. Roni lo coge y se va a su cuarto a hablar con su amiga. Escucho la puerta abrirse y miro hacia ella. Holly entra y me mira. Lleva las mejillas sonrojadas por el frío y un ridículo gorro rojo con una bola blanca. El pelo lo tiene despeinado y sus mechas rosas ya no se notan tanto como cuando la conocí por primera vez; parecen más rubias. Está preciosa.

—¿Por qué sonríes?

—Estás ridícula.

—Gracias por tu sinceridad.

—De nada.

Se quita el gorro y el abrigo. Sigo poniendo la mesa para cenar. Holly me sigue a la cocina, me ayuda tras lavarse las manos y me fijo en que tiene una tirita en uno de los dedos y lo que parece sangre. Cojo su mano.

—No es nada. Me corté sin querer... —Alza sus ojos grises: no tienen ese brillo que les dota de ese color humo tan intenso y precioso—. ¿Cómo está?

—Bien, hablando con Nora. —Noto alivio en su mirada—. Me ha contado que en verdad es una chica. Y que sabía que yo pasé por lo mismo en el colegio.

Agranda los ojos impactada por la confesión de su hermana.

—No le he contado todo, solo lo justo. Tú la puedes comprender. Yo no... No me puedo creer que te lo haya dicho. Nunca se lo ha dicho a nadie. Bueno, a mí porque se lo saqué con sacacorchos. Tal vez esté poco a poco aceptando que un día tendrá que enfrentarse al mundo y dejar de ocultarse.

Me mira esperanzada y con miedo.

—Dale tiempo. —Asiente.

Terminamos de poner la mesa y Holly se dirige a cambiarse cuando Roni sale del cuarto y se abrazan. El abrazo es igual de intenso entre las dos. Y cuando se miran a los ojos veo todo ese amor entre hermanas que ya he visto más de una vez y que envidio.

Ellas no saben la suerte que tienen por no estar solas. Por compartir su dolor la una con la otra. Por ser el apoyo que la otra necesita.

Roni se acerca y me mira con una tímida sonrisa cuando me tiende el móvil.

—¿Está bien Nora?

—Está enfadada. Pero no conmigo. —Aclara y noto alivio en su mirada.

—Nora te quiere, ¿ella lo sabe? —Niega con la cabeza; no hace falta que le diga a qué me refiero.

—No quiero perderla.

—Si la pierdes será porque en verdad nunca fue tu amiga. Los amigos no solo están a las buenas. Para reír todo el mundo está disponible.

Asiente. Holly regresa con ropa cómoda y nos sentamos a cenar. Ellas no lo saben, pero desde que llegaron aquí dejé de sentir el vacío de la soledad. Se han convertido en parte de mi mundo. ¿Podré marcharme al acabar el curso sin mirar atrás?

No lo sé. Y mientras pienso en esto miro a Holly y me pierdo en su sonrisa. Nota que la miro y entrelaza sus ojos con los míos y esta vez sí veo sus preciosos iris brillar hasta parecer dos piedras preciosas. Me da las gracias y sé que lo dice por ayudarla con su hermana y me pregunto si debería decirle yo lo mismo, pero dudo que comprenda hasta qué punto son parte ahora de mi vida. Menos aún cuando no confía del todo en mí. Cosa que odio.

* * *

Estamos en casa de Bianca y Albert. Es viernes y nos han invitado a cenar. Estamos en la terraza acristalada y los pequeños están fuera corriendo, pese al frío que hace. Me fijo en Neill, sentado en un banco junto a Matty y Erik; este último tiene nueve años y ya va dejando claro que es igualito que su padre, aunque con esa sonrisa arrebatadora de Bianca. Su padre dice que sin duda será todo un conquistador y su madre afirma que más vale que Dios los pille confesados, porque le da miedo cómo será la adolescencia de Erik.

Veo a Roni acercarse y la llamo. Se acerca y me alejo con ella hacia unos sofás.

—¿Qué pasa?

Ha pasado más de una semana desde que los atacaron. Está mejor y todo ha vuelto a la normalidad. Ya van al colegio y parece que por el momento no los han vuelto a molestar. Matty afirma que es por él, que se ha declarado defensor de ellos. Él y sus amigos no dejan que estén solas. Matty es muy burro, pero cuando quiere demuestra que en eso se parece a su padre y le gusta defender a los más débiles.

—El otro día comenté a tu hermana que van a hacer un *casting* en mi universidad para conseguir una plaza como bailarines en un programa de televisión...

—Ella no bailará. La última vez que bailó ante alguien le dijeron que era como nuestra madre y eso la bajó de su nube.

—¿Ha bailado ante alguien?

—En el instituto. Yo era pequeño —dice mirando a su alrededor por si alguien lo escucha hablar. No comento nada; ella debe decidir cuándo decir la verdad—. En su clase hicieron una obra por Navidad y la profesora la eligió como protagonista y le dijo que la nota de gimnasia dependía de su interpretación. No le quedó más remedio. Holly es una empollona. Le encanta estudiar y no soporta tener menos de un ocho como nota. —Sonríe; no sabía esto de Holly—. Y allí estaba ella. Iba preciosa. Con su maillot y bailando como si no hubiera nadie. Era como ver a un hada del bosque. Todavía recuerdo ese momento como si fuera ayer. Al acabar la obra la felicitaron y la vi sonreír como nunca... hasta que nuestra madre, borracha como una cuba, aplaudió y le dijo que era igualita a ella. Que iba a acabar siendo como ella. Holly la miró y no sé qué pensaría, pero desde entonces no ha vuelto a bailar ante nadie que no sea yo.

Yo intuyo qué pensaría. Se vio reflejada en su madre. Se vio arrastrada por las drogas para soportar que has dejado de ser una estrella. Que ya no eres la mejor. Que ya no eres popular. Holly teme dejarse llevar por los focos y no saber vivir sin esa emoción de verse aplaudida. Como le pasó a su madre.

—La he visto bailar...

—Es raro, pero me alegro —me interrumpe.

—Sé que es muy buena. Y en mi universidad van a dar becas a quien se lo merezca. Holly podría conseguir una para estudiar allí. Si era tan empollona como dices, le hubiera gustado estudiar...

—Claro que sí, pero nuestra madre se gastó todo su dinero. No le dejó nada. Cuando fue a pagar la matrícula de la universidad no quedaba nada. Le habían dado una beca, pero no podía pagar lo que faltaba. Perdió la beca y se puso a trabajar todo el día. Ella me dijo que no pasaba nada, pero sí lo hizo. Holly quería estudiar para ser maestra. Para evitar que a otros niños les pasara lo que a mí.

Busco a Holly. Está al lado de Katt y Eimy y se están riendo por algo que dice Eimy. Nota que la miro y me observa. Sonríe y nos saluda a ambos.

—Necesitamos que se apunte. Ayúdame a convencerla.

—Sé cómo hacerlo, pero tal vez sea un poco retorcido.

—¿Qué has pensado?

—Ya lo verás —me dice pillá.

Asiento no sabiendo muy bien cuál es su plan. Roni se aleja hacia donde está Nora y se van juntas a jugar con la consola de esta.

—¿Qué tramáis los dos juntos? —Holly se sienta a mi lado y me mira con intensidad.

—Nada —miento y aparto la mirada.

—Me estás mintiendo, Gonzalito.

—Pronto lo sabrás.

—Lo quiero saber ahora. —Hace pucheros y me río de su cara. Le acaricio los labios y cometo un error. Son tremendamente suaves.

—Estás muy fea.

—Pues casi tanto como tú. —Me saca la lengua y regresa con sus amigas.

—¿Eres consciente de la cara de tonto que pones mientras miras a Holly? —me dice Jack haciendo que me vuelva hacia él, molesto.

—Solo me cae bien.

—Ya y Eimy era solo mi amiga... antes.

—Yo estoy con Liz.

—Estar con alguien no es lo mismo que querer estar con alguien. Yo hubiera respondido: yo quiero a Eimy. Tú has usado el verbo estar.

—¿Acaso estás repasando tus estudios a mi costa? No me toques las narices, Jack. Sé lo que quiero.

—Claro. Igual que yo. —Lo miro molesto y me alejo de este tocanarices.

Yo sé lo que quiero. Quiero estar con Liz, pero en cuanto lo digo me pregunto: ¿por qué? y no tengo respuesta para ello y eso me cabrea mucho. Liz es mi pareja y, aunque no la quiera, sí siento por ella algo lo suficientemente fuerte como para haber empezado una historia entre los dos.

Solo estoy confundido por esta distancia entre ambos y mis ganas de verla. Es solo eso. Todo se arreglará cuando regrese.

CAPÍTULO 8



HOLLY

Llego a casa con Roni tras recogerla de casa de Jenna. Está muy callada y siento que trama algo desde la barbacoa en casa de Bianca y Albert. Y de esto han pasado cuatro días. Cansada del misterio, nada más cerrar la puerta la enfrento.

—¿Se puede saber qué tramas?

Deja su mochila en el suelo y saca un panfleto. Uno que conozco muy bien y que he visto por todo el pueblo. Enseguida sé que es esto lo que habló con Gonzalo y me enfado con él por metomentodo.

—¿Qué ejemplo me vas a dar como hermana mayor si no sigues tus sueños y luchas por demostrar que no eres como ella? ¿Cómo esperas que yo me enfrente a las críticas que un día vendrán cuando decida confesar quién soy en verdad, si tú no eres capaz de enseñarme que a los miedos se los mira de cara? No eres un buen ejemplo para mí si no luchas por tus sueños y las dos sabemos que bailar es parte de ti y que, como yo, te estás ocultando bajo estas paredes para que el mundo no vea quién eres.

La miro enrabietada porque me haya dicho eso y porque haya sido tan retorcida y porque, joder, tiene razón. ¿Qué ejemplo le doy si me oculto? Si en vez de bailar y hacer lo que me gusta, me oculto tras el miedo.

—Tú veras lo que haces, pero esta oportunidad es muy buena y podrías tener una carrera y demostrarte a ti y a nuestra madre que tú no eres como ella. Que cuando te derriban te levantas. Hasta ahora solo estás demostrando ser igual que ella. Ella se oculta tras la droga y tú tras tu miedo a parecerle a ella. No eres mejor que ella si no luchas.

Y tras soltar esta bomba se marcha a su cuarto. Furiosa abro la puerta y toco a la de Gonzalo. Cuando abre le golpeo en el pecho.

—Es tu culpa. Es tu culpa que haya sido tan cruel. ¡¿Por qué no me dejas en paz?! ¿Por qué has tenido que llegar tan lejos? Roni me conoce mejor que nadie y sabía qué decirme para que aceptara.

Gonzalo coge mi mano y me alza la cara.

—Ignoro qué te ha dicho, pero me alegro de que aceptes. Empezamos mañana las clases. Te espero tras la cena y no tardes.

—No te soporto ahora mismo.

Me alejo de él y lo escucho reír a mi espalda. Entro en mi casa y Roni me mira con una sonrisa de suficiencia.

—No soy como ella y te lo voy a demostrar. Y más te vale tomar ejemplo y dejar de ocultarte tú también —le digo y esto hace que pierda la sonrisa.

* * *

Llego a la universidad de Gonzalo. Aún sigo molesta por la encerrona de Roni y en parte sé que tiene razón. Que me he escudado en mi miedo y luego le pido a ella que dé la cara. ¿Qué clase de ejemplo he sido? Me duele no haberme dado cuenta, no haber sido más fuerte. No era consciente del daño que le hacía siendo una cobarde. Le pedía algo que yo no estaba haciendo. Y la verdad es que estoy aterrada y que andar por estos pasillos llenos de estudiantes no hace más que ponerme de los nervios. Yo no me veo estudiando aquí, no me veo siendo parte de este mundo.

—Cambia esa cara —me dice Gonzalo al oído.

Noto su aliento acariciarme y cómo un escalofrío me recorre entera. El corazón se me acelera y frunzo más el ceño, molesta por reaccionar así ante él.

—No me gusta pijolandia. —Se ríe. Me vuelvo. Va vestido con el uniforme y aunque es la ropa que lucen todos en él parece diferente. Le hace parecer más sexi si cabe.

—Me alegra que hayas venido a apuntarte. Te acompaño por si decides huir.

—No lo voy a hacer. Tengo que dar ejemplo a Roni. Hasta ahora solo le he demostrado que hay que esconderse.

Ayer Gonzalo me siguió a mi casa y preguntó a Roni qué me había dicho.

—No eres una cobarde. Eres una luchadora, pero hasta los mayores héroes tienen miedo. No es malo tenerlo, lo horrible es que te paralice. Y hasta ahora tú te has escudado en él.

—Os odio a los dos. —Se ríe y sonrío, pues en verdad no es así.

Tira de mí hacia una sala donde veo más gente sin uniforme, como yo.

—Cuánta gente.

—La noticia ha corrido como la pólvora.

—Esto es un error..., yo no soy mejor que ellos.

—Seguramente, y es posible que fracases y no consigas ni la beca ni ir al programa. —Lo miro seria. Me sonrío y me acaricia la mejilla—. Pero, pese a eso, te habrás demostrado a ti misma que podías intentarlo y que puedes lograrlo en otra ocasión. Lo más difícil es hacer lo que estás haciendo ahora. Luchar. Luego ya es cuestión de lo lejos que quieras llegar y de lo cabezota que puedas llegar a ser. Pase lo que pase, aprenderás algo.

Gonzalo se queda a mi lado mientras me inscribo, como si temiera que fuera a salir corriendo. Presento todo lo que me piden y relleno el formulario. Cuando lo entrego dudo y Gonzalo me da un pequeño empujón en el brazo que me hace soltarlo.

—Ya está. No ha sido tan malo.

—Eso dímelo después de que veas que no soy buena alumna.

Pone su mano en mi cintura y tira de mí hacia la cafetería. Noto su contacto a través de la chaqueta. Al llegar vamos hacia donde está Eimy, que parece agobiada leyendo unos apuntes.

—Hola. —Se alegra de verme y se levanta a darme dos besos.

—Voy a por unos cafés —dice Gonzalo alejándose.

—¿Te has apuntado? —Les escribí esta mañana en el grupo a Allie, Katt y Eimy para decírselo.

—Sí, pero me ha costado.

—Se te nota en la cara.

—¿Ya lo has hecho? —Katt se sienta a nuestro lado y pregunta eso antes siquiera de decir hola.

—Sí, hay mucha gente...

—Bueno, mejor, así si ganas será porque vales de verdad —me dice Katt—. Esto hay que celebrarlo, este fin de semana fiesta de chicas. Que además Jack y Aiden están de viaje y para estar echándolo de menos prefiero irme de fiesta.

—Yo no voy a irme de fiesta...

—Tú vienes, no te lo he preguntado, te pienso arrastrar —me amenaza Katt con una sonrisa.

Refunfuño, pero la dejo por imposible. No puedo evitar siempre el salir con mis amigas. Con que no tome nada y no gaste más de lo necesario es suficiente.

—Siento que has ganado —dice con una sonrisilla Eimy.

—¿Qué has ganado? —Gonzalo pone ante mí un bollo y un café. Abro la boca para replicar, pero se me adelanta y me pone un dedo en los labios—. Es un regalo. Los regalos no se pagan.

—No sé como te soporto.

—Un poco más de respeto, que soy tu profesor —bromea y le saco la lengua dándolo por imposible.

—Este fin de semana vamos a tener noche de chicas. Cena y luego fiesta —explica emocionada Katt.

En este tiempo Katt me ha contado su pasado y verla tan feliz me hace tener esperanzas. Es increíble que tras todo lo vivido haya recuperado la sonrisa. Su madre tampoco ha sido un buen ejemplo para ella. Ella ha sido más su madre, como yo. Por eso nos entendemos bien y no fue hasta que su madre casi murió que, viéndole las orejas al lobo, se dejó cuidar en un centro de desintoxicación. El problema es que, debido a todo lo que se ha metido, no le pueden dar el alta. Y su vida es permanecer allí siempre. Katt va a verla de vez en cuando y muchas veces su madre no la reconoce. También tienen momentos de madre e hija que nunca habían tenido. Es una lástima lo que nos hacen las

malas decisiones y que ahora que haya querido decir basta su cuerpo también. La gente se cree que tomar drogas no trae consecuencias y no es así. Antes de que te des cuenta, no hay retorno.

* * *

—Llegas tarde —me recuerda Roni mientras me cambio de camiseta. No sé qué ponerme para la clase. Me mira y me señala la camiseta que me acabo de quitar.

—Se me ve el sujetador.

—Así lo seduces.

—Ya, claro, ni que a mí me gustara ese rubito.

—Te gusta y mucho. Solo hay que ver como babeas. —Pone cara de enamorada y le lanzo un cojín que la hace reír—. Te mueres por sus huesos.

—Mejor me pongo esta. —Me pongo una sencilla y le hago un nudo bajo el pecho.

—Solo vas a bailar con Gonzalo, que te ha visto muy fea cuando has llorado ante él.

—No sé para qué te cuento nada.

—Porque somos más que hermanas, somos amigas. Y sabes que soy tu mejor amiga.

—Lo sé, pero eres un incordio cuando te pones así. Vamos.

Asiente y vamos hacia la casa de Gonzalo. Antes de tocar el timbre nos abre, pues ha escuchado cerrarse nuestra puerta. Me mira de arriba abajo y por un momento pienso que me ve deseable. Que me mira como a una mujer y no como a su molesta vecina.

Él lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta negra que le quedan espectaculares.

Roni se sienta en uno de los sofás que hay y yo me pongo en el centro del salón. Ha apartado los muebles para poder bailar mejor. Lo miro nerviosa mientras me pide que caliente y haga estiramientos.

—He venido casi corriendo del trabajo...

—Aun así. Lo más importante es tener el cuerpo listo para el ejercicio y si no estiras, puedes tener un tirón serio. Estira y ya te diré cuándo estás lista para bailar.

—Te has tomado en serio esto de ser mi profesor ¿eh?

Me sonrío y no dice nada, pero cuando ve que no hago nada me mira como diciendo: «¿A qué esperas?». Bufo y le hago caso y al final me canso de tanto estiramiento y cuando creo que va a parar, me manda otros tantos más.

—Ya estás lista. Ahora demuéstrame lo que sabes hacer.

Pone música. Mi respiración se agita. Nuestras miradas se entrelazan y cierro los ojos incapaz de aguantar la intensa mirada de Gonzalo y, aunque no mire, cuando me empiezo a mover bailo para él y me dejo llevar por la música. La siento, la hago mía y me olvido

de pasos o de si tengo bien puestas las manos. Sé que no soy perfecta. Y por un instante me siento más viva que nunca.

GONZALO

Observo a Holly bailar; es preciosa. Es hipnótica y muy sensual. Su manera de moverse es algo ruda, pero no por eso menos bella. Me encanta y estoy embelesado hasta que recuerdo que estoy aquí para perfilar sus movimientos. Para que sea la mejor.

—Está bien, pero puede estar mejor.

—Lo he hecho genial.

—¿Quién es el profesor?

—El gruñón de Gonzalito.

Sonrío y le digo lo que tiene que mejorar. Se lo muestro y le pongo las manos como debe ponerlas. Lo intenta varias veces y le sale medio bien. Se lo explico hasta que lo hace casi perfecto. Miro a Roni y veo que se ha quedado dormida en mi sofá.

—Es tarde, mañana más.

Asiente. Voy hacia Roni y la levanto para llevarla a su cama. Entorno la puerta de mi casa y sigo a Holly hacia la suya. Abre y voy directo a llevar a Roni al cuarto que comparten. Al regresar veo a Holly en la cocina. Sigue llevando esas mallas que dejan poco a la imaginación y esa camiseta algo sudada. Siento un ramalazo de deseo y demasiado tarde me doy cuenta de que la estoy devorando con la mirada.

—Descansa, regreso a mi casa.

—He estado horrible —dice antes de que pueda irme—, no sé hacerlo perfecto.

—Bueno, yo no aprendí en un día. Ten paciencia.

—No voy a rendirme. Voy a demostrarle a Roni que el miedo no nos puede ocultar...

—Demuéstratelo a ti y ella lo hará después. Haz esto por ti; es bueno que quieras a Roni, pero no te pierdas tú por el camino.

Asiente. Me despido y me marcho a mi casa. Al cerrar la puerta la soledad de esta me atrapa. Busco el móvil y llamo a Liz; cada vez nos llamamos menos. Y si he de ser sincero, cada vez pienso menos en ella.

—Hola, cariño. Iba a llamarte; me he enterado de que ya se han abierto las inscripciones y no por ti, y quería saber por qué.

Mierda. Estaba tan preocupado porque Holly se presentara que se me olvidó decirle a Liz nada.

—Lo siento, he estado muy liado. Iba a decírtelo ahora. Para que puedas apuntarte. Yo puedo hacerlo.

—Me parece bien, quiero participar a tu lado. Somos un equipo. Los mejores juntos.

—Claro. —Me quedo en silencio; mi idea no era presentarme con ella. Me siento desleal y por eso acepto y le digo qué necesito para apuntarla.

—Gracias, te quiero, adiós.

Cuelgo sin decirle yo también; yo no siento lo mismo, aunque antes no me importaba que me lo dijera porque pensaba que necesitaba tiempo y ahora no sé si el tiempo hará que sienta más por ella.

Estoy hecho un lío.

* * *

—Otra vez.

—¿Otra vez? ¿No crees que hoy estás un poco gruñón? —Miro a Holly, que respira trabajosamente y está sudando.

No he parado de mandarle cosas en toda la tarde. Estoy tan agobiado que ni tan siquiera era consciente de qué me estaba pasando.

—Lo siento. —Sonríe y eso me alivia.

—Te perdono si me dices qué te pasa.

—Está todo bien, no te preocupes.

—No lo está. Pero tú mismo. Me voy a dar una ducha relajante y a arreglarme para esta noche. Luego me paso a ver qué te parece el modelito que he elegido.

Me guiña un ojo y se marcha a su casa. Me pego una ducha tras recoger y ni eso alivia el malestar que siento. Desde que anoche hablé con Liz no paro de dar vueltas a lo nuestro. A por qué sigo con ella. No encuentro las razones que antes veía sólidas para seguir a su lado. No sé dónde se han quedado.

Tocan al timbre y abro esperando que sea Holly. Lo hago sin mirar, como siempre, y es por eso que cuando en vez de Holly tras la puerta está Liz no sé reaccionar; tampoco cuando se lanza a mis brazos y me besa y si antes el sexo entre los dos era uno de los motivos por los que estaba a su lado, ahora tampoco siento ese ramalazo de deseo cuando sus labios me devoran con la clara promesa de lo que desea que pase luego. Su perfume sigue siendo el mismo. Todo es igual, salvo yo.

—¿Gonzalo? —Me mira preocupada—. Cariño, he vuelto para quedarme. Tenemos mucho que ensayar para conseguir esa plaza.

Entra en la casa y no le da más vueltas a mi incomodidad. Se quita el abrigo y mira hacia el mueble del salón, donde tengo una foto de Holly y Roni que me regaló Roni decorada con goma eva y con un montón de pegatinas. Idea de ella y de Nora.

—¿Qué es esto?

—Son mis vecinas.

—¿Y desde cuándo a los vecinos se los tiene en el salón de tu casa?

La deja dada la vuelta y molesto la pongo bien.

La miro. Está molesta y preciosa, igual que siempre. Pero no siento nada al mirarla. Nada. Lo que había se ha extinguido.

—Gonzalo, no me gusta esa mirada. —Me abraza con fuerza y siento que me asfixio—. He vuelto, estoy aquí y te quiero.

Su confesión me hace sentir una mierda.

—Las cosas han cambiado. —Se aparta y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Es posible, pero estoy de vuelta y todo será como antes. Solo necesitas tiempo. —Una lágrima cae por su mejilla y me siento un ser horrible. Se la limpio—. Dame tiempo para recordarte lo bien que estamos juntos. Por favor.

Asiento pensando que tal vez tenga razón, que el tiempo lo pondrá todo en su sitio o me hará tener que decidir si seguir con ella o no.

Tocan al timbre y Liz se separa para ir a abrir.

—¿Y tú quién eres? —dice con un deje de mal humor.

Miro hacia la puerta y veo a Holly con una minifalda y una camisa de tirantes blanca. El pelo lo lleva más liso que otras veces y está preciosa.

—Ya nos presentó Gonzalo, pero tal vez el viaje te ha hecho perder la memoria. Soy Holly, su vecina.

—No eres tú, su vecina era un palo sin curvas. —Liz mira los pechos de Holly y su cuerpo, que ha dejado de ser delgado y sin curvas.

—Ya ves, dejé la dieta. —Holly me mira y, como si notara que no estoy bien, me mira como diciendo: «¿Qué te pasa?».

—Te queda muy bien, seguro que arrasas esta noche.

—Claro, lo mismo tengo que colgar la corbata en la puerta para que no me molestes —bromea y la idea de que de verdad ligue con un imbécil no me gusta—. Me marchó. Me alegro de que hayas vuelto.

Siento por su tono de voz que no, y Liz también, ya que apenas ha salido cierra la puerta de un portazo.

—¿Te lo has montado con esa?

—Esa tiene nombre y no, de ser así hubieras sido la primera en saberlo. No soy un cabrón que oculta algo así.

—Lo siento, es que verte tan frío conmigo me ha alterado. —Se acerca y me abraza con fuerza—. Mañana vengo y lo hablamos. Todo va a estar bien entre los dos.

Se alza y me da un beso en los labios y mientras se aleja siento que ya nada volverá a estar bien entre los dos.

CAPÍTULO 9



HOLLY

Choco mi copa con las de Katt y Eimy. Allie no ha podido venir. Hemos ido a cenar al restaurante de la madre de Adair, ahora estamos en el pub tomando unas copas y aunque sé que se me sube demasiado rápido por un día no me voy a cuestionar nada. Todo con tal de olvidar que Liz ha vuelto y que seguramente cuando me marché acabaría con Gonzalo en su cama por lo mucho que se han echado de menos.

Pensé que ya me había hecho a la idea. Que cuando la viera tendría asumido que es su novia. Que sería capaz de mirar hacia otro lado. El problema es que no pensaba que me dolería tanto verlo con ella y que sentiría esta desazón en el pecho.

Esto solo ha hecho que odie más esto que siento y que me sienta más tonta si cabe por fijarme una vez más en alguien que no me conviene.

Terminamos la copa y Katt propone que vayamos a la pista a bailar. Las sigo y me muevo como sé, disfrutando por primera vez y sin esconderme. También debo añadir que lo que he bebido ahora mismo me hace ser un poco más atrevida.

Un joven se me acerca y me coge para bailar salsa. Se mueve bien y me dejo guiar. Nos movemos por la pista haciendo que la gente nos mire. Baila muy bien y hace que lo siga con facilidad. Hasta que se pega demasiado y trata de sobarme; entonces me separo y lo abofeteo.

—Vamos, no te hagas la frígida. Lo pasaremos bien...

—Que te jodan.

Me marchó y no veo a mis amigas. De repente advierto un revuelo y veo a Eimy y a Katt en el centro de este. La gente me empuja hacia fuera. Trato de llegar hacia ellas, pero no me dejan. Salgo fuera y recojo mis cosas en el ropero. Escribo a Katt y me dice que ha venido un grupo de gente de otra ciudad y no han respetado la intimidad de Eimy y le están pidiendo que les cante algo o les firme autógrafos. Le digo que ok y que si necesita ayuda, pero me dice que ya están con ellas los guardaespaldas que siempre andan cerca de Eimy, así que le digo que me voy a mi casa.

Empiezo a andar hacia mi casa. No hay mucha gente por la calle. Aunque nunca he huido de la oscuridad, no es que me encante ir por la ciudad a estas horas. El problema es que lo he hecho muchas veces. Algunas veces trabajaba de noche, que era cuando más pagaban.

Estoy casi llegando a mi casa cuando siento que alguien me persigue. Me vuelvo para cerciorarme de que solo son paranoias mías y me encuentro con el novio de mi madre. Me

sonríe y su sonrisa me da escalofríos.

—Hola, Holly, qué gusto verte. —Trata de darme dos besos, pero me aparto—. Vamos, no seas tan remilgada. Si casi somos familia.

—Eso nunca.

—Tu madre no descarta casarse conmigo. Daros un padre, una mano firme. Y yo estoy pensando sentar la cabeza...

Se me hiela la sangre.

—Nunca serás parte de mi familia.

—Bueno, eso se verá. Porque la custodia de tu hermano la tiene tu madre, así que si se casa conmigo y viene a vivir a mi casa, Roni se tendrá que venir con nosotros.

Se me acelera la respiración y siento pánico. Noto como la vista se me nubla.

—Nunca...

—Nunca digas nunca. Quiero a tu madre y ella a mí. Nos vemos.

Se aleja. Me quedo tan impactada por sus palabras que me cuesta reaccionar. Tengo que hablar con mi madre; no puede seguir con esta locura. No puede hacernos esto. Llamo un taxi con la mano cuando lo veo pasar y me subo en él, decidida a hacer entrar en razón a mi progenitora.

Llego al bar donde trabaja mi madre y pago al taxista; por desgracia le doy casi todo el dinero que tengo. Algo con lo que conté antes de subirme. Entro al bar y enseguida el olor a alcohol me trae recuerdos desagradables. Odiaba estar aquí de niña. Odiaba este olor a sudor y a sexo, aunque yo antes no sabía que se debía a eso; solo que me daba asco y más porque se fumaba y a todo esto se mezclaba el pestilente olor a tabaco.

Me dirijo hasta donde está una camarera y le pregunto por mi madre. Me dice que va a salir ahora. Miro al escenario justo cuando la anuncia y ahí está. Los focos la centran y la gente se calla. Se mueve sugerente, sensual y borracha. Sonríe tontamente y aunque sus pasos serían bonitos de no estar tan puesta, ahora no lo son. Pero a esta gente no le importa. Solo quieren verle las tetas y cuando se quita el sujetador aparto la mirada.

Odio ver como la manosean y todo por tener más dinero. Dinero que se funde en sus vicios. Le digo a la encargada quién soy y le pido entrar en su camerino. Me deja esperar dentro.

Está todo en desorden. A un lado hay una cama donde duerme y en la mesa de centro varias marcas de donde ha habido rayas de coca. Se me llenan los ojos de lágrimas. Me escuecen. Odio no poder hacer más. Haber tenido que tirar la toalla porque de nada ha servido y lo peor es que sé que si le pasara algo no lo soportaría. La quiero pese a todo. Es mi madre.

Aparto con la mano los restos de coca. Odiando ver su vicio como si se riera de mí. La puerta se abre y aparece mi madre con poca ropa.

Al verme se sorprende y luego sonríe como si nada.

—¿Has venido a ganar algo de dinero?

—Nunca. He venido a saber si es cierto que piensas casarte con tu mierda de novio.

—¿Lo has visto? Yo hace días que no lo veo. Y no, no me voy a casar con él. Por mucho que insista, no voy a perder mi paga.

—¿Qué paga? —le digo y se ríe.

—Ah, no te lo he dicho. Me dieron una paga por ser madre soltera.

La miro impactada porque no nos haya dicho nada, porque tenga dinero todos los meses supuestamente para nuestro cuidado y no nos dé nada.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así?

—Estoy genial. —Saca la droga de un cajón y cuando veo que se la va a preparar, la golpeo en la mano y mi madre, rabiosa, me da una fuerte bofetada.

—Largo de aquí, Holly, y métete en tus asuntos.

Noto el sabor metálico de la sangre en mis labios. Nunca me ha pegado y por eso no sé cómo reaccionar. En cuanto lo hago salgo corriendo fuera de este lugar. Noto la sangre correr por mi mejilla y me la limpio con rabia. Empiezo a andar, pero está tan oscuro y tan lejos de la ciudad que me aterro y no puedo seguir haciéndome la fuerte. Se me han acabado las fuerzas.

Saco el móvil para llamar un taxi y recuerdo que no tengo dinero. Grito de impotencia y llamo a la única persona que sé que me ayudará.

—¿Holly? ¿Va todo bien? —La voz de Gonzalo suena preocupada.

—Estoy en el bar de estriptis de mi madre... ¿Me puedes recoger?

—Que me hayas llamado para pedirme ayuda me preocupa mucho. No te muevas. No tardo.

Me siento en el bordillo y espero. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escucho un coche frenar cerca y a alguien que se acerca a donde estoy. Me alza la cara y me encuentro con los ojos preocupados de Gonzalo, que al verme se preocupa más. Me acaricia la mejilla lastimada y protesto de dolor.

—Me quiero ir.

—¿Quién ha sido? —La furia reina en cada palabra.

—Mi madre..., si es que se la puede llamar así. —Gonzalo hace amago de irse, pero lo retengo—. Quiero irme ya. No puedo más.

Gonzalo asiente y me ayuda a levantarme. Me sujeta la puerta para que entre en su coche y me vuelvo a mirar la noche por la ventanilla de regreso a casa. No decimos nada hasta que subimos a nuestra planta. Voy hacia mi casa, pero Gonzalo tira de mí hacia la suya y por una vez no protesto. Tal vez ha adivinado que no quiero estar sola. Que cuando lo esté me desmoronaré.

Sirve algo de beber mientras me quito el abrigo. Lo dejo en el sofá y veo la sangre en el cuello de este.

—¿Sabes cómo se quita la sangre?

—Ya lo investigaremos mañana. Ahora cuéntame qué ha pasado.

Me tiende un vaso que parece de agua fresca. Lo cojo y noto que me tiembla la mano. Maldigo y me bebo el agua sin dejar que esta debilidad me paralice.

—Holly. —Gonzalo, atento, me acaricia la mejilla dolorida—. Por favor, dime qué ha pasado. Ahora mismo lo veo todo negro, preso de la rabia y la furia.

—Me golpeó cuando le tiré de la mano su coca. Nunca me había pegado..., nunca me había golpeado con esa rabia.

—¿Y por qué estabas allí? Pensé que estabas con las chicas.

—Estaba bailando salsa con un idiota cuando la gente fue a por Eimy y no pude llegar a ellas. Me marché y venía hacia casa, pero el novio de mi madre salió de la nada —Gonzalo sabe lo del novio de mi madre; se lo conté y me prestó el dinero para cambiar la cerradura, porque no quería dejar a Roni sola si mi madre tenía las llaves y no me quedó más remedio que tragarme el orgullo y pedirle ayuda— y me dijo que se iba a casar con ella y que si lo hacía Roni viviría bajo su cuidado. Me aterré. Ese hombre es horrible. Solo quería que mi madre me lo negara. Solo pensaba en Roni y pagué un taxi para ir y me quedé sin dinero para la vuelta. Por suerte, mi madre ha negado que sea cierto. Tiene una pensión por ser madre soltera... ¡y yo no lo sabía! No le importamos nada, nada. Y siento que un día me llamarán para decirme que se ha matado por sobredosis y me dolerá. ¿Por qué debería dolerme si nunca ha sido una madre para mí?

Gonzalo me seca las lágrimas que ignoraba estaban saliendo y me acerca a su pecho. Me deshago en llanto sabiendo que no debería, que esta es mi carga. Que no debería buscar su consuelo. El problema es que en sus brazos me siento tan segura, tan bien, que por un instante me creo que le importo, que no estoy sola, y esta carga es menos pesada.

* * *

Observo a Gonzalo tumbada en su alfombra. No quería regresar a casa y tras preparar algo para comer nos hemos sentado a tomarlo y mirar el techo. Es blanco y feo, pero ninguno se fija realmente en ello. Cada uno está callado con sus pensamientos.

Gonzalo se vuelve al saberse observado y su preciosa mirada azulada se entrelaza con la mía. Es tremendamente guapo. Me encanta y no es para mí.

—¿Y a ti qué te pasaba? No te vi buena cara cuando vino tu novia. O tal vez son cosas mías. Porque seguro que estás contento de tenerla aquí. —Sonrío sin emoción. Gonzalo se vuelve y pone sus manos bajo la cabeza. Pienso que no me va a responder, por eso me sorprende cuando sí lo hace.

—No siento lo mismo por ella que cuando se fue. Algo ha cambiado entre los dos.

Mi corazón da un vuelco y mis labios sonrían, pero me los muerdo. Se le ve afectado y no debe saber que a mí eso me hace feliz; me delataría.

—¿Y por qué? Es preciosa. Y se nota que le gustas mucho. Solo hay que ver la mirada asesina que me lanzó. Y más al ver que me habían crecido los pechos —le digo algo bruta y Gonzalo se vuelve y me mira con una ceja inquisitiva y una mirada divertida.

Alzo los hombros—. La primera vez que me vio me trató como si fuera una cría. En parte me ha gustado que se dé cuenta de que soy una mujer.

—Eres una mujer desde que te conocí y ni me he fijado en que te han crecido los atributos —miente. Le doy con un cojín y se ríe—. Liz es muy celosa. Es buena chica, pero muy celosa.

—Tiene miedo de perderte. Para ser chico no estás mal. Y eres buen tío.

—¿Eso quiere decir que confías en mí? Quiero creer que sí, puesto que me has llamado esta noche.

Agacho la mirada y me siento.

—No lo hago aposta. No he tenido muy buenas experiencias. Pero estamos hablando de ti...

—Háblame de ellas y después yo te contaré qué me pasa. Roni me contó que tu ex te puso los cuernos.

—Roni es una bocazas y en verdad yo era la otra. Las dos veces. He salido con dos tíos que parecían de fiar. Y me he enterado tarde de que tenían novia y me usaban para... para hacer conmigo lo que sus novias no les dejaban. —Lo miro avergonzada—. Yo lo hacía por amor y ellos por placer. Me hicieron sentir una puta —le reconozco. Gonzalo se levanta y me coge la cara.

—Nunca te sientas así, nunca, ni aunque, como los hombres hacen, disfrutaras de tu sexualidad. Tienes el mismo derecho que ellos y no tienes que justificar que los querías. Eres libre para hacer lo que quieras y lo que sientas. Lo que me duele es que te engañaran. Fue su culpa, no tuya. Tú eres la maravillosa Holly y ellos unos gilipollas por no saber valorarte.

Asiento emocionada y me aparto un poco.

—La gente tiende a pensar que, como no tengo donde caerme muerta, puedo aceptar un poco de cariño, y yo soy tonta de aceptarlo. Me engañaron con palabras bonitas. Me hacían creer que por fin había encontrado a mi príncipe. Que no estaba sola. Que el amor existía para mí... y luego no era así. Duele mucho saber que solo te quieren para el sexo. Y más cuando este era una mierda con ellos.

Gonzalo endurece el gesto.

—Hay mucho egoísta. Y en el sexo se nota. El hombre debe amar a la mujer con la que está y no solo buscar su propio placer.

—¿Cómo hemos llegado a hablar de esto? —le digo sonrojada—. Bueno, el caso es que tengo miedo. Miedo de confiar en ti y que luego todo sea mentira.

Noto como la mirada de Gonzalo se oscurece.

—Me duele que me metas en el mismo saco que a esos dos cabrones.

—Lo siento, solo tengo miedo... porque en ti confío más que en ellos. Porque por ti siento cosas que no sentía por ellos..., de amistad, digo. Y sé que si me traicionaras el

dolor sería peor. Porque tú no eres como ellos. Y porque sé que puedo confiar en ti. Por eso necesito mi escudo. Algo que me proteja cuando te alejes.

—No me voy a alejar nunca, Holly.

—Te irás al acabar el curso. Y te necesitaré y no quiero acostumbrarme a ti. Tal vez siempre estés para mí al otro lado del teléfono y te vea de vez en cuando, pero seguiremos siendo solo Roni y yo. Deja que me quede con mi escudo.

Gonzalo duda, pero al final asiente.

—Siento que tus relaciones fueran así. Aunque yo tampoco puedo decir que las mías hayan sido mejores. Mi primera vez fue en el orfanato, con una compañera, y fue horrible. Luego temía que se hubiera quedado en estado; por suerte, no, pero me aterrorizó. Esto hizo que me pasara algunos años sin querer acostarme con nadie. La idea de tener un hijo a mi cuidado y darle la vida que mi madre me dio no era alentadora para pasar por alto ese detalle. Fue ya en el bachillerato cuando me dejé llevar de nuevo.

—¿Has tenido más novias aparte de Liz?

—No, de hecho a veces creo que solo estoy con Liz para tener parte de lo que tienen mis amigos. Quiero lo que ellos tienen. Es patético, ¿verdad?

—Yo también lo quiero. Aunque me hayan hecho daño, en el fondo ansío ser todo para alguien. Ser parte de alguien.

Gonzalo me mira y asiente.

—Liz y yo llevamos casi un año y antes de empezar estuvimos juntos íntimamente. —Aparto la mirada, molesta por saber este dato—. Bailamos bien juntos, nos llevamos bien. ¿Por qué no intentarlo?

—¿Y ahora?

—Ahora no recuerdo las razones para estar a su lado. Las que antes me parecían sólidas para estar con ella.

Nos miramos a los ojos. No sé qué le dicen mis ojos, pero en los suyos veo un profundo pesar. Aunque ya no sienta nada por Liz, se nota que le importa y no quiere hacerle daño.

—No quieres que sufra.

—No, tal vez solo necesite tiempo. No lo sé. Solo sé que al verla... no sentí nada.

—Por eso tenías esa cara cuando te vi esta tarde. —Asiente—. No fuerces las cosas. Si no sientes nada por ella sufrirá más cuanto más tiempo pase.

—Tal vez solo necesite tiempo.

Asiento porque no soy imparcial. Yo no lo quiero con ella porque me muero por su huesos, pero él por mí, no. Es evidente.

—El tiempo lo dirá, entonces. No te fuerces.

Sonríe y no puedo evitar alzar la mano y acariciarle la sonrisa. Gonzalo se tensa y aparta la mano.

—Creo que es mejor que me vaya a casa...

—No tienes por qué irte —me dice cuando me levanto.

—Quiero dormir y olvidarme de esta noche.

No me dice que me quede y tras recoger mis cosas me alejo hacia la puerta.

—Nunca te merecieron —me dice—. Y nunca te conformes con menos. Si estás con alguien, que sea porque te quiere lo mismo que tú a él.

—Pues entonces deberías aplicarte el cuento y, si no quieres a Liz lo mismo que ella a ti, dejarla libre. No aconsejes lo que no estás dispuesto a cumplir. Cada uno carga con sus errores. Buenas noches, Gonzalo.

Salgo de la casa y sé que me he pasado. Pero me da rabia que siga aferrado a ella. Puede encontrar a alguien a quien ame. Es como si en el fondo pensara que nadie lo puede querer o que él no es capaz de amar a nadie. Tal vez sea eso. Tal vez Gonzalo no sepa amar. Y por eso está con Liz, pues es lo más parecido a sentir algo. Es triste. Pero yo no soy la mejor para dar ejemplo. Hasta que no encontré a Gonzalo me conformaba con poco. Ahora sé que lo que siento por Gonzalo no lo he sentido nunca. Y que nunca me conformaré con menos. Porque ahora sé lo que es amar y lo mucho que duele perderlo. Y que si es así de intenso el dolor de la pérdida, estar con alguien que te ama y a quien tú amas debe de ser algo maravilloso y yo lo quiero vivir. Quiero sentirlo. ¿Acaso estoy pidiendo un imposible?

GONZALO

Llego al teatro de la universidad y busco a Claudio. Al verme viene hacia mí.

—No tienes buena cara.

—Son las nueve de la mañana de un domingo. Debería estar durmiendo.

—No es cara de sueño. A ti te preocupa algo. Ven, vayamos a trabajar.

—Recuérdame por qué he venido tras llamarme.

—¿Porque te pago bien y porque te caigo bien?

Asiento y sonrío; no puedo evitarlo. Este excéntrico y raro rector me cae bien. Lo sigo hacia la segunda planta. La que no usamos y hasta hace poco ocupaban despachos, pero ahora está cerrada.

Vamos hacia una de las habitaciones en desuso que antes fueron despachos enormes, aunque por su tamaño podrían haber sido clases, y que ahora parecen más bien trasteros llenos de trastos viejos. Claudio me llamó a las ocho despertándome, aunque lo cierto es que casi no he dormido. No paraba de pensar en Liz y en Holly. En esta última más de lo que debería, teniendo en cuenta que si estoy tan agobiado es porque no sé qué siento por Liz o porque no sé cómo aceptar lo que ya no siento por ella. Por eso, cuando Claudio me llamó para trabajar, le dije que sí deseando despejar mi mente con el duro trabajo.

Nos pasamos media mañana pasando muebles de una habitación a otra.

—Va a quedar precioso. —Está emocionado y no puede negarlo.

—Se te ve feliz. —Me mira y asiente.

—¿Sabes por qué me entusiasma esto? —Niego con la cabeza—. Muchos jóvenes estudian sus carreras porque es lo que se espera de ellos. Porque quieren un buen puesto de trabajo, pero pocos porque de verdad es su sueño. En cambio, para bailar o para hacer arte dramático te tiene que nacer de dentro. No todo vale, son disciplinas complicadas, una carrera que no te asegura un futuro, y pese a eso luchas por ella, te dejas la piel y vives para ella. A esta universidad le falta esa chispa, ese espíritu de dejarte llevar por lo que te gusta y no por lo que debes hacer o por lo que quieren que seas. Eso lo vi en ti. No tenías dinero, no tenías nada y sin embargo bailabas en la calle con tanta pasión, con tanta devoción que parecía que lo tenías todo. Porque mientras bailabas sentías que lo tenías.

Lo miro y veo la emoción brillando en su mirada.

—Yo soy solo un bailarín más.

—Depende de lo que quieras conseguir con tu arte. Con Liz no conseguirás nada, porque supongo que vas a bailar con ella en la prueba.

—Se lo he prometido.

—Sé que ha vuelto. Ha venido a decirme que retomará sus clases. Por tu cara veo que las cosas no van bien entre los dos.

—No sé qué siento por ella.

—Yo solo sé que si la amaras sentirías por ella lo mismo que al bailar. Sentirías esa misma exaltación correr por tus venas.

—¿Y cómo puedes saberlo? Tal vez el amor no esté hecho para todos.

—Lo sé porque yo lo sentí hace años. Yo era bailarín en el instituto. Y era feliz. —Lo miro impactado—. Y luego fui uno de esos jóvenes que hacen lo que sus padres quieren y no lo que ellos quieren hacer. —Asiento entendiendo ahora su entusiasmo por este proyecto—. Estoy emocionado con esto porque me he dado cuenta de que puedo ser quien fui y vivir mi sueño a través de los ojos de cientos de jóvenes que sienten la misma pasión que yo. Y es por eso que sé que Liz no es tu pareja perfecta, porque ella no es parte de ti, ella baila contigo. Pero no sois uno.

Enseguida pienso en Holly, en lo que sentí entre sus brazos. En cómo encajé con ella y cómo me asusté por lo que sentí.

—Yo encontré esa pareja. Éramos perfectos el uno para el otro y no solo en el escenario. —Sonríe con nostalgia—. A ella le ofrecieron un buen contrato para bailar, como a mí, pero yo lo tuve que dejar todo. A mi padre casi le dio un infarto cuando supo lo que pretendía. Solo tenía quince años. —Sonríe con melancolía—. Ella se fue seducida por esa carrera prometida y yo me quedé a seguir mi camino marcado. Es lo que tenía ser hijo de un importante duque que además era el rector de esta universidad.

—¿Has vuelto a saber de ella?

—Desde hace años no se sabe nada de ella. Y ya no busque más. Pero por eso, al veros a los dos, no siento que se me ponga la piel de gallina. Sé que harás la prueba con ella, pero no conseguirás brillar. Lo harías mejor solo.

—Le he dado mi palabra. Y al menos eso sí lo tengo claro. Ha sido mi pareja de baile durante mucho tiempo.

Asiente.

—¿Y qué vas a hacer con ella fuera del baile?

—No lo sé. No sé si lo que me pasa es porque necesito recordar por qué me gustaba.

—Si tienes que recordar por qué te gustaba, ahí es donde te estás equivocando, porque si fuera para ti hubieras dicho: quiero recordar por qué la quería.

—¿Seguimos trabajando o qué? No me pagas por hablar.

Me levanto y sigo trabajando. Por suerte el bocazas de Claudio se queda callado mientras lo hacemos y no vuelve a atosigarme con el tema. A veces no sé como lo soporto. Suerte tiene de que me cae muy bien.

CAPÍTULO 10



GONZALO

Me paso la semana algo disperso. No consigo centrarme en nada y trato de estudiar lo máximo que puedo, ya que los exámenes están cerca. Esta semana no he visto a Holly. Ella estaba muy liada doblando el turno y cuando regresaba a casa estaba tan agotada que nunca podía ensayar. No he comido ni cenado con ella. Estos días he comido fuera de casa.

Sé que Holly me está evitando y yo a ella. Y ni sé por qué me evita ella ni quiero cuestionarme por qué lo hago yo. Ahora estoy en mi piso esperando a Liz, a la que he visto todos los días y por la que sigo sin sentir nada. Ni tan siquiera deseo, pues cuando se ha insinuado no he podido ir más lejos de unos besos robados.

Liz toca a la puerta de mi casa; hemos quedado para ensayar. No lo hemos hecho juntos desde que regresó y las palabras de Claudio no dejan de repetirse en mi mente y más porque quiero sentir con Liz lo que atisé con Holly.

Liz se alza para darme un beso y no puedo seguirla. Me separo de ella, pero eso no evita que vea el dolor en su mirada.

—¿Bailamos? —le digo poniendo música con el mando a distancia. Lo dejo en la encimera de la cocina.

Liz asiente y se quita el abrigo. Hacemos estiramientos y cuando estamos listos empezamos a bailar como siempre. Nos compenetramos genial. Bailamos uno al son del otro. Pero es todo muy mecánico. No hay pasión entre los dos. No hay nada y ahora me doy cuenta de que nunca lo ha habido. Que me conformé porque en el fondo pensaba que no podía encontrar nada mejor, ni en el baile ni fuera de él.

Liz deja de bailar y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—No puedo seguir...

—¿Bailando?

—Contigo. No puedo seguir con lo nuestro.

—No... no... —Su respiración se hace trabajosa y, conociendo sus ataques de pánico, la hago respirar lentamente—. No puedes dejarme. Tal vez solo necesitas un tiempo. Tal vez si nos damos un tiempo nos echemos de menos.

Estoy seguro de que no necesito tiempo. Que no hay nada y, tristemente, nunca lo ha habido. Pero asiento porque no soporto verla sufrir. Y menos cuando me abraza con fuerza y llora. Me parte el alma.

—Te seré fiel.

—No lo seas. Tal vez encuentres a alguien...

—Te quiero a ti y no voy a estar con nadie más. Pero si tú si estás con alguien solo te pido que me lo digas. Por favor.

Asiento.

—¿Y para el concurso? ¿También tengo que elegir otra pareja?

—No, seré tu pareja.

—¿Me lo prometes?

Siento que me voy a arrepentir de esto, pero asiento. Se lo debo.

Recoge sus cosas y me da un abrazo desesperado antes de marcharse. Me parte el alma verla así. Me hace sentirme una mierda por no sentir lo mismo. Por no poder amarla.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el timbre de la puerta suena. Abro pensando que es Liz, pero es Holly. Al ver mi cara entra y cierra la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí..., no. Liz y yo nos hemos dado un tiempo. —Agranda sus ojos grises y veo brillar en ellos algo que parece felicidad, pero es tan rápido que no puedo indagar más cuando agacha la mirada y se muerde sus gruesos y atrayentes labios.

—Entonces tal vez sea mejor que demos nuestra clase en otro momento.

Me fijo en sus ropas. Había olvidado que le propuse ensayar y que no la avisé de que lo cancelaba porque iba a venir Liz. Miro la hora que es. Es tarde. Me he quedado preso de mis pensamientos demasiado tiempo. Liz hace mucho rato que se fue y la noche ya ha caído.

—No, quiero bailar.

—Bien, como quieras.

Holly empieza a hacer estiramientos. Esta noche está sola, como cada viernes, porque Roni se va a casa de Nora. En un mensaje me dijo que se iba a quedar todo el fin de semana porque mañana se iban de viaje con sus padres a visitar un parque de animales que campan casi en libertad.

La observo moverse y, como siempre, me quedo impresionado por ella y siento cómo llena este cuarto. Centro toda mi atención en cada uno de sus movimientos y por primera vez no reprimo lo que siento al mirarla. Como si al haberlo «dejado» con Liz quitara el halo de culpabilidad que me atormentaba por sentirme atraído por Holly, por desearla más de lo que debería y quería admitir.

—Baila conmigo —le pido tras poner música.

Asiente y veo duda en sus ojos. No he querido bailar con ella tras la noche de su borrachera. Y una parte de mí quiere no sentir nada al bailar. Otra quiere dejarse llevar y sentirlo todo. Sentir la perfección hecha baile.

Entrelazo mis dedos con los suyos y la acerco a mí sintiendo como la música se adentra en nuestro cuerpo. Y como necesito expulsar la emoción trasformada en baile. Nos miramos a los ojos. Sus ojos grises me miran de manera intensa. Y yo la miro por primera vez. Y solo descubro lo que ya sabía. Es preciosa, perfecta.

Nos movemos adivinando nuestros pasos. Y como pasó aquella vez, la danza fluye entre los dos de manera perfecta. Parece que somos uno mientras nos movemos por el salón. Mientras giramos. Mi corazón late con fuerza. Nunca he experimentado esto antes. Nunca he sentido esta pasión trasformada en baile.

Su respiración se agita y noto como sus ojos se nublan por la pasión. No puedo dejar de bailar por ella; por eso, cuando suena otra canción, seguimos sin más moviéndonos por el salón hasta que no puedo más y cojo su cara entre mis manos para besarla.

Y, como ya esperaba, el contacto de nuestros labios es tan intenso que me siento momentáneamente aturdido.

HOLLY

Gonzalo me está besando, o me estaba besando, pues ahora mismo parece a punto de arrepentirse.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho mientras espero su próximo movimiento. Yo estoy tan impactada porque esto esté pasando que no puedo hacer nada.

Pienso que se va a retirar un segundo antes de que su boca devore la mía como si estuviera hambriento.

Me derrito. Me fundo entre sus labios y me pierdo en su sabor. Es mucho mejor de lo que he soñado. Mucho mejor que los besos que he dado antes de este y sé que tras él no podré conformarme con menos.

Lo beso con intensidad y gimo de placer cuando su lengua acaricia mis labios y me lame la comisura de la boca. Suspiro y esto hace que Gonzalo se adentre en mi boca y entonces todo se torna más intenso.

Mi lengua va en busca de la suya y la entrelazo mientras mis manos suben por su pecho y lo acarician como me muero por hacer desde hace tanto tiempo. Su pecho es firme y musculado; me encanta pasar las manos por sus ondulaciones. Es perfecto.

Gonzalo baja sus manos por mi espalda hasta mi cintura y me alza al llegar a mis glúteos. Le rodeo la cintura con mis piernas. En cuanto lo hago y nuestros cuerpos se unen soy plenamente consciente de como su miembro se anida entre mis piernas. Me remuevo y esto solo hace que aumente el calor entre los dos. Nos dejamos caer en el sofá y sentir su peso sobre mí hace que me encienda mucho más.

El sexo no es algo nuevo para para mí, pero es cierto que nunca antes me he acostado con alguien que no fuera mi novio; aunque para ellos fuera una mentira, para mí no. Pero nunca he sentido lo que estoy sintiendo ahora mismo entre los brazos de Gonzalo; todo es más intenso. Y hace acallar la voz que en mi cabeza me dice que cuando la calentura pase me arrepentiré de todo esto.

Y dejo de pensar en nada cuando Gonzalo se separa y se quita la camiseta dejando que mis manos puedan vagar libres por su pecho. Noto como le gustan mis caricias y eso me hace sentir aún más poderosa, pero mi escrutinio dura poco, ya que Gonzalo tira de mi camiseta y lo dejo hacer quitándome también el sujetador para estar en igualdad de condiciones. Me encanta como sus pupilas azules se oscurecen y me siento más hermosa que nunca.

Gonzalo se acerca a mis labios y nuestros pechos se juntan. La sensación me encanta y noto como se me erizan los pechos. Él también y se separa para venerarlos. Los acaricia. Juega con ellos; sus manos obran magia. Y cuando cambia sus manos por sus labios me siento morir de placer.

Me retuerzo haciendo que la fricción entre nuestros cuerpos aumente. Él no me detiene y yo cada vez me siento más y más cerca de encontrar alivio. Y, como si lo notara, lleva sus manos a mi cintura y me acerca más si cabe mientras sus labios siguen chupando y lamiendo mis senos.

Me muevo más rápido y alcanzo el ansiado orgasmo entre palabras de incredulidad por la intensidad del mismo y risas tontas. Gonzalo me sigue y cuando me mira noto que está sorprendido por haberse dejado ir de esta forma. Le sonrío enamorada y una parte de mí grita que le diga que me gusta, que le diga que estoy enamorada de él, hasta que habla y la realidad me hace quedarme helada.

—Liz..., maldita sea.

Me separo y me visto a toda prisa.

—Solo ha sido sexo —le digo para que no note mi dolor—. No le des vueltas...

—Holly, no...

—No me gustas, no eres mi tipo. No te ofendas, pero solo quería de ti un polvo rápido. Me conformaré con esto. Está claro que tú la quieres a ella.

Recojo todas mis cosas y me pongo la camisa a toda prisa antes de salir de aquí. Por su mirada sé que mis palabras le han herido. Lo he hecho aposta. Quería hacerle daño para que no me siguiera. Para poder llorar en soledad. Por eso, cuando no lo hace, aunque era lo que esperaba, me siento peor aún.

* * *

Me siento una mierda. Me siento un trapo usado. Igual que cuando me enteré de las infidelidades de mis ex. Yo creía que todo era por amor y era solo por sexo. Que hubiera estado bien si era lo que los dos queríamos. Pero yo no, yo quería más y creía que había algo más. Y no era así.

Lo de Gonzalo es diferente, se nos fue de las manos..., se nos fue mucho de las manos, pero no dejo de pensar que me he aprovechado de su debilidad al romper con ella. O que tal vez no debí ser tan cruel. ¿Y si existe alguna posibilidad de que yo le guste? De ser así lo he estropeado todo.

La parte romántica que habita en mí se ha aferrado a esa posibilidad y por eso ahora, mientras me preparo el café, miro hacia la casa de Gonzalo para verlo. Tenemos que hablar. No quiero perderlo como amigo. Y si existe una posibilidad de que él sienta algo por mí, no quiero estropearlo todo por mi boca.

Estoy esperando verlo cuando aparece en la cocina con Liz. Me quedo paralizada, muda del asombro. Gonzalo está de espaldas y Liz lo mira triste. Lágrimas brotan de sus ojos. Y entonces hablan y lo escucho todo, porque ambas ventanas están abiertas y dan al mismo patio de luces.

—Solo fue sexo... y ni eso. No llegamos a acostarnos...

Siento que me falta el aire y cierro la ventana con cuidado para que ellos no escuchen como me rompo en mil pedazos.

Me dejo caer en el suelo de la cocina mientras sus palabras se repiten en mi mente. Mientras la burbuja romántica que no puedo evitar tener se rompe en mil pedacitos. Solo fui sexo para él, nada más. Como siempre. Como siempre, cuando yo daba todo y ellos solo querían placer.

No soy más que una estúpida que solo vale para el sexo. No soy alguien a quien un tío querría para una relación seria. Yo siempre seré la otra. La fácil. A la que no duele usar y después dejar tirada.

Duele, duele mucho, porque por un instante creí que por primera vez podría ser yo la que era amada de verdad.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi marido y a mi familia, por estar siempre a mi lado. Por vuestro cariño y por hacer de mi sueño el vuestro. Porque, cuando quieres a alguien, su felicidad es la tuya.

A Adelaida, mi querida editora, que ama tanto esta serie como yo y que cree en mí como escritora. Gracias por tus consejos siempre, por tu cariño y por estar siempre ahí. Me encanta trabajar contigo.

A todo el equipo de Click Ediciones, maquettadores, diseñadores, correctores... Gracias por hacer que estos libros queden tan preciosos y sean tan bonitos.

Y, por supuesto, a todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por vuestro apoyo y cariño. Por dejaros seducir por mis novelas y vivirlas con tanta intensidad como yo cuando les doy vida. ¡¡Gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia». Gracias por haberme acompañado en este viaje de diez libros tan especial para mí, que no hubiera sido lo mismo sin vosotros.



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir un pequeño teatro y con doce años escribía poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho años cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito teregalounlibro.com, que cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

La única batalla que se pierde es la que se abandona

Logros

* **Nominada a los premios DAMA'14** con *Me enamoré mientras mentías* como mejor novela romántica juvenil.

* **Nominada a los premios DAMA'15** con *Por siempre tú* como mejor novela contemporánea.

* **Ganadora de los premios Avenida'15** con *Por siempre tú* como mejor novela romántica y como mejor autora de romántica de 2015.

* **Numero 1 en ebook en** Amazon.es, Amazon.com e iTunes, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ambar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio/julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016).

Antologías

150 rosa Editorial divalentis.

Libro de relatos de VI RA.

Venus de Nowevolution.

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Serie Mi error

Mi error fue ser solo tu vecina. Parte I

Moruená Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruená Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, MJTH / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16202-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Déjame amarte. Los hermanos Montgomery

Moruena Estríngana

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca Sancho-Arroyo

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tu eres mi vez

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori

Oh my Gothess

Lucía Arca Sancho-Arroyo

Solo en la eternidad

Kayla Leiz

El chico de origami

Faith Carroll

Acróbata

Romina Naranjo